

¿Qué es la realidad?

La verdad permanece oculta

ego

Título original: ¿Qué es la realidad?

Editado en 2018, Bogotá, Colombia.

Autor:
Enrique González Ospina

Diagramación y transcripción:
Meisy Bustos (310-6079650)
Julián Quintero Castiblanco (313-8523432)

Colaboradores:
Margarita Echeverri
Sonia Angelini
Gineth Paola Hincapié
Nicolás Martínez Echeverri
Juan Bautista
Hugo Germán Cabrera

Correo del autor: egospina@outlook.com
Celular del autor: 315-3357297
www.enriquegonzalezospina.com

Enrique González Ospina

¿Qué es la realidad?

*“No somos seres humanos que
tienen una experiencia espiritual;
somos seres espirituales que
tienen una experiencia humana.”*

Teilhard De Chardin S. J.



Enrique González Ospina (ego) es ingeniero de la U. Industrial de Santander, Colombia.

Estudios complementarios en la U. Javeriana de Bogotá, en Argentina y Alemania.

Profesor universitario durante varios años, en la U. Jorge Tadeo Lozano, U. Distrital, U. Javeriana, y en la U. Andrés Bello en Caracas, Venezuela.

Se inició en la investigación de lo místico en 1976, en Caracas, y tuvo la oportunidad de profundizar el tema en Bogotá, Méjico D.F. y Madrid, España.

Dirige Grupos de Trabajo Interior desde 1992 hasta la fecha.

No se haya alineado con religión alguna o tradición alguna, pero ha fusionado las siguientes fuentes en un Todo orgánico:

- Elementos del Budismo, El Cuarto Camino, el Zen, el Tao.
- Enseñanzas esenciales del Buda, Gurdjieff, Krishnamurti, Osho, Nisargadatta y Suzuki.
- La teoría científica del big bang.
- Algunos de los sorprendentes descubrimientos de la Física Cuántica.

Índice

	Pág.
Prólogo	7
1. Breve historia de la “física”	11
2. Breve historia del “átomo”	14
3. Renacimiento y ciencia	20
4. Descubrimiento científico del CAMPO	31
5. Reconocimiento científico del átomo.....	42
6. El campo cuántico, la energía y las partículas subatómicas.....	50
7. El extraño mundo de las partículas subatómicas	58
8. La impermanencia de todas las cosas	87
9. Los ojos no ven objetos, ven luz	99
10. ¿El cerebro nos engaña?.....	111

11. El extraño mundo de las creencias	122
12. ¿La observación crea la realidad?	130
13. La materia no existe.....	138
14. La realidad, según el Zen.....	150
15. La realidad y la verdad, según Krishnamurti	160
16. Y entonces, ¿qué es la Realidad?	179
17. Niveles distintos de realidad interior.....	193
Bibliografía.	200

Prólogo

“Si el universo es tan insólito e impredecible y está tan lleno de posibilidades, ¿por qué son tan limitados tus pensamientos sobre tu propia vida?”

Albert Einstein

Una teoría y un paradigma se parecen, pero son diferentes.

Una teoría es una idea que pretende explicar el funcionamiento de algo, como por ejemplo la teoría de Darwin. Se supone que debe ser comprobada, demostrada o rebatida, a través de los experimentos y de la reflexión pertinente.

El paradigma, por el contrario, es un conjunto de suposiciones que no tienen que ser confirmadas; de hecho, son esencialmente inconscientes. Forman parte de nuestro *modus vivendi* como individuos sin que nos percatemos de ello.

Un paradigma nunca se pone en duda puesto que nadie piensa en él, aunque vivimos desde su contenido. Internamente lo llevamos puesto todo el tiempo, como un diccionario psíquico de definiciones fundamentales que jamás ponemos en duda.

Por ejemplo, la democracia representativa es el único tipo de democracia; la propiedad privada es el único tipo de propiedad que existe; la economía de mercado es el único sistema económico que existe; la religión católica es la única religión que existe; el hombre es un ser racional, los animales no son inteligentes, el amor es un acto de la voluntad.

Estos son algunos de los muchos paradigmas que nos gobiernan, aunque quizás ninguno de ellos sea verdad, lo cual no nos importa.

Así es la realidad en que vivimos. Nuestras percepciones nos llegan a través de ese marco conceptual, que damos por supuesto como válido.

Otra forma de entender el paradigma es verlo como un sistema de creencias, para cuyo poseedor es difícil de cuestionar, casi imposible, porque es la estructura misma de su aparato psíquico.

En su mente y cerebro existen docenas, quizás centenares de creencias inconscientes que nunca ha examinado, y que rigen su vida desde el nivel subterráneo de la consciencia imprecisa, difusa; creencias que fueron depositadas en su psiquis durante la niñez, y continúan determinando su relación con el mundo.

Por ejemplo, el hombre nace bueno y la sociedad lo corrompe; la razón de la vida es tener éxito, triunfar; el tiempo es oro; el matrimonio es indisoluble; el amor es para siempre; el juego de la vida es para tener, acumular, atesorar, porque si tienes, vales...

Un paradigma es como el sistema de creencias inconscientes de una cultura, sin importar si son verdaderas o falsas. Vivimos y respiramos esas creencias, percibimos el mundo desde ellas, pensamos e interactuamos de acuerdo con ellas. Así es como vivimos, desde una celda que no vemos.

Veamos el paradigma materialista de la vida actual de la sociedad.

El modelo materialista de la realidad pasó de la teoría a quedar establecido como la base implícita de la ciencia y el pensamiento de casi toda la humanidad. Durante los últimos 400 años ha gobernado la búsqueda científica, el desarrollo de la reflexión racional y el sistema de creencias religiosas basadas en el “*cuerpo*” de Cristo.

El paradigma materialista afirma que:

- El universo es un sistema mecánico compuesto por materiales sólidos.
- Es real lo que es medible y lo medible es sólo aquello que podemos percibir con los cinco sentidos.
- La única manera válida de adquirir conocimiento es desterrar los sentimientos y la subjetividad. Es necesario ser completamente racional y objetivo.
- La vida humana se divide en mente y cuerpo.

Según este paradigma, vivimos en un Universo mecánico que es un universo muerto. Es el mundo de las máquinas, de la tecnología abrumadora que enriquece a unos pocos y arruina el trabajo de muchos. Puede que una inteligencia superior lo creara y pusiera en marcha, tal como Newton y los primeros científicos creían firmemente, pero, ahora, el universo es completamente mecánico y predecible. Hay un determinismo mecánico que rige todos los procesos del Universo, incluida la vida humana.

Afirmar que todo esto es cierto con respecto a la vida humana es degradante y sofocante. ¿A dónde nos lleva esta perspectiva? Si no existe la libertad, si el camino que tenemos delante está totalmente determinado de antemano, ¿en qué consiste la vida entonces?

En ese modelo no hay lugar para el amor ni la libertad, para el espíritu y la elección, para la compasión y la empatía con el prójimo, para la conciencia y la evolución posible del ser humano, que trasciende todas las “*formas*” que toma la energía convertida en materia.

En contravía a los criterios del paradigma materialista, en este libro compilamos los aportes de la ciencia contemporánea, los hechos de la historia y la sabiduría milenaria de los maestros del espíritu para desarrollar estos temas:

- Historia de la materia.
- La dimensión cuántica y la negación de la materia.
- El big bang y la creación de la energía.
- La percepción subjetiva de la realidad.
- La limitación de los sentidos.
- El cerebro puede ser engañado.
- Y entonces, ¿qué es la realidad?
- Evolucionar es el propósito de la vida.

Es necesario cuestionar el paradigma materialista. No se trata sólo de que el modelo antiguo no sea suficiente para responder las cuestiones que plantea el mundo nuestro.

Un problema aún más serio es que el viejo modelo materialista no ha logrado liberar al ser humano del sufrimiento, de la pobreza, de la injusticia y de la guerra. De hecho, podríamos afirmar incluso que muchos de estos problemas han empeorado por causa del modelo mecánico, que ha dominado durante tanto tiempo nuestro modo de experimentar el mundo.

En ejercicio de nuestra libertad interior nos vamos a permitir cuestionar todo.

El autor.



1. Breve historia de la "física"

"Lo único constante es el cambio."

I Ching

Las raíces de la física, como la de toda la ciencia occidental, se hallan en el primer período de la filosofía griega, en el siglo VI a. de C., en una cultura en la que no existía separación alguna entre ciencia, filosofía y religión.

La Escuela de Mileto

En el primer período de la filosofía griega, en ese siglo, la Escuela de Mileto, en Jonia, no se preocupaba de esas distinciones. Tal fragmentación era innecesaria en su propósito de descubrir la naturaleza esencial, la constitución real de las cosas, que ellos

llamaron “*phisys*”, de donde se deriva la palabra “*física*”, que en su origen significa el empeño por descubrir la naturaleza más profunda de todas las cosas.

La Escuela de Mileto tenía un fuerte aroma místico, creía en que la materia estaba viva, no separaba lo espiritual de lo material, ni siquiera disponía de una palabra para “*materia*”, pues para ellos la “*phisys*” estaba dotada de vida y espiritualidad.

En esta línea de pensamiento Tales de Mileto declara que todas las cosas están llenas de dioses y Anaximandro ve al Universo insuflado de aliento cósmico. Esta visión monista y orgánica de los filósofos de Mileto se encontraba muy cerca de las antiguas filosofías de China e India, y estos paralelismos con el pensamiento oriental se acentuaron todavía más en Heráclito de Efeso.

Heráclito, símbolo de esa Escuela, predica el perpetuo cambio de todos los elementos componentes del mundo. Todo estaba vivo. Todo era vida. Todo era un proceso. Creía en un eterno devenir. Para él todo ser estático estaba basado en un error de apreciación y su principio universal era el fuego, símbolo del flujo continuo y del cambio perpetuo de todas las cosas.

Enseñó que todos los cambios que se producen en el mundo ocurren por la interacción dinámica y cíclica de los opuestos, y consideraba que todo par de opuestos formaba una unidad.

La Escuela de Elea

Esta unidad de todo, este monismo vivo, comenzó a resquebrajarse con la Escuela de Elea, que prevalece aún en nuestros tiempos. Asumió la existencia de un principio divino que prevalecía sobre todos los dioses y los hombres. Inicialmente se identificó a este principio con la unidad del Universo, idea que

evolucionó hacia la imagen de un dios inteligente y personal, una entidad que gobierna y dirige el mundo, que rige el destino del Universo.

Así comenzó una tendencia de pensamiento que llevó finalmente a la separación entre espíritu y materia, y a un dualismo que se convirtió en la característica de la filosofía occidental. Este es el origen del monoteísmo, del Dios único, que involucra implícitamente el dualismo materia-espíritu, cielo y tierra, cielo e infierno. Su único hijo, Jesús, es reiteradamente dualista:

“Y le dijo: vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo.” ⁽¹⁾

Parménides de Elea, opositor de Heráclito y fiel al Principio Divino, aportó el concepto del Ser como un principio único e invariable. Para Parménides todo cambio esencial era imposible y juzgaba como ilusiones los cambios que nos parece percibir en el mundo.

El concepto de una sustancia indestructible evolucionó hasta convertirse en una entidad indestructible, sujeto de propiedades absolutas: omnipresente, omnisapiente, omnipotente, principio y fin de todas las cosas... Es el Dios de Occidente, es el monoteísmo tomado del judaísmo.

Este paradigma monoteísta se mantiene vivo en la vertiente religiosa de Occidente, según el cual el mundo expresa la inteligencia y la voluntad de Dios, en una cadena que se extiende desde Dios, a través de los ángeles, el hombre, los animales, plantas y minerales.

Pero, la evolución del conocimiento real, fundamentado en la realidad, lo que denominamos la *ciencia*, se divorció de ese paradigma de manera radical desde la aparición de la Nueva Física, en el siglo XX.



2. Breve historia del “átomo”

“Nada existe, salvo átomos y espacio vacío; todo lo demás es sólo opinión”

Demócrito

Demócrito y el átomo

Por la misma época griega, otros filósofos intentaron conciliar las excluyentes ideas de Parménides y Heráclito, aportando una hipótesis que tuvo vigencia durante 24 siglos, desde Demócrito hasta el pasado siglo XX.

Leucipo de Mileto, que recibió en Elea la enseñanza de Zenón, fue el iniciador del movimiento que continuó Demócrito de Abdera, nacido hacia el año 460 a. de C., y fundador de su Escuela de Abdera hacia el 420.

Con Demócrito, que es diez años más joven que Sócrates, se desarrolla un conocimiento enciclopédico, que incluye la zoología y la botánica, cosmología y matemáticas, medicina, tecnología, música... y física. Nada le fue ajeno, pero apenas se conservan algunos fragmentos de su obra, vasta como la de Aristóteles.

En la Escuela de Abdera, con Demócrito a la cabeza, intentaron conciliar las excluyentes ideas de Parménides y Heráclito, aportando la siguiente hipótesis: aceptaron que el Ser inmutable (Parménides) se manifiesta en ciertas sustancias invariables, cuya mezcla o separación da lugar a los cambios en el mundo (Heráclito).

Este concepto de fragmentación de las sustancias condujo a la idea del “átomo” como la unidad más pequeña de la materia indivisible.

“Esto llevó al concepto del átomo, que encontró su más clara expresión en la filosofía de Leucipo y Demócrito. Los atomistas griegos trazaron una clara línea divisoria entre espíritu y materia, representando la materia como si estuviera hecha de siete “bloques básicos”. Estos eran partículas puramente pasivas e intrínsecamente muertas que se movían en el espacio.”⁽²⁾

Fue Demócrito de Abdera el primero en afirmar que si la materia se divide en fragmentos cada vez más pequeños, se llega a encontrar partículas muy pequeñas, sólidas, idénticas, invisibles, indestructibles e indivisibles, denominadas “átomos”, palabra que en griego significa *indivisible*:

“Nada existe, salvo átomos y espacio vacío; todo lo demás es sólo opinión”.⁽³⁾

Demócrito.

Fue un gran punto de partida y de ahí salieron los microscopios electrónicos y los desintegradores de átomos, que son instrumentos de la nueva ciencia de la física cuántica.

¡Admirable premonición de Demócrito, hace 2.400 años! Vio que la materia se componía de pequeños, invisibles e indivisibles, *bloques básicos*, que llamó *átomos*, partículas muertas moviéndose en el vacío merced a la participación de fuerzas espirituales. Ese fue el paradigma que perduró durante 24 siglos, hasta cuando Niels Bohr, en 1913, abrió el átomo y el paradigma se derrumbó dando origen a la física cuántica.

Pero Demócrito ocupa su lugar en la historia de la filosofía, por derecho propio; de él dice Emile Brehier, profesor de la facultad de letras de la Universidad de París, en su obra "*Historia de la Filosofía*", tomo 1:

"Pero en este molde arcaico introduce Demócrito una novedad considerable: la doctrina de los átomos. La física democriteana es la primera física corpuscular bien definida.

La masa infinita en que se encuentran mezcladas las semillas de todos los mundos, está hecha de una infinidad de pequeños corpúsculos, invisibles a causa de su pequeñez, indivisibles (átomos), completamente llenos, eternos, y mantenedores, cada uno, de su propia forma, a la vez que presentan una infinidad de formas diferentes." (4)

Ha sido tan poderosa la influencia de Demócrito y su concepto de *átomo*, que aún en un maestro tan connotado como Gurdjieff, contemporáneo de Einstein en pleno siglo XX, profeta místico del "*Cuarto Camino*", predomina dicho concepto:

“Se puede considerar a la materia como constituida por “átomos”, considerándose como “átomo” el resultado de la división final de la materia. En todo orden de materia, se les puede considerar simplemente como partículas infinitesimales de la materia dada, que son indivisibles sólo sobre el plano dado. Sólo los átomos del Absoluto son realmente indivisibles.”⁽⁵⁾

Y para que no queden dudas, se reafirma en términos de su visión atomista, en una época en que Europa se conmovía por los descubrimientos cuánticos al abrir el átomo, proceso que se había iniciado desde los primerísimos años del siglo XX:

“Se entiende por “átomo de sustancia”, la más pequeña cantidad de una sustancia dada que retiene todas sus propiedades químicas, cósmicas y psíquicas; en efecto, además de sus propiedades cósmicas, toda sustancia posee también propiedades psíquicas, es decir, un cierto grado de inteligencia. Por lo tanto, el concepto de “átomo” se puede aplicar no sólo a los elementos, sino también a todas las materias compuestas que tienen funciones precisas en el universo o en la vida del hombre.”⁽⁶⁾

Desde los aportes científicos de Einstein, 1905, estos conceptos de Gurdjieff son muy controvertibles, pero muestran la huella memorable de Demócrito.

El Oscurantismo medieval

Los atomistas griegos trazaron una clara línea divisoria entre espíritu y materia, representando la materia como constituida por “ladrillos básicos”, los átomos. Estos ladrillos eran partículas

puramente pasivas, inertes, intrínsecamente muertas, que se movían en el vacío.

No se explicaba la causa de su movimiento, pero se solía relacionar con fuerzas *externas*, que se suponían de origen espiritual, y que eran fundamentalmente diferentes de la materia, esencialmente diferentes de los ladrillos básicos.

Esta hipótesis, que constituía un gran avance al reconocer el átomo, era intrínsecamente dualista: materia y espíritu, átomos y espíritu, y el espíritu estaba asociado con fuerzas externas al átomo.

Una vez que la idea de la separación entre espíritu y materia hubo arraigado, los filósofos de Occidente, en lugar del mundo material, volcaron su atención hacia el mundo espiritual, hacia una imaginaria alma humana, y los asuntos pertinentes a la ética y a la moral. La cultura occidental se marginó de la materia del átomo, y prevaleció el concepto del espíritu.

Estos temas intangibles ocuparon el pensamiento occidental durante más de 2.000 años contados desde la cúspide de la cultura griega, que tuvo lugar en los siglos V y IV a. c. Esta época de 20 siglos es históricamente denominada *medievo*, y peyorativamente se le identifica como el oscurantismo de la edad media.

Durante todo este período el tema del átomo, de la materia, de los ladrillos básicos, fue ignorado y se privilegió el tema del espíritu.

Aristóteles, quizás el filósofo más importante durante esos 2.000 años, creía que las cuestiones relativas a la perfección del alma humana y a la contemplación de Dios, eran mucho más importantes que las investigaciones sobre el mundo material.

La razón por la que el modelo aristotélico del universo permaneció incontestado durante tanto tiempo fue precisamente esa falta de interés en el mundo material, y también la gran influencia de

la Iglesia Cristiana, que apoyó sus doctrinas durante la Edad Media, cuando ya era un imperio.

Entonces, ¿cuál era la *realidad* durante todo el medioevo?: el espíritu, Dios, la Iglesia. No había nada más. Eso era todo. La materia y el átomo desaparecieron del escenario cultural en Occidente, como temas de investigación; culturalmente se impuso la doctrina, la creencia, el rito, la adoración y la jerarquía dentro de la Iglesia Cristiana, que desde el siglo III d. C. sería la Iglesia Católica, siempre asociada al poder del estado político.

El Medioevo culmina en el siglo XV, cuando surge el Renacimiento, un movimiento cultural, científico, filosófico y estético, que pretende recuperar el tiempo perdido, al cual dedicamos los comentarios del siguiente capítulo.

Continuemos indagando en la historia de la materia porque, tal vez, el átomo contenga el misterio de la existencia y la respuesta a la pregunta que nos motiva: ¿Qué es la realidad? Pero no el átomo encriptado, sellado, indestructible, tal como lo imaginó Demócrito, sino el átomo abierto en el siglo XX, para revelar su extraordinario misterio y belleza.

Necesitamos abrir la mente para asimilar profundos cambios en conceptos como espacio, tiempo, materia, objeto, causa y efecto, movimiento... con los cuales experimentamos el mundo.

Nos espera algo parecido a una conmoción.



3. Renacimiento y ciencia

“Pienso, luego existo.”
Descartes

Se denomina renacimiento a la época que comienza a mediados del siglo XV, en que se despertó en Occidente un intenso entusiasmo por el estudio de la antigüedad clásica griega y latina, al margen de la religión.

“La primera fase del renacimiento fue la época del triunfo de la razón... El siglo XVII, la época del barroco, se encontró ante una alternativa inquietante para decidir sobre el destino humano: la salvación depende de la gracia de Dios o de las obras del hombre.”⁽⁷⁾

A través de toda la Edad Media, la cultura occidental conservó un extraño recuerdo de la antigüedad clásica, griega y latina. Enrique

VII, Carlomagno y Federico II, soñaron con recuperar el imperio romano y fundar el prestigio de su autoridad sobre la base de aquella unidad romana, que no había cesado de intrigar a la intelectualidad.

No obstante, después de tantos siglos de oscuridad, se tenía un conocimiento erróneo e incompleto de todo lo antiguo, porque la religión había sustituido todo.

“Homero, por ejemplo, era leído en un extracto falsificado... las obras de Virgilio se copiaron y plagieron mil veces... Trajano fue convertido en un príncipe cristiano... la leyenda según la cual Petrarca fue encontrado muerto, después de haber velado toda la noche sobre un manuscrito de Homero, es harto definitiva de los tiempos que ahora comienzan.”⁽⁸⁾

El más famoso rebelde a la autoridad eclesiástica, y por lo mismo entusiasta de la antigüedad, fue el emperador Federico II, que vivía como un verdadero pagano en Italia, rodeado de artistas y literatos, sin un sólo clérigo.

Respecto de la ciencia, que es el tema que nos interesa por razones que vamos revelando a lo largo de este texto, en Occidente no alcanzó mayor desarrollo hasta la llegada del Renacimiento. Fue entonces cuando el hombre comenzó a liberarse de la influencia de Aristóteles y de la Iglesia Católica, mostrando un nuevo interés en la naturaleza y en la materia.

El estudio de la naturaleza, con un espíritu realmente científico, se llevó a cabo por primera vez a finales del siglo XV, al efectuar experimentos que constataran las ideas dominantes y transformarlos en lenguajes matemáticos.

Galileo (1564-1642)

Galileo, en Italia, fue el primero que combinó el conocimiento experimental con las matemáticas y es, por ello, considerado el padre de la ciencia moderna. No utilizó el término “ley” en la mayoría de sus trabajos científicos, aunque aparece en algunas de sus traducciones.

Utilizara o no el término, Galileo descubrió muchas leyes importantes y abogó por los principios básicos de la observación en la base de la ciencia, y de que el objetivo de la ciencia es integrar las relaciones cuantitativas que existen entre los fenómenos físicos.

La idea jónica (griega) de que el universo no está centrado en los humanos constituyó un hito en la comprensión del cosmos, aunque esa idea anticlerical fue olvidada y no fue recuperada hasta Galileo, casi veinte siglos más tarde.

Debido a su creencia en el origen lógico de las leyes de la naturaleza, Aristóteles y sus seguidores sostuvieron que era posible “deducir” dichas leyes sin prestar demasiada atención a cómo la naturaleza se comporta realmente. Sólo mucho más tarde, Galileo se atrevió a desafiar la autoridad de Aristóteles y a observar lo que la naturaleza hacía en realidad, más que lo que la pura “Razón” decía que debería hacer.

Una de las precisiones que se deducían de las teorías de Aristóteles era que los objetos más pesados deberían caer más rápidamente, porque su finalidad es caer. Nadie parecía haber pensado que fuera importante comprobarlo hasta Galileo; dejó rodar diferentes pesos a lo largo de un plano inclinado y observó que todos adquirirían velocidad al mismo ritmo, contrariamente a la precisión de Aristóteles. Hoy sabemos que en el vacío todos los cuerpos caen a la misma velocidad, que es 9.8 m/s.

De manera que podemos considerar a Hermes en Egipto, como

el padre del misticismo; Demócrito, en Grecia, el padre la física teórica; y a Galileo Galilei como el padre de la ciencia moderna. Hermes-Demócrito-Galileo, la tríada que nos sacó del oscurantismo y nos colocó en el camino del átomo, es decir, en la puerta de entrada al misterio.

El Juicio a Galileo

Esta es sólo una anécdota histórica que muestra el irreconciliable conflicto entre ciencia y religión. La esencia de la ciencia es “*observar*”, y la esencia de la religión es “*creer*”. Observar o creer, ese es el fundamento de la diferencia.

Ptolomeo (85-165) propuso hacia el año 150 un modelo que describía el movimiento de los cuerpos celestes, trabajo publicado en un tratado de 13 volúmenes, conocido como *Almagesto*. Empieza explicando los motivos para pensar que la tierra es esférica, está en reposo en el centro del universo y es despreciablemente pequeña en relación con la distancia al firmamento.

A pesar del modelo heliocéntrico de Aristarco, el modelo de Ptolomeo había sido sostenido por la mayoría de griegos, al menos desde el tiempo de Aristóteles quien creía, por razones místicas, que la tierra debería estar en el centro del Universo, inmóvil, mientras los planetas y estrellas giraban a su alrededor. Ese modelo parecía natural, porque no notamos que la tierra se mueve bajo nuestros pies.

El conocimiento europeo posterior estaba basado en las fuentes griegas que habían llegado, de manera que las ideas de Aristóteles y Ptolomeo se convirtieron en la principal base del pensamiento occidental.

El modelo del cosmos de Ptolomeo fue adoptado por la iglesia católica y mantenido como doctrina oficial durante 1.400 años. Un

modelo alternativo fue propuesto por Copérnico en su obra “*Sobre las revoluciones de las esferas celestes*”, en el año 1543, publicada en ese año, que fue el de su muerte.

Copérnico, como Aristarco unos 17 siglos antes, describió un Universo en que el sol estaba en reposo y los planetas giraban a su alrededor en órbitas circulares. Aunque la idea no era nueva, se encontró con una resistencia apasionada. Se consideró que el modelo de Copérnico contradecía la biblia, la cual era interpretada como si se dijera que los planetas se movían alrededor de la tierra, aunque en realidad la biblia nunca lo afirmaba con claridad. De hecho, en la época en que la biblia fue escrita la gente creía que la tierra era plana.

El modelo copernicano condujo a un virulento debate sobre si la tierra estaba o no en reposo, que culminó con el juicio a Galileo por herejía en 1633, por postular el modelo copernicano y por pensar que:

“Se puede defender y sostener como probable una opinión tras haber sido declarada y definida contraria a las sagradas escrituras.”⁽⁹⁾

Fue declarado culpable, confinado a arresto domiciliario por el resto de su vida, y forzado a retractarse. Se dice que en voz baja murmuró:

“Aun así, se mueve.”⁽¹⁰⁾

En 1992, la Iglesia católica romana reconoció finalmente que la condena a Galileo había sido una equivocación. Debido a su avanzada edad se salvó milagrosamente de la Santa Inquisición, por haber apoyado la idea de que la tierra giraba alrededor del sol.

El que no se salvó fue Giordano Bruno, quien apoyaba las ideas de Copérnico y Galileo; monje dominico, teólogo, rebelde, adicionó por su propia cuenta que existía no un sol, sino muchos soles. Fue

quemado vivo en la hoguera pública, por hereje. Le sugiero leer su biografía en internet, para que se asombre con su vida trágica.

Hoy, gracias al telescopio Hubble, se sabe que esta galaxia, “*la vía láctea*” contiene cientos de miles de soles, que el universo se compone de cientos de miles de millones de galaxias, y que en el universo hay más soles que granos de arena en todas las playas de la tierra.

El radicalismo de Descartes (1596-1650)

El nacimiento de la ciencia moderna, en la cual nos apoyamos buscando la respuesta a la pregunta ¿Qué es la realidad?, fue precedido por una evolución del pensamiento filosófico que propuso una formulación extrema del dualismo espíritu-materia. Se radicalizó la propuesta dualista de la escuela de Elea, que venía de los griegos clásicos.

El filósofo y matemático francés Rene Descartes, amplió la brecha que existía entre materia y espíritu:

“En el concepto de cuerpo, nada hay que corresponda a la mente, y nada hay en el concepto de mente que corresponda al cuerpo”. ⁽¹¹⁾

Si la ciencia y el espíritu venían divorciándose desde hacía más de 20 siglos, Descartes fue el abogado que lo realizó. Aunque él creía que Dios había creado tanto el espíritu como la materia, pensaba que eran cosas completamente distintas e independientes.

Para Descartes, la mente humana era un centro de inteligencia y razón. El campo propio de la ciencia era el universo material, la naturaleza inerte, una máquina, según él, que actuaba de acuerdo con leyes que podían ser formuladas matemáticamente. Igualmente todas

las operaciones del cuerpo humano podían explicarse de acuerdo con el modelo mecánico:

“Considero que el cuerpo humano es como una máquina.” ⁽¹²⁾

La visión cartesiana y el concepto mecanicista de la realidad y del mundo, fueron al mismo tiempo benéficos y perjudiciales.

Fue una visión benéfica para la ciencia, porque incitó a los científicos a tratar la materia como algo muerto y totalmente separado de ellos mismos, sin sospechar que precisamente dentro de la materia iban a encontrar el sorprendente misterio del espacio atómico.

Y fue una visión perjudicial, porque su famosa frase *“Pienso, luego existo”* llevo al hombre occidental a considerarse identificado con su mente, en lugar de hacerlo con todo su organismo, con todo su Ser. Desde esta frase, ha ejercido una tremenda influencia sobre el modo de pensar occidental.

Como consecuencia de esta identificación la mayoría de las personas son conscientes de sí-mismas como egos aislados, que existen *“dentro”* de sus cuerpos. Ahora el individuo se siente no sólo fragmentado internamente, como piezas de relojería, sino separado de todo lo externo, aislado, solitario, poeta vagabundo, desolado, como Federico Nietzsche y los existencialistas del siglo XX.

Isaac Newton y la ciencia (1643-1727)

Sir Isaac Newton nació en 1643, en Inglaterra. Taciturno, introvertido, bajo de estatura, serio, ajeno al sexo, transformó la ciencia para siempre. Es la persona que más frecuentemente asociamos con la concepción científica del mundo, y por *“física newtoniana”* nos referimos con frecuencia al modelo mecanicista del

mundo.

Su enorme prestigio estuvo y está justificado porque dio pasos de gigante con respecto a sus antecesores. Estudió y se inspiró en las fuentes griegas antiguas, en la escuela de Elea, en la biblia protestante, Galileo y Descartes. El estudio del algebra de Descartes cambió su vida para siempre, porque se enamoró de las matemáticas.

Entre 1663 y 1664 aprendió todo lo que existía sobre matemáticas, abandonó toda socialización y se orientó apasionadamente en la dirección de su propia búsqueda científica. Pasó 18 meses solo, avanzó en matemáticas y óptica, y empezó su logro más grande: descubrir las leyes de la gravedad. Las conclusiones a las que llegó fueron tan convincentes que, durante más de 200 años, los científicos estuvieron persuadidos de que describían de forma precisa el funcionamiento de la naturaleza... hasta cuando apareció Einstein en 1905.

Veamos algunos de sus sorprendentes aportes:

- Descubrió el cálculo matemático
- Descubrió que la luz, focalizada en un prisma, emana colores. Por lo tanto, el color era una propiedad de la luz, y no de los objetos. ¡Las cosas no tenían color!

Entonces, respecto de la pregunta ¿Qué es la realidad?, deducimos nuestra primera conclusión:

Conclusión No. 1

“Las cosas no tienen color”

- Construyó a mano el primer telescopio.
- Postuló sus tres leyes del movimiento.

- Demostró cómo calcular la masa de los planetas.
- Demostró que el “*tiempo*” era una categoría absoluta y que los eventos eran predecibles.
- Descubrió las leyes que rigen la realidad física.

Para Newton, como para Descartes, el mundo era una máquina que funcionaba en un espacio tridimensional, con acontecimientos que tenían lugar en el tiempo y que eran previsibles.

Según él, como Demócrito, la materia era sólida y tenía partículas diminutas, invisibles, en el núcleo. Esas partículas, átomos, se movían de acuerdo con leyes de la naturaleza, como la fuerza de la gravedad, y esas leyes podían ser descritas con gran precisión matemática.

Einstein se encargaría de demostrar que toda la ciencia de Newton, la física clásica, era sólo aplicable a esta dimensión tridimensional percibida por los sentidos, pero que no funcionaba en el cosmos, dimensión de los grandes volúmenes y grandes velocidades, ni en el microcosmos de las partículas subatómicas, dimensión de las grandes energías.

De todas maneras Newton fue un coloso, un genio de calibre extraordinario, buen protestante, miembro del parlamento inglés; no se casó, rara vez se divertía, solitario; vivía con libros y con Dios, no con seres humanos. Murió en 1727 y su epitafio dice:

“La naturaleza y sus leyes yacían envueltas en la noche. Dios dijo “hágase Newton” y todo fue luz.” ⁽¹³⁾

El materialismo y lo inesperado

Podemos concluir que, desde la Escuela de Elea, en la Grecia clásica, hasta Newton, la visión de la realidad se fue radicalizando en

una dualidad sin términos medios: Dios y materia.

Quienes descubrieron que no tenían necesidad de Dios, ni de espiritualidad alguna, fueron las generaciones posteriores de los científicos, centrados completamente en la máquina material del mundo; los científicos, una vez liberados de las restricciones impuestas por el dogma religioso, reaccionaron con rencor, iniciaron su fervor radical por la materia, proclamando que:

“Todo lo que no se ve y no se puede medir es fantasía y engaño.” ⁽¹⁴⁾

Muchos científicos se volvieron tan dogmáticos como las autoridades eclesiásticas y afirmaron que somos estrictamente pequeñas máquinas, sin Dios alguno, sin alma, que se mueven en el universo maquinal predecible, gobernados por leyes inmutables que se pueden expresar matemáticamente.

Los materialistas tomaron la visión de Newton y le quitaron a Dios, afirmando que sólo lo medible, visible y tangible es real. Es decir, que sólo la materia es real.

Los seguidores de Charles Darwin, siglo XIX, dieron la última pincelada al triunfo materialista. No sólo no hay Dios y, por tanto, no existe una inteligencia creadora que guía la evolución de la vida, sino que nosotros mismos, que una vez fuimos considerados el centro del mundo, no somos más que mutaciones al azar, portadores de ADN en una búsqueda sin sentido, dentro de un universo sin sentido.

Este era el contexto científico a finales del siglo XIX. Materia sin Dios. Pero, ¡oh sorpresa!, cuando la ciencia materialista profundizó aún más en el universo muerto de la materia, tropezó con un misterio y lo desentrañó.

Al comienzo del siglo XX, científicos como Albert Einstein, Niels Bohr, Werner Heisenberg, Erwin Schrodinger y otros, fundadores de

la teoría cuántica, hicieron que el materialismo se resquebrajara, se diluyera en un “campo” absolutamente inesperado, sorprendente.

Luego de sus primeros descubrimientos afirmaron que cuando la materia se analiza en profundidad, desaparece y se disuelve en una energía insondable. No se podía continuar con la teoría de la “materia”, ni con el paradigma de la “máquina”, porque resulta que ¡el universo no es materia en absoluto! ¡La materia, como tal, como una categoría absoluta, no existe!

Conclusión de la nueva física cuántica: el universo físico en esencia, es energía, y puede surgir de un “campo” que es todavía más sutil que la energía misma, un “campo” que, más que materia, más que energía, parece información, inteligencia o conciencia.

Murió el criterio de la materialidad del mundo, aparece la energía como un enigma puro. Fue así como, ¡oh paradoja!, la ciencia abandonó la idea de Dios, acogió la materia como la única realidad, profundizó en ella, para encontrarse de frente, con el enigma de la más profunda esencia metafísica.

Indaguemos un poco, paso a paso, en lo que fue este proceso revelador y liberador, para tratar de comprender lo que ha sido descubierto hasta la fecha; necesita abrir su mente, ampliar un poco su perspectiva egocéntrica de la realidad, abandonar la rigidez de su “yo”, que son los factores que le impiden ver las cosas tal como son y percibir la vida tal como es.

Es obvio que, para intentar responder a la pregunta ¿qué es la realidad?, necesitamos descubrir la naturaleza de la materia porque, aparentemente, la realidad está hecha de materia. ¿Y si la materia no existe?



4. Descubrimiento científico del **CAMPO**

“El campo es la única realidad.”

Einstein

Historia de la nueva ciencia

La historia de la Física Cuántica comenzó con el descubrimiento del *campo* electromagnético, ligado especialmente a tres nombres: Oersted, Faraday y Maxwell.

Christian Oersted, en 1820, siendo profesor de la Universidad de Copenhague, se dio cuenta de que una corriente eléctrica era algo más que un flujo dentro de un alambre conductor. Había descubierto el *campo* que circunda a la corriente eléctrica, el *campo* magnético.

Michael Faraday, en 1831, dio un nuevo e importante paso. Si la corriente eléctrica creaba un campo magnético, ¿por qué un campo magnético no podía crear una corriente eléctrica? Después de una serie de experimentos, descubrió que moviendo adecuadamente el campo magnético de un imán, podía producir una corriente eléctrica en un alambre conductor.

Quedaba claro que el fenómeno eléctrico y el *campo* magnético eran dos caras de una misma realidad.

La gran revolución científica del siglo XX fue precedida por el descubrimiento y la investigación de los fenómenos eléctricos y magnéticos, los cuales no podían ser apropiadamente descritos mediante el modelo mecánico de Newton, porque implicaba el reconocimiento de un nuevo tipo de fuerza, algo como un *campo* invisible.

El paso más importante lo dieron Faraday y Clerk Maxwell; el primero, uno de los más grandes experimentadores en la historia de la ciencia, el segundo un brillante teórico matemático.

Cuando Faraday logró producir una corriente eléctrica en una bobina de cobre, moviendo un imán cerca de ella, convirtiendo así el trabajo mecánico de mover el imán en energía eléctrica, condujo a la ciencia y a la tecnología a un punto decisivo.

Su experimento fundamental dio origen a la tecnología de la ingeniería eléctrica, a una teoría completa del electromagnetismo pero, principalmente, reemplazó el concepto *fuerza* por el de *campo de fuerza*, y con ello fueron los primeros en ir más allá de la física newtoniana.

“En lugar de interpretar la interacción que se da entre una carga positiva y una negativa, diciendo simplemente que las dos cargas se atraen una a la otra como lo harían dos masas, según la mecánica

newtoniana, Faraday y Maxwell encontraron más apropiado afirmar que cada una de las cargas crea una “perturbación” en el espacio que la circunda... A esta característica del espacio, capaz de producir una fuerza, la denominaron campo. Un campo es creado mediante una sola carga y existe en el espacio tanto si se introduce otra carga que sienta su efecto como si no se introduce.” ⁽¹⁵⁾

¿Cuál es el gran aporte? Descubrir que el espacio abierto puede contener un potencial, una fuerza invisible, capaz de producir una acción. Es decir, que el espacio aparentemente vacío, no está vacío. Este concepto de *campo* nos va a ayudar a comprender el “*campo vacío*” dentro del átomo, y el “*campo gravitacional*” en las teorías de Einstein.

Algunos científicos han opinado que el experimento de Faraday ha sido el más importante en la historia de la ciencia:

“Einstein expresa que la teoría electromagnética de Maxwell y los experimentos de Faraday, son los acontecimientos científicos más importantes desde Newton.

Nosotros podemos afirmar que la introducción de este concepto nuevo, el concepto de campo, es un acontecimiento capital que rebasa el mundo de la física.” ⁽¹⁶⁾

El campo magnético invade todo el espacio

¿Qué motivó a Faraday para orientarse hacia su extraordinario experimento? En los siglos transcurridos entre Newton y Faraday, uno de los grandes misterios de la física era que sus leyes parecían

indicar que las *fuerzas* actúan a través del *espacio vacío* que separa los objetos que interactúan.

A Faraday, esa idea no lo convencía. Creía que para mover un objeto, algo debía ponerse en contacto con él; imaginó que el espacio entre cargas eléctricas o imanes se comportaba como si estuviera lleno de tubos invisibles, que llevaban físicamente a cabo la tarea de arrastrar o impulsar las fuerzas. Faraday llamó a estos tubos imaginarios “*campos de fuerza*”.

Una buena manera de visualizar un *campo de fuerza* es ejecutar la conocida demostración escolar en que una lámina de vidrio, con pequeñas limaduras de hierro esparcidas sobre su superficie, se coloca encima de un imán. Con unos leves golpecitos para vencer la fricción, las limaduras se mueven como empujadas por una potencia invisible, y se disponen en forma de arcos que se estiran desde un polo del imán al otro.

¡Dicha forma es una representación de la fuerza magnética invisible que invade todo el espacio! En la actualidad la física acepta que todas las fuerzas son transmitidas por *campos*, de manera que es un concepto que trascendió los principios de toda la física newtoniana.

El campo es la única realidad

Aunque la filosofía oriental no es el tema que nos ocupa, es interesante saber que en el Zen, que en su origen es la fusión del Budismo de la India y el Tao de China, el principio unificador de Todo es definido como:

“*Un campo informe de bienaventuranza.*” ⁽¹⁷⁾

Y aún para creyentes tan devotos como Einstein, que era judío, ese “*campo vivo*” es la única realidad:

“Podemos por tanto considerar la materia como estando constituida por las regiones de espacio en las cuales el campo es extremadamente intenso... No hay lugar en esta nueva clase de física para el campo y la materia, porque el campo es la única realidad.”⁽¹⁸⁾

Para un occidental, acostumbrado a pensar en Dios como una entidad creadora, principio y fin de todas las cosas, el concepto de “*campo vivo*”, que llena todo el espacio, le puede ser de imposible aceptación, pero afortunadamente no lo fue para Clerk Maxwell, quien en 1865 sintetizó todas las leyes conocidas de la electricidad y el magnetismo, y descubrió la vitalidad dinámica de los *campos*:

“Maxwell advirtió que los campos que transmiten las perturbaciones eléctricas y magnéticas son entidades dinámicas que pueden oscilar y propagarse por el espacio.”⁽¹⁹⁾

Entonces, la materia no es una categoría absoluta, como algo que existe por si-misma; es sólo una “*forma*” que toma el “*campo vivo*” en ciertas circunstancias. El *campo* es la realidad esencial, es el Chi, el Tao de los místicos chinos.

Por ahora, podríamos quedarnos con una trascendente definición del *campo*, aportada por el eminente científico Stephen W. Hawking:

“Campo: algo que existe en todos los puntos del espacio y del tiempo, en oposición a una partícula, que sólo existe en un solo punto en un instante dado.”⁽²⁰⁾

Podríamos, entonces, anticiparnos un poco y afirmar con la Nueva Física, que el Universo físico no es físico en esencia, es energía, y puede surgir de un “*campo*” que es todavía más sutil que la energía misma, un “*campo*” que, más que materia, más que energía, parece información, inteligencia o conciencia, como veremos.

El físico Ramón Marqués lo dice así:

“Por otra parte, el caso es que entramos de lleno en el concepto de campo y nos encontramos con una apoteosis: la materia es una derivación del campo, el cual pasa a ser la esencia que genera a todo cuanto existe en el Universo.” ⁽²¹⁾

Entonces, respecto de nuestra indagación acerca de ¿qué es la realidad?, podemos deducir nuestra segunda conclusión:

Conclusión No.2

“La materia no existe como una categoría absoluta, por sí-misma, independiente de todo. La materia percibida, bajo la ilusión de que es un objeto sólido y estable, es realmente un proceso de la energía. La única realidad es el campo, que crea la energía.”

Esta forma de pensar acerca de la materia llegó a la física con los aportes de Einstein, con su reconocida fórmula: $E=mc^2$ (energía es igual a masa por la velocidad de la luz al cuadrado), con la cual conmovió las estructuras de las ciencias físicas.

A partir de esta fórmula, el reconocimiento de que la masa de la materia es una “*forma*” de energía, eliminó de la ciencia el concepto de sustancia material, y con ello también el de una estructura fundamental física, tangible.

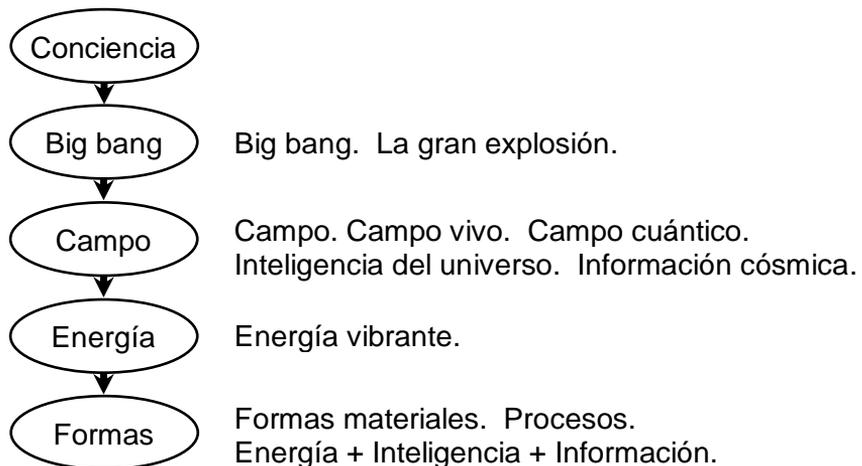
Como veremos en capítulo posterior, las partículas subatómicas, los supuestos “*ladrillos básicos*” de la materia, no están hechos de algún tipo de material, sino que son modelos de energía, procesos.

La energía, por su propia naturaleza vibrante, está relacionada con actividades, con procesos continuos, y esto implica que la naturaleza de las partículas subatómicas sea, intrínsecamente, dinámicas. Al observarlas, no vemos sustancia alguna. Todo lo que se ve son procesos dinámicos que cambian continuamente uno dentro del otro, una continua danza de energía.

Para la ciencia, la materia es sólo una “*forma*” de la energía, no una sustancia. Es la “*forma*” de un proceso transitorio, que cambia de instante en instante, como una ola del mar, como las nubes, como los sueños. La materia es algo virtual, que es y deja de ser en el instante siguiente, porque todo lo manifestado es un proceso continuo de transformación energética.

La energía vibra constantemente.

Si aceptamos la tesis mística según la cual la Conciencia lo crea todo y si aceptamos la tesis científica del big bang, la gran explosión acaecida hace 13.700 millones de años, podemos ilustrar todo el proceso así:



La física y la metafísica como un continuum

Desde Hermes Trismegisto, tal vez unos 5.000 años a. de C., en Egipto, se afirmó que Todo es Uno, Uno es Todo.

Todas las Escuelas Místicas de Oriente -Yoga, Budismo, Zen, Tao, Sufismo-, cada una a su manera, han afirmado que la Conciencia es la Fuente de todo, que Todo es Uno, y que todas las cosas carecen de existencia propia.

A finales del siglo XIX, la ciencia descubrió el *campo*, que ocupa todo el espacio.

A principios del siglo XX, la ciencia abrió el átomo y descubrió ahí el "*campo cuántico*", un espacio ocupado por una infinita energía.

A mediados del siglo XX, la astronomía dedujo la gran explosión del big bang, que creó el campo, la inteligencia del Universo y la información del cosmos.

Durante la segunda parte del siglo XX, las ciencias biológicas descubrieron la fantástica inteligencia implícita en los procesos de la naturaleza: las neuronas, la gestación de una nueva vida, los procesos emocionales, los complejísimos procesos celulares, la fotosíntesis de las plantas... Todo es energía, inteligencia, información.

Ahora, cuando podemos fusionar todo este conocimiento, podemos comprender con cierta precisión que lo físico y lo metafísico es un continuum. Se confirma la tesis de Hermes. Si bien en Occidente hubo sabios muy destacados que intuyeron esta realidad, para la ciencia, rigurosa y empírica, ahora le es posible comprender el continuum física-metafísica. Desde el enfoque místico de Oriente se trata de una tríada: física-metafísica-Conciencia.

Trate de inferir la misma hipótesis analizando el gráfico anterior:

La Conciencia Pura se manifiesta mediante el big bang.

El big bang crea el campo cuántico, la Inteligencia del Universo y la Información cósmica.

El campo cuántico crea la energía vibrante, que contiene Inteligencia e Información.

La Energía, la Inteligencia y la Información, crean las “*formas*” materiales manifestadas.

Aquella alienación de conceptos de la Física, por una parte, que no contemplaba más realidad que la tridimensional, y de la metafísica por otra, que solía asentarse sobre entelequias y dogmas, ahora ya no tiene por qué seguir así.

Es ya posible comprender que lo físico y lo metafísico van juntos, en un continuum indivisible e inteligente, que no procede división alguna. La materia ya no es un conjunto de pequeños corpúsculos materiales; ahora se constata que lo visible procede de lo invisible, de instante en instante.

Conclusión No.3

“Lo físico y lo metafísico es un continuum. Conciencia, campo, energía, Inteligencia e Información, es un continuum unificado, de instante en instante.”

Entonces, ¿qué es la realidad percibida?

El vacío, según los místicos

Una precisión es necesaria. El *campo* es el contenido de todo el espacio físico del Universo. El *vacío* es la nada del espacio psíquico del ser humano. Son variados los nombres que se le dan: Nada, Wu-wei en el Taoísmo, Mu, Sunyata, Kenosis en el cristianismo, silencio.

Esta diferenciación precisa entre *campo* y *vacío* evita confusiones propias de estos términos tan ambiguos.

En las Escuelas Místicas y en la profundidad de las grandes religiones, el *vacío* es considerado como “*la gran posibilidad*”. Y como tal conviene comprenderlo y buscarlo en la vía de la evolución consciente, que no es tema de este libro. Pero no sobra la aclaración; el *vacío* no es el tema que nos ocupa; el *campo* nos va a seguir acompañando, porque aparece con todo rigor en el espacio interno del átomo, como veremos.

Además, si vemos el *campo* como un “*vacío creador*”, término usual en el budismo, entonces desaparece el concepto existencialista del “*vacío*” como equivalente a la “*nada*”, y surge el concepto de “*campo*” como un potencial creador de Todo, como la Fuente, como un “*vacío creador*”.

Pero no olvide que, aún siendo el “*campo*” la Fuente de todas las formas manifestadas, ha sido a su vez creado por la Conciencia en el instante del big bang.

Estamos indagando acerca de qué es la realidad, respecto de lo que percibimos sensorialmente como tal; no estamos investigando qué es la Conciencia. Pero, paradójicamente, si regresa al diagrama anterior, descubre que la Conciencia es el principio del proceso y que las “*formas*” materiales son la involución última de esa Conciencia, mediante el “*campo*”.

En realidad, entonces, todo es Conciencia, y a ella se puede regresar mediante el *vacío* interior.

De manera que “*campo cuántico*” no es lo mismo que “*vacío interior*”, y este vacío no puede ser entendido como algo negativo.

En el camino de la evolución consciente, el *vacío* es espacio interno, dejar ir, soltar, no apego, no identificación, abandonar lo extraño, lo que no soy, recuperar el estado original de no-yo.

Según los místicos, en este vacío interno silencioso se puede manifestar la Conciencia primigenia.

Desde cierta perspectiva, “*el campo es la única realidad*”, como afirma Einstein.

Desde otra perspectiva, “*La Conciencia es la única realidad*”⁽²²⁾, como afirma Krishnamurti.

Einstein y Krishnamurti, los dos tienen la razón. La cara y el sello de una misma realidad. Dos maneras de investigar la realidad, y las dos niegan la categoría absoluta de la materia.

Ahora bien, investigar la realidad, ir internamente en busca de la realidad requiere una energía inmensa. Y si el hombre no hace eso, disipa su energía de maneras que generan daño; por lo tanto, la sociedad tiene que controlarlo.

¿Es posible para el hombre liberar energía en la búsqueda de Dios, de la Verdad, de la Realidad y, en el proceso de descubrir lo verdadero, ser un ciudadano que comprende las cuestiones fundamentales de la vida y a quién la sociedad no puede destruir?



5. Reconocimiento científico del átomo

“Las cosas no son lo que parecen ser.”

Anónimo

Como lo hemos comentado, desde el siglo XIX la ciencia se focalizó y radicalizó en la materia y su estructura, al margen de toda noción de Dios, del espíritu y de toda perspectiva metafísica, sin sospechar la sorpresa que la realidad material le tenía preparada.

Breve historia

La primera formulación de la teoría moderna atómica se ubica a comienzos del siglo XIX, atribuida a John Dalton, químico inglés que en 1808 publicó su obra *“Un nuevo sistema de filosofía química”*; en su escrito asignó a los átomos un papel relevante, al establecer que,

efectivamente, la materia estaba compuesta por átomos indivisibles, idénticos entre sí dentro de un mismo elemento, y diferentes en forma y tamaño de los pertenecientes a otros elementos. Fue Dalton quien estableció el axioma que dice: “*Los átomos ni se crean ni se destruyen*”, axioma que se derrumbó en 100 años.

Simultáneamente con Dalton, Joseph Gay-Lussac necesitó del concepto átomo para explicar experimentalmente algunos fenómenos propios de la combinación de sustancias gaseosas.

El italiano Avogadro lo utilizó en sus experimentos con gases, temperatura y presión, por allá por 1811.

Hacia 1890, el escocés James Clark Maxwell y el austriaco Ludwig Boltzman, desarrollaron una descripción matemática del comportamiento de los gases, a partir de la existencia de los átomos, denominada “*Mecánica estadística*”.

Y llegó el formidable siglo XX

Hasta principios del siglo XX se creía que el Universo era constante en el *tiempo*, que su tamaño no se modificaba, idea inspirada por la rigidez conceptual y matemática de Newton y, muy seguramente, por la versión creacionista de la Biblia. Recordemos que, según la Biblia, Dios creó el mundo en 7 días, que es *tiempo*, y que para Newton tanto el *espacio* como el *tiempo* eran categorías absolutas, es decir, que existían en sí mismas como realidades independientes, inmodificables.

Si Dios había creado el mundo pues el mundo era como Dios lo había creado. ¿Por qué habría de modificarse? Si todo era perfecto, porque era obra divina, ¿por qué la perfección tendría que modificarse?

De manera que, empezando el siglo XX había 3 conceptos absolutos: espacio, tiempo y la permanencia inmodificable del Universo. Además el átomo había sido aceptado como una realidad física, componente elemental de la materia, eterno e indivisible, luego de 2.400 años contados desde Demócrito.

Pues bien, todo este andamiaje se iba a derrumbar en el transcurso de los primeros 25 años del siglo XX, no quedando ni los cimientos. Fue tan grande, tan extraordinario todo lo descubierto, que la humanidad aún no lo comprende, ni lo acepta. La humanidad continúa con sus antiguos paradigmas, mientras la ciencia tomó su propio rumbo.

La humanidad continuó con sus viejas creencias, ritos y dogmas, propios del pensamiento mágico, mientras la ciencia iba descubriendo la esencia de la realidad material. Poco a poco, porque la investigación continúa, la ciencia ha ido descubriendo aquello de lo cual estamos hechos, físicamente. Los mitos están agonizando.

Y llegó Einstein

La odisea de Einstein empezó en Berna, Suiza, año 1905. Mientras trabajaba como inspector de patentes escribió 4 artículos que iban a cambiar la forma como vemos el Universo, la visión de la realidad y nuestra comprensión del Cosmos.

En el segundo artículo Einstein explica el “*efecto fotoeléctrico*” como la emisión de “*partículas*” que surgen de ciertas superficies, cuando son bombardeadas por rayos de luz. Según él, la luz no es sólo suave y continua, sino que también viene en pequeños paquetes, como minúsculas bolas de billar, hoy llamadas “*fotones*”, y reconocidas como partículas del átomo.

Así terminó el mito del átomo absoluto, eterno indivisible,

impenetrable, ladrillos absolutos constitutivos de la realidad material, mito que venía desde Demócrito.

A partir del concepto de los “fotones”, Einstein explicó la manera en que algunos metales desprenden “electrones” al ser iluminados, siendo los electrones otras partículas subatómicas. Por su trabajo sobre este tema, que se denominó “*Efecto fotoeléctrico*”, recibió el primer Nobel de Física en 1921.

El descubrimiento de Einstein de que la luz no era sólo ondas, sino también pequeñas partículas, revolucionó toda la física y dio origen al desarrollo inmediato de la teoría cuántica.

La primera constatación empírica de que los átomos tenían una estructura interna vino del descubrimiento de los Rayos X, una radiación que encontró rápida aplicación en la medicina. Poco después otras clases de radiaciones fueron descubiertas, emitidas por los átomos de las llamadas sustancias radioactivas.

Ernest Rutherford descubrió enseguida que las partículas alfa, que emanan de dichas sustancias, eran proyectiles de alta velocidad; podían ser utilizados para bombardear otros átomos y sacar conclusiones sobre su estructura interna. Los resultados fueron totalmente inesperados:

“Lejos de ser las partículas duras y sólidas que se había creído desde la antigüedad, los átomos resultaron componerse de vastas regiones de espacio en el cual partículas extremadamente pequeñas -los electrones- se movían alrededor del núcleo, encadenados a él por medio de fuerzas eléctricas.” ⁽²⁴⁾

Tres componentes fueron identificados dentro del átomo: el núcleo, las partículas y un enorme espacio supuestamente vacío, que resultó no ser tan vacío.

En 1920, reconocidos físicos internacionales se encontraban investigando, simultáneamente, el espacio interno del átomo: Niels Bohr, Louis de Broglie, Erwin Schrodinger, Wolfgang Pauli, Werner Heisenberg, Paul Dirac, genios que decidieron unificar esfuerzos, orientados a descubrir las leyes que regían la inesperada realidad del mundo subatómico. Se reunieron en un famoso encuentro en Estocolmo y compartieron sus descubrimientos: había nacido la Física Cuántica.

La nueva ciencia vendría para revelar el misterio que la materia oculta en sus entrañas. Ahora sí, no iba a quedar piedra sobre piedra. Todos los mitos iban a quedar en ruinas. Toda la estructura conceptual creada desde los griegos, 500 a. de C., iba a ser demolida. Del paradigma mecanicista y materialista, nutrido en Occidente por Newton, no quedó nada.

“Los conceptos de la teoría cuántica no fueron fáciles de aceptar, incluso después de haber completado su formulación matemática. Su efecto en la imaginación de los físicos era verdaderamente destructor.

Los experimentos de Rutherford habían demostrado que los átomos, en vez de ser duros e indestructibles, consistían en vastas regiones de espacio en las que partículas extremadamente pequeñas se movían, y ahora la teoría cuántica aclaró que incluso estas partículas no se asemejan en nada a los objetos sólidos de la física clásica.

Las unidades subatómicas de materia son entidades muy abstractas que tienen un aspecto dual. Dependiendo de cómo las miremos, aparecen a veces como partículas, otras veces como ondas...” (25)

Por favor, lea atentamente el último párrafo. ¿Las partículas subatómicas son abstractas? ¿Son duales? ¿Cómo así que son

ondas o partículas dependiendo de cómo las miremos? ¿Y cuál es el poder de la observación?

Esta cita de Hawking contiene la esencia del misterio cuántico, y nos conduce a la frontera del misticismo oriental. Dentro del átomo un enorme “*espacio vacío*”, que resultó no ser tal, y unas partículas muy abstractas que poseen una naturaleza dual, dependiendo de cómo sean miradas. Pero ¿cuál es el significado de todo esto?

Pospongamos lo concerniente a las partículas duales y a la *observación creadora*, para detenernos un poco en el concepto del “*espacio vacío*” dentro del átomo.

El supuesto “*espacio vacío*” dentro del átomo

Una de las primeras grietas en la estructura de la física newtoniana fue el descubrimiento de que los átomos, los pilares del Universo físico, supuestamente sólidos, estarían formados, en su mayor parte, por un espacio vacío. ¿Vacío?:

“Si utilizamos una pelota de baloncesto para representar el núcleo de un átomo de Hidrógeno, el electrón que lo circunda estaría a 32 kilómetros de distancia, y el espacio intermedio entre ambos estaría vacío.” ⁽²⁶⁾

Inicialmente se creyó esto, pero en realidad no es así. Ese supuesto “*vacío*” no está vacío. Contiene cantidades enormes de energía, poderosa y compleja; ese inmenso espacio dentro del átomo, saturado de una inconmensurable energía, es lo que se denomina ahora “*campo cuántico*”:

“Los científicos afirman ahora que hay más energía en un centímetro cúbico de espacio vacío que en toda la

materia del Universo conocido. Aunque los científicos no han conseguido medirla directamente, sí han visto los efectos de ese mar inmenso de energía.” (27)

La visión mecanicista del mundo, sostenida por la física clásica, estaba basada en la existencia de cuerpos sólidos que se movían por el espacio vacío. Este concepto todavía es válido en el reino de nuestra experiencia diaria, donde la física clásica continúa siendo una teoría útil.

Ambos conceptos -el del espacio vacío y el de los cuerpos materiales sólidos- se encuentran tan profundamente arraigados en nuestros hábitos de pensamiento que resulta extremadamente difícil para nosotros imaginar una realidad física en la cual no tengan aplicación. Y, sin embargo, esto es precisamente lo que la física moderna nos obliga a hacer cuando vamos más allá de las cosas tridimensionales.

El concepto de “*espacio vacío*” ha perdido ya significación en astrofísica y en cosmología, ciencias que tratan del Universo en términos generales, y el concepto de los objetos sólidos ha quedado destruido por la física cuántica, la ciencia de lo infinitamente pequeño.

La realidad más profunda dentro de la materia sólida ya no es el átomo. Es el “*campo cuántico*” dentro del átomo, un espacio enorme lleno de una inconmensurable y poderosa energía. Pero el “*campo cuántico*”, en sí mismo, en su propia naturaleza, es un *campo* electromagnético.

Conclusión No. 4

“La materia sólida se compone de átomos, y los átomos se componen de un “campo cuántico”, un inmenso océano de energía, con una que otra partícula inmaterial. Esa es la

esencia más profunda de la materia.”

Entonces, ¿qué es la realidad percibida por los sentidos? ¿Qué es lo que ven los ojos? ¿Qué es lo que palpo con las manos cuando toco un “objeto”? ¿Cuando me siento en un asiento de madera, realmente dónde me estoy sentando? ¿Por qué no me hundo en ese océano de energía que es el asiento? ¿Y cuando como manzana, qué es lo que realmente estoy comiendo? ¿Y quién come qué?

La mayoría de la gente cree que la realidad es lo que los sentidos proyectan ante nosotros. Y la ciencia, desde luego, ha apoyado esa visión durante 400 años: sino percibimos algo a través de los cinco sentidos, no es real.

Sin embargo, esa “realidad” se muestra de una manera si la miramos con los ojos y de otra muy diferente si la miramos más detenidamente, en profundidad, con un microscopio o desintegrador de átomos; entonces, se vuelve completamente distinta, irreconocible.

¿Y los pensamientos? ¿Son parte de la “realidad”? Mire a su alrededor. Hay ventanas, sillas, luces y este libro. Probablemente piensa que todas estas cosas son reales. Pero todas están precedidas por una “idea” de ventana, silla, libro... Alguien ideó esa ventana, esa silla, ese libro, y lo creó. Así pues, si lo último es real, ¿es también real la idea?

La mayoría de las personas cree que los pensamientos y las emociones son reales; pero, cuando los científicos exploran la “realidad” evitan cuidadosamente hablar de cosas semejantes.

Si todas las cosas no creadas por la naturaleza están precedidas de una idea, de un pensamiento, ¿qué es lo real, la cosa o la idea?



6. El campo cuántico, la energía y las partículas subatómicas

¡No hay materia!

Hans Peter Durr

De lo comentado se deduce que el aparente “*espacio vacío*” dentro del átomo es, en realidad, un inconmensurable océano de energía... ¡en cada átomo de su cuerpo!

La energía que hay en cada átomo es incalculable, inimaginable, ilimitada. Puede adoptar una diversidad de formas: puede ser energía de movimiento, de calor, gravitacional, eléctrica, química... transformarse de una en otra, pero nunca se pierde ninguna parte de ella.

El “*campo cuántico*” fue creado en el big bang hace 13.700 millones de años, según deducción científica de la astrofísica, y el

campo creó la energía. Según la ciencia, ¡este es el origen de todo! Esta energía fue creada, ahora ni se crea ni se destruye, pero puede transformarse, puede cambiar de *formas*, pero nunca se pierde.

Este hecho científico puede representarse gráficamente así, por ahora, pero lo desarrollaremos un poco más en la medida de los temas tratados:

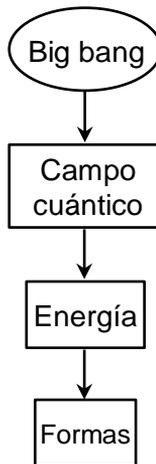


Figura N° 1. El proceso creativo

Ahora, la energía ni se crea, ni se destruye, pero se transforma en "*formas*". La conservación de la energía es una de las leyes fundamentales de la física, y aún la ciencia nunca ha observado ninguna violación de esta ley. La energía del Universo es constante.

Es importante, para los buscadores místicos, comprender que la bien amada palabra "*vacío*" no significa "*hueco sin nada*". Ese hueco sin nada no existe en el Universo. Pero podría comprenderla como un "*vacío creador*", que eso es lo que es el campo cuántico, y entonces el término "*vacío*" se llena de significación, misterio y belleza.

¿Y qué es la energía? Podríamos quedarnos con la definición clásica: es la capacidad de un cuerpo para producir una acción; además, suele creerse que la energía fue creada directamente en el proceso del big bang, y no es así, lo que el big bang creó fue el *campo*, y el *campo* creó la energía.

Esta afirmación está sustentada matemáticamente por Stephen Hawking en su reciente libro “*La gran ilusión*”:

“Esta ecuación significa que tres cuartos de la energía que constituye la materia deben atribuirse al campo electromagnético, y un cuarto al campo gravitacional.”
(28)

De manera que la energía es una “*forma*” creada por el *campo*. Lo primigenio es el *campo*. El *campo* se manifiesta como energía, convirtiéndose en un *campo energético* que contiene el infinito potencial de un ilimitado número de “*partículas*”, que pueden nacer y manifestarse, nacer y desvanecerse, o pueden no nacer y permanecer como una potencialidad.

El campo energético no contiene, en sí mismo, a las partículas subatómicas, como pequeñas bolas de billar. No. Lo que el campo contiene es el potencial, la posibilidad aún no manifestada, la probabilidad de crear o no crear una partícula, que no es una cosa material, tal como una ola no es una cosa separada del océano.

“Se creyó inicialmente que las pequeñas órbitas regulares del interior de esos átomos diminutos y sólidos eran realmente paquetes de energía. Luego se descubrió que tampoco se trataba de eso, sino de condensaciones momentáneas de un campo energético...”

Como tú sabes, cada “átomo” está formado casi enteramente por un “espacio vacío”; es una especie de

milagro que no nos golpeemos con el suelo cada vez que intentamos sentarnos en una silla. Y como el suelo está también casi vacío, ¿dónde encontramos algo lo bastante sólido como para sostenernos? “Nosotros”, o nuestro cuerpo al menos, ¡también estamos hechos de átomos!” (29)

Así que... ¿qué es la realidad?

Lo que es real es “*el campo vacío creador*”, entendido como un “*campo creador*”, que eso es lo que es el *campo cuántico*. La palabra “*vacío*” ha tenido vigencia durante miles de años en la sabiduría de lo místico, especialmente en el Budismo y el Tao, porque la ciencia hace apenas 100 años descubrió el *campo*, vacío de cosas, pero con un tremendo poder creador.

De manera que la palabra “*vacío*”, tan apreciada por los existencialistas como un hecho dramático de la vida, no es tal. Debemos aceptarla como un *campo vacío creador*, como un campo cuántico *creador*. En ningún caso se trata de un “*hueco sin nada*”, como se suelen ver las personas depresivas.

El potencial del *campo* es lo que hace que no sea nada. Es un potencial creador.

Lo que es real es el “*campo cuántico creador*”. Lo virtual es la partícula que podría crear. De manera que el *vacío*, como suele denominarse en el budismo, no es un estado de simple nada, sino que contiene el potencial para crear todas las “*formas*” posibles del mundo de las partículas.

Su cuerpo es una “*forma*” virtual, creada por átomos virtuales, compuestos por partículas virtuales. ¿Vanidad de qué?

El campo cuántico es un potencial energético creador, tal como lo es una semilla. Por lo tanto, todas las “*formas*”, incluido su cuerpo,

no son absolutas, independientes, sino sólo manifestaciones transitorias del campo vacío fundamental. Tal como lo afirmó el Sutra budista, con 2.500 años de anticipación:

“La forma es el vacío y el vacío es en verdad la forma.” (30)

El campo vivo

La relación entre el campo energético, vacío de cosas, y las partículas subatómicas es una relación esencialmente dinámica, no una relación entre cosas. El campo es verdaderamente un “vacío vivo”, latiendo sin cesar, con ritmo de creación y de destrucción.

El descubrimiento de la cualidad dinámica del campo vacío está considerado por muchos físicos como uno de los hallazgos más importantes de la física moderna. El “*campo vacío creador*” ha emergido como una cualidad dinámica de absoluta importancia, sin la connotación de “*hueco sin nada*” que suele darse a la palabra “vacío”.

Increíblemente, los chinos, milenios antes de Jesucristo, ya habían descubierto el mismo hecho. El sabio chino Chang Tsai dice:

“Cuando se sabe que el gran vacío está lleno de chi, se da uno cuenta de que no existe tal cosa como la nada.” (31)

Ver el campo energético cuántico como un “vacío vivo”, latiendo sin cesar como un corazón cósmico bondadoso, como un “*campo informe de bienaventuranza*”, expresión del Zen, indica que no se trata de un hueco sin nada, sino de un campo energético primordial, esencial, poseedor de un potencial creativo infinito, con cualidades puras.

Aparecen las partículas subatómicas

La inconmensurable energía del campo cuántico posibilita la manifestación de la masa, también en cantidades enormes, según la reconocida y bella fórmula de Einstein:

$$E = m c^2$$

en la cual E es la energía, m es la masa y c es la velocidad de la luz. La masa es la energía y la energía es la masa. Toda energía se manifiesta en “*formas*” de materialidad.

Pero esta relación entre energía y masa no significa que la energía del *campo vacío* crea la masa de la partícula de inmediato, como produciendo en serie pequeñas bolas de billar, porque la partícula subatómica no es tan material como la mente puede imaginar.

La partícula subatómica, la primera “*forma*” de la energía, es más una abstracción, una vibración del *campo*, algo así como el potencial del campo, como un proceso. Es necesario comprender que la partícula subatómica no es una cosa material, física, tangible. Es una virtualidad, una probabilidad incierta, y ese es el fundamento de toda la realidad tridimensional percibida por los sentidos.

“La materia, sea lo que fuere, no tiene nada en esencia. Es completamente insustancial. Lo más sólido que se puede decir sobre la materia insustancial es que se parece mucho a un pensamiento. Es como una pizca de información concentrada.” ⁽³²⁾

Es tan abstracta la realidad de la partícula que Stephen Hawking acude a esta sorprendente definición:

“Partícula virtual, en mecánica cuántica, es una

partícula que nunca puede ser detectada directamente, pero cuya existencia tiene efectos mensurables.” (33)

Entonces, a nivel subatómico, los objetos sólidos materiales de la física clásica se disuelven en patrones de probabilidades, y esos patrones no representan probabilidades de cosas, sino de interconexiones de todas las partículas con todas las partículas.

Aparece así el principio de la Unidad de Todo. Todo es Uno. Uno es Todo. La Unidad de la Totalidad.

La teoría cuántica nos fuerza a ver el Universo no como una serie de objetos físicos, sino más bien como una complicada telaraña de relaciones entre las diversas partes de un Todo unificado. Todo está en contacto con todo, en el espacio y el tiempo, tal como:

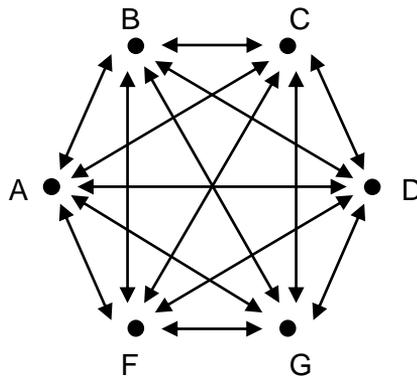


Figura N° 2. La Unidad de Todo con Todo

Pensamos en la historia como algo lineal, una serie de eventos que se extienden durante miles de años en el pasado. Es hora de pensar de otra manera. En lugar de una línea imagine una red de partículas, de infinitas conexiones, interactuando durante miles de millones de años, vinculadas para crear todo lo que conocemos:

nuestro universo, nuestro planeta, y nosotros.

En el budismo, esta red cósmica de interconexiones es ilustrada con la metáfora de la “*red de Indra*”, un vasto entramado de gemas preciosas que cuelgan en el palacio del Dios Indra. En palabras de Charles Eliot:

“En el cielo de Indra, se dice que hay una red de perlas, ordenadas de tal forma que si miras a una, ves a todas las demás reflejadas en ella. Del mismo modo, cada objeto del mundo no es sólo él mismo, sino que incluye a todos los demás objetos y de hecho es todos los demás. En cada partícula de polvo se encuentran presentes Budas innumerables.” ⁽³⁴⁾

En resumen, en un instante el Big bang creó el *campo*, y en un instante el *campo* creó toda la energía del Universo y la gravedad. Cientos de miles de años después, el campo de energía empezó a crear las partículas como una “*forma*” de la energía, conectadas todas con todas, y no como “*cosas*” tangibles. La unidad del sistema es total, todo con todo, y esta es la naturaleza verdadera de la “*materia*”.

Esto explica que la ciencia cuántica afirme enfáticamente que ¡no hay materia! Sin embargo, tenemos una imagen muy extraña del mundo, como si las cosas fuesen tangibles, incluso nuestro cuerpo. De alguna manera nos hemos dejado meter en una estrecha imagen de la realidad, desde la cual no comprendemos nada. No vemos, ni comprendemos, lo que realmente somos.

Conclusión No. 5

“La materia es completamente insustancial. Su esencia probabilística se parece mucho a un pensamiento.”



7. El extraño mundo de las partículas subatómicas

“Si conoces alguna vez qué es el vacío, lo amarás.”

Osho

Imagine que usted se pudiera encoger millones de veces más pequeño que su tamaño actual. Ese es el reino de los átomos y las partículas subatómicas, los bloques fundamentales de construcción de todo lo que podemos ver. Y cuando se llega a este tamaño el mundo juega con una serie de reglas completamente diferentes a lo conocido, llamadas Mecánica Cuántica.

Según estas reglas, incluso si se intenta quitar todos los átomos y todas las partículas, hallaríamos que el espacio vacío aún está lejos de estar vacío. De hecho esta rebotante de actividad. Ese espacio, supuestamente vacío, puede ser el *campo* primordial, el *Tao*,

el *Chi*.

Las partículas constantemente entran y salen de la existencia, erupcionan de la nada, rápidamente se aniquilan unas a otras y desaparecen, luego aparecen en miles de lugares distintos, simultáneamente y, no obstante, todas están comunicadas entre sí.

Así es el funcionamiento de toda la realidad material, extraña, fantástica, alejada del pensamiento, la lógica y la razón, como si no perteneciera a la condición humana. En nuestros estudios formales y en nuestras lecturas ocasionales siempre nos han informado que la estructura básica del átomo se compone de un núcleo, partículas (electrones) y órbitas en las cuales giran. Algo así como esto:

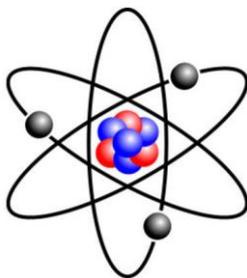


Figura N° 3. Estructura del átomo

Pareciera el átomo algo tan objetivo, concreto, tangible, al alcance del ojo, racional... Nada más alejado de la realidad profunda, y no podemos menos que llenarnos de asombro:

Perplejidad 1: dimensiones de lo subatómico

El diámetro de un átomo es aproximadamente la cienmillonésima parte de un centímetro. Con el fin de visualizar esta diminuta medida, imagine una naranja inflada hasta alcanzar el

tamaño de la Tierra. Los átomos de la naranja tendrían entonces el tamaño de una uva.

Por lo tanto, el átomo es extremadamente pequeño, comparado con los objetos macroscópicos, pero es enorme si lo comparamos con el núcleo o con sus partículas.

¿El tamaño de una partícula? Si aumentamos el tamaño del átomo hasta la magnitud de una catedral, el núcleo vendría a ser como un grano de sal... virtual, porque carece de materia. Un grano de sal flotando en el espacio de una catedral, un espacio aparentemente vacío.

¡Así es el fundamento de la materia tangible, así es el fundamento esencial de su cuerpo!

¿Y el espacio entre el núcleo y el electrón?:

“Si utilizamos una pelota de baloncesto para representar el núcleo de un átomo de hidrógeno, el electrón que lo circunda estaría a unos 32 kilómetros de distancia y el espacio intermedio entre ambos estaría vacío.” ⁽³⁵⁾

Perplejidad 2: El espacio no está vacío

La mente racional suele imaginar el vacío como un espacio sin nada, como un hueco sin nada; pero tal cosa no existe en realidad, es sólo una imagen, facilista, conceptual, que carece de todo fundamento. El vacío dentro del átomo, enorme comparado con las dimensiones de los electrones, no es un espacio dentro del cual no hay nada.

Por el contrario, es un *campo* con cantidades enormes de

energía, realmente enormes, poderosa y compleja, que se incrementan en la medida en que nos acercamos al núcleo, que es el corazón del átomo. Tal núcleo está formado por partículas positivas llamadas protones, y partículas con carga eléctrica neutra denominadas neutrones.

Los científicos afirman que:

“Hay más energía en un centímetro cúbico de espacio vacío que en toda la materia del universo conocido” ⁽³⁶⁾

De manera que el aparente *espacio vacío* dentro del átomo es en realidad un inconmensurable océano de energía... ¡en cada átomo de su cuerpo!

Así que la energía que hay en cada átomo es incalculable y, por supuesto, la energía que hay en la totalidad de los átomos de su cuerpo es inimaginable, infinita, ilimitada, tal como en la totalidad de los átomos del Universo.

¡La energía del *espacio vacío* es inconmensurable!

Y puede adoptar todas las “*formas*” manifestadas. Puede convertirse en movimiento, calor, luz, electricidad, energía química, pensamientos, emociones, energía sexual, amor humano, odio, ternura... Puede cambiar de forma, pero nunca se pierde ninguna parte de ella.

La energía ni se crea, ni se destruye. Se transforma, pero se conserva. Y este es el principio que sustenta el propósito alquímico de lo místico; transformar lo bajo en lo alto, el plomo en oro, la bajeza humana en la luz interior, lo inconsciente en conciencia lúcida, el estercolero en la flor de loto...

Perplejidad 3: la naturaleza virtual de la partícula

Según la muy conocida fórmula de Einstein, $E = mc^2$, se deduce que la masa m es energía E condensada. Pero esta relación entre energía y masa no significa que la energía electromagnética del *campo* vacío crea la masa de la partícula de inmediato, como creando por arte de magia pequeñas bolas de billar, porque esa partícula no es tan material como podría suponerse.

Esa partícula es más una abstracción, una vibración del campo vacío, una fluctuación del vacío, algo así como el potencial del campo vacío. En ningún caso, nunca, es masa material, tangible, perceptible por los sentidos.

Imagine una partícula como una porción de ese campo vacío que se comporta *“como si”* fuera una partícula. Es algo metafísico, una probabilidad de algo.

Del campo cuántico, que es ese campo saturado de una enorme energía, emanan las partículas individuales -electrones, protones, neutrones- con una existencia virtual. Brotan de ese campo vacío, existen por instantes, chocan contra otras partículas virtuales, retornan al campo vacío de donde brotaron.

Cuando el campo vacío no se manifiesta, la partícula no es. Cuando el campo se manifiesta, la partícula es, pero podría manifestarse *“como si”* fuera una onda. Onda o partícula, puede evolucionar hacia una mayor complejidad o regresar al campo vacío, y dejar de ser.

Dice el físico J. Robert Oppenheimer, presidente del proyecto Los Álamos, que creó la bomba atómica:

“Si preguntamos si la posición de un electrón permanece igual, debemos contestar “no”; si

preguntamos si la posición de un electrón cambia con el tiempo, debemos contestar “no”; si preguntamos si el electrón está en posición de descanso, debemos contestar “no”; si preguntamos si está en movimiento, debemos contestar “no”.” (37)

Ser y no ser. No ser y ser. Todo aparece, todo desaparece. Todo emerge del campo vacío, puede evolucionar hacia formas virtuales más complejas, o puede sumergirse nuevamente en el vacío del campo cuántico.

“Por una parte, ésta es una teoría absolutamente paradójica, que nos deja perplejos y que además es conceptualmente desconcertante. Por otra parte, no podemos permitirnos desdeñarla, puesto que es la herramienta verificada más poderosa que hemos tenido nunca en nuestras manos para predecir el comportamiento de los sistemas físicos.” (38)

Toda esta realidad profunda de la materia continúa siendo un gran enigma, un misterio que nuestros antiguos predecesores convirtieron en dioses. ¿Qué más hubieran podido pensar?

Visualice ese “*mar potencial*” como un “*mar de posibilidades*” y se acerca así a la definición probabilística de la física cuántica: nunca se puede saber con seguridad en qué se convertirán las partículas virtuales. Si la partícula u onda emerge del vacío y puede o no regresar a él, todo es una probabilidad en un mar de posibilidades, todo es una posibilidad dentro de un potencial probabilístico.

Del campo de la energía vibratoria, que es el vacío, puede o no brotar la partícula virtual, que podría o no continuar su proceso evolutivo, desde lo metafísico a lo físico, hasta la masa, o simplemente retornar al vientre del vacío.

Todo es una probabilidad, pero el *campo vacío*, lleno de

energía, creador de la probable partícula/onda dentro del átomo, es el sustrato de todo lo que es, incluido su cuerpo. Si así se comporta el campo vacío de cada átomo, y así se comportan los trillones de átomos de su cuerpo, entonces, ¿qué es su cuerpo?

Para algunas personas es muy espiritual verse a sí mismos como una eventualidad transitoria, que está regresando al vacío creador. Para otros es una imagen aterradora. Depende de su sensibilidad perceptiva el gozo de no-ser-algo, que puede experimentarse en procesos meditativos, y depende de su apego inútil a las “formas” materiales el pavor a dejar-de-ser-algo.

Perplejidad 4: ¿Hecho o ficción?

Lo que la teoría cuántica ha revelado nos asombra de tal manera que suena a ciencia ficción: Las partículas pueden estar en dos o más lugares a la vez.

“Un experimento muy reciente demostró que una partícula podía estar ¡hasta en 3.000 lugares distintos!” (39)

El mismo “objeto” puede parecer una partícula localizable en muchos lugares, o una onda extendida en el espacio y el tiempo.

Perplejidad 5: ¿Onda y partícula?

Cuando los científicos se acercaron para observar ese campo creador vibratorio, que se comportaba “como si” fuese una partícula subatómica, fueron sorprendidos súbitamente por un hallazgo absolutamente insospechado: tales “partículas” se comportaban como *partículas* y también como *ondas*, simultáneamente.

La total ruptura con la física clásica ocurrió en ese momento, al

tomar conciencia experimental de que todas las partículas -protones, electrones, neutrones, fotones...- son, de hecho, una mezcla de onda y partícula, simultáneamente.

La búsqueda histórica de la “*partícula elemental*” que supuestamente subyace en todas las cosas, había muerto para siempre. No ha existido nunca. No existe ninguna partícula elemental. El ladrillo para construir el muro no existe, no ha existido nunca.

¡Nunca ha existido ni una sola partícula elemental, de la cual hubiera podido surgir toda la realidad percibida! ¡Nunca! Entonces, ¿qué es lo que observamos? Desde el principio hubo un error fundamental en la doctrina filosófica de Demócrito, al afirmar que el mundo entero estaba hecho de bloques materiales que existían objetivamente, denominados átomos.

En estricto sentido, los átomos como categorías absolutas, tampoco existen; son “*formas*” creadas por las partículas subatómicas, que a su vez son “*formas*” aleatorias de ondas/partículas, que pueden ser o no ser, estar o no estar, existir o no existir. ¿Cómo es posible tanta abstracción?

El físico alemán Werner Heisenberg, por allá en 1927, agregó una explicación que no ha perdido vigencia y que coloca la realidad sólo en la dimensión matemática:

“El mundo, decía Heisenberg, está construido como una estructura matemática, no como una estructura material. En consecuencia, no sirve de nada preguntarse a qué se refieren las ecuaciones de la física matemática, porque no se refieren a nada más allá de ellas mismas.” ⁽⁴⁰⁾

Esta visión matemática de la realidad es sólo una de las respuestas posibles, o imposibles. El hecho es que se había

comprobado que la realidad elemental, la partícula subatómica, en realidad se comportaba como una onda-partícula, como una dualidad que podía manifestarse como onda o como partícula, dependiendo de algo aún más extraño: ¡el observador!

A partir de ese descubrimiento, todas las imágenes que uno pueda hacerse del átomo son falsas, y no existe una analogía física que permita entender cómo funciona el interior de un átomo. El átomo, ese universo pequeñísimo donde las cosas no se comportan como lo esperamos, posee procesos en su interior que nuestro “*sentido común*” no puede, absolutamente, entender ni aceptar.

Este descubrimiento de la dualidad probabilística onda-partícula, como esencia del vacío creador, hizo que la teoría cuántica, en 1927, rompiera radicalmente con la física clásica que buscaba una partícula sólida, un ladrillo básico sobre el cual se construía la realidad material. ¡Ese ladrillo sólido, absoluto, inequívoco, no había existido jamás!

En ese año, en Bruselas, se reunieron los más grandes físicos de la época para compartir sus conocimientos y formalizar el rompimiento con la vieja escuela. Una vez más, recordemos sus nombres, como un homenaje a su genialidad y como agradecimiento por haber hallado la frontera entre la ciencia y lo místico, entre lo físico y lo metafísico: Albert Einstein, de Alemania; Niels Bohr, de Dinamarca; Louis de Broglie, de Francia; Erwin Schrodinger y Wolfgang Pauli, de Austria; Werner Heisenberg, de Alemania; Paul Dirac, de Inglaterra y Max Plank de Alemania.

Con ellos quedaba sepultada para siempre la imagen de partícula tridimensional dada al átomo desde Demócrito, la noción corpuscular de tres dimensiones dada a la fracción material más pequeña e indivisible, supuestamente el componente más elemental común a toda la materia. ¡La partícula tridimensional había muerto!

Esa imagen de lo sólido y permanente, que le fascina a su

mente porque le da cierta seguridad y cierta tranquilidad, es falsa. Si su mente no se abre hacia lo incierto, hacia lo desconocido, hacia lo irracional, entonces, usted no tiene ninguna posibilidad de aproximación al misterio de la existencia, de la cual usted forma parte, quiéralo o no.

Algún día comprenderá que lo sublime de la vida no radica en el conocimiento, sino en el misterio de la existencia. Su cuerpo físico es un misterio cuántico, aunque su mente no pueda ni aproximarse a esta realidad.

Perplejidad 6: El principio de incertidumbre

Para los físicos cuánticos el corpúsculo subatómico es de naturaleza dual, onda y partícula, *simultáneamente*.

“Cada una de ellas es una forma en que la materia puede manifestarse y juntas las dos son lo que es la esencia más profunda de la materia.” ⁽⁴¹⁾

Si bien ninguno de los dos “estados” es completo por sí solo, y ambos son necesarios para proporcionar un cuadro completo de la realidad, resulta que nunca es posible enfocarnos en ambos a la vez. Esa es la esencia del Principio de Incertidumbre, descubierto por Heisenberg en 1927.

Tal denominación encaja muy bien en ese ámbito corpuscular de indefinición de una realidad profunda muy etérea, y su definición es muy precisa:

“En el nivel cuántico, cuando se mide una propiedad, como la velocidad (onda), no se puede obtener una medición precisa de otras propiedades, como la posición (partícula).” ⁽⁴²⁾

Es imposible determinar de forma exacta, en un momento preciso, la posición y la velocidad de una partícula. Cuanto más precisa es la posición de una partícula, más impreciso es su movimiento, y viceversa; cuanto más definido está el movimiento menos lo está su posición.

¿Por qué? Porque la partícula cuántica no pertenece al mundo concreto de la materia conocida, no es ubicable en las coordenadas tridimensionales, y por tanto, no es sujeto de las leyes físicas clásicas, newtonianas, en las cuales está muy clara la posición, la dirección, la masa y el movimiento de un objeto o de un planeta.

La realidad subatómica se comporta como partícula, pero es de naturaleza ondulatoria. Es una función de onda, que se manifiesta como partícula. Sin embargo, no puede definirse como partícula y como onda, simultáneamente. Esa extraña realidad indefinida es la que señala el Principio de Incertidumbre, de la cual forma parte la misteriosa acción de la *observación*.

¿Qué es lo que hace que colapse la función de onda y surja algo que funciona como una partícula?: *la observación*.

La física Danah Zohar define el Principio de Incertidumbre de manera muy precisa:

“De acuerdo con este principio, la percepción de onda o partícula del ser se excluyen una a la otra. Si bien ambas son necesarias para lograr una concepción total de lo que es el ser, únicamente una se halla accesible en un momento dado.

Podemos bien sea medir la posición exacta de digamos un electrón cuando se manifiesta como partícula, o podemos medir su momento de impulso cuando se expresa como onda; pero nunca podemos medir exactamente ambas cosas al mismo tiempo.” ⁽⁴³⁾

Así fue como la física cuántica descubrió, en un lapso relativamente breve, no mayor de 25 años, que partícula y onda eran las dos caras de una misma realidad, pero ninguna de las dos podía ser definida como algo material, ni medidas simultáneamente.

Las dos, alejadas notablemente de definiciones precisas asociadas con el mundo conocido por los sentidos, podían más bien ser asociadas al potencial o probabilidad de un campo vibratorio, de naturaleza enigmática, que “*obedece a unas variables ocultas no locales*”.

¿Y cómo se va materializando esta realidad tan abstracta? ¿En qué momento empieza a manifestarse la realidad tridimensional que apasiona a los ojos?

En un momento determinado, y bajo ciertas circunstancias en las cuales participa la enigmática *observación*, hay un colapso de la función de onda, y el campo vibratorio puede comportarse como si fuera una partícula, un electrón, que es la primera instancia de la materialidad, sin ser materia.

Pero tal electrón no existe como una categoría absoluta, como una forma material, como una cosa. El electrón es, en realidad, un campo vibratorio en cierta frecuencia, tal que se manifiesta “*como si*” fuese una partícula subatómica. Pero el electrón, en sí mismo, como una cosa, no existe, y aún así forma parte del átomo.

Todo es virtual, como un espejismo.

Perplejidad 7: la negación del movimiento

La física clásica transmitía un concepto comprensible de la realidad cotidiana. El movimiento de todas las cosas estaba rigurosamente determinado por las condiciones bajo las cuales se

iniciaba, como sucede con un péndulo cuyo movimiento está determinado por su longitud y desplazamiento inicial, y la trayectoria de un proyectil por su ángulo de lanzamiento y aceleración.

Con exactitud matemática Newton predijo la posición de los planetas, el movimiento de los péndulos, la trayectoria de los proyectiles, los desplazamientos según la velocidad y el tiempo, la fuerza generada por una masa acelerada, la velocidad de un cuerpo cayendo en el vacío, etc. Hace unos 100 años, ese mundo exacto, mecanicista y predecible, entró en conflicto con los nuevos descubrimientos,

En ese clasicismo, dentro del marco de la percepción sensorial del ser humano, el movimiento es un concepto bastante simple: un objeto viaja del punto A al punto B en cierta cantidad de “*tiempo*”, debido a que alguna fuerza lo impulsa desde A. En ese simple hecho hay causa, movimiento, tiempo, trayectoria y destino B. Esa es la manera obvia en que suceden las cosas en nuestro mundo tridimensional y sensorial.

Pero en la dimensión cuántica, todo el panorama del movimiento continuo a través del espacio y el tiempo, colapsa. No hay desplazamientos, pero hay saltos. Niels Bohr demostró que los electrones brincan de un estado de energía a otro en “*saltos cuánticos*” discontinuos, dependiendo la dimensión del salto de qué tanta energía había absorbido o desprendido.

“Al estudiar el átomo, los científicos descubrieron que cuando los electrones se mueven de órbita en órbita alrededor del núcleo, no se mueven por el espacio, como lo hacen los objetos ordinarios, sino que se mueven instantáneamente. Es decir, desaparece de un lugar, de una órbita, y aparece en otra, sin desplazamiento, lo cual se conoce como salto cuántico.” ⁽⁴⁴⁾

Según este descubrimiento, no existe el movimiento de un cuerpo desplazándose a lo largo de una trayectoria. Las partículas desaparecen de la realidad y luego aparecen, pero no se desplazan. En la realidad fundamental, el movimiento no existe.

Lo que nuestros sentidos observan como el movimiento de las cosas es un fenómeno perceptivo en la dimensión tridimensional, es el espectáculo de las *formas* materiales; pero en el fundamento de la realidad lo que existe es un desaparecer *instantáneo* y un aparecer *instantáneo*, aparentemente sin causa, de las partículas que de una u otra forma son el sustrato de la realidad cotidiana.

Nunca puede afirmarse que una partícula existe en un lugar determinado, ni podemos decir que no exista. Siendo una *probabilidad*, la partícula tiene tendencia a existir en diversos lugares y así manifiesta una extraña especie de realidad física entre la existencia y la no-existencia.

No se puede, por consiguiente, describir el estado de la partícula en el sentido de conceptos opuestos fijos, tal como está en A o está en B, como afirma la sana lógica. Puede estar en A o B, puede estar en A y B, o puede no estar en A ni en B. Todo es probable.

La partícula no está presente en un lugar definido, ni está ausente. No cambia su posición ni permanece en reposo. Lo que cambia es el patrón de probabilidad, y de este modo cambian las tendencias de la partícula a existir en ciertos lugares, o a no existir.

Esto nos recuerda las palabras del Upanishad, uno de los textos sagrados del hinduismo:

*“Se mueve; no se mueve.
Está lejos y está cerca.
Se encuentra dentro de todo esto,
y está fuera de todo esto.”* ⁽⁴⁵⁾

Las partículas del mundo subatómico no pueden ser vistas como materia nanoscópica que se desplaza, que se mueve de A a B. No es así. Las partículas son procesos del campo, en sí mismas. Aparecen y desaparecen, sin movimiento en el espacio.

La mente no soporta la idea de que algo desaparece en la nada, pero tampoco se ha dado cuenta que ella misma puede desaparecer en circunstancias especiales: sueño profundo, estado de amnesia, hipnosis, la muerte... Más aún, la teoría cuántica necesita y no teme ir más allá de la dualidad existencia y no existencia, hacia los confines del misticismo, que es el lugar del encuentro.

Los budistas llaman a este mundo de incesante cambio *samsara*, que quiere decir literalmente “*incesantemente en movimiento*”, y afirman que no existe nada en él a lo que merezca la pena apegarse. Para los budistas, un ser iluminado es el que no opone resistencia al flujo de la vida, sino que continúa moviéndose con él.

Perplejidad 8: el tiempo no existe

Si todo ocurre simultáneamente dentro del átomo, queda entredicho el concepto clásico del *tiempo*, porque niega el lapso entre un hecho y otro, y aparece un concepto nuevo, el *Ahora*, no como un instante del tiempo sino como un punto de algo eterno. El *Ahora* no es tiempo.

La simultaneidad cuántica de todos los procesos es explicada así:

“Cuando un electrón, en su forma de núcleo de probabilidad, pretende moverse de una órbita a otra, se comporta como “si salpicara una gran región del espacio”, desplegando una especie de misteriosa

omnipresencia en muchas órbitas.

Extiende “tentáculos” temporales hacia su propia estabilidad futura, como si tratara de conocer todas las posibles nuevas órbitas en las que eventualmente podría establecerse, de manera muy semejante a la posibilidad de que nosotros aplicáramos una nueva idea en diferentes lugares, simultáneamente, para conocer sus muchas posibles consecuencias.” ⁽⁴⁶⁾

Esta omnipresencia del electrón, atribuida usualmente a Dios, es también una cualidad de la partícula. Ella, antes de desaparecer “ve” todo simultáneamente, proceso que ignora el tiempo. La simultaneidad de todo es la negación del tiempo. Luego de “ver” todo, tal vez reaparezca en una nueva órbita.

Utilicemos una analogía para visualizar este hecho fundamental. Imagine a una joven muchacha enfrentada a ofertas de matrimonio por parte de varios pretendientes. Todo un mundo de posibilidades, y ella, naturalmente, desea elegir la mejor opción para lograr un matrimonio feliz. En este mundo cotidiano, ella tendría que explorar esas posibilidades una a una, secuencialmente, quizás casándose temporalmente con cada uno, para poder decidir quién es el agraciado.

Sin embargo, en el mundo cuántico la confusa joven simplemente se casará con todos los que la pretenden, *simultáneamente*. Al fin, después de explorar sus posibilidades al máximo, la joven eventualmente se establecería en un solo hogar, o en ninguno.

La joven, como el electrón, “ve” todo, pasado y futuro como un todo, “ve” la suma de todas sus posibilidades potenciales, realizándose en cada una de ellas, simultáneamente, o en ninguna.

Lo que la física cuántica hace con su simultaneidad, en el

Ahora, como un punto de lo Eterno, va más allá de toda comprensión, porque la mente ordinaria, conexas con el cerebro tridimensional, percibe culturalmente el tiempo como un proceso continuo, idea que dio origen al reloj que cuenta y acumula segundos. Pero esa es sólo una idea que no corresponde a la realidad que trasciende al reloj.

Para la mente ordinaria la noción cuántica del tiempo, o del no-tiempo, es literalmente hablando, surrealista, pero fascinante.

Este incomprensible movimiento hacia adelante o hacia atrás, hacia el “*futuro*” y el “*pasado*”, es absurdo a la lógica que percibe el tiempo como una dimensión lineal, una sucesión de puntos, pero lo es menos para quien puede percibir la dimensión espacio-tiempo, y no lo es para quien, desde la Conciencia, puede percibir la dimensión de la eternidad.

Todo depende del punto desde el cual usted percibe la realidad.

El problema para la persona corriente es que cree que lo percibido por sus sentidos es la única realidad tangible, y cree que lo imaginado en su mente es la única realidad intangible.

Prisionero de sus sentidos y de su mente, se identifica con esa realidad y esa verdad, sin comprender jamás que son sólo manifestaciones virtuales en la dimensión tridimensional, que es una dimensión no fundamental, entre otras muchas.

Simplemente haga este razonamiento: todas las cosas que usted ve son materiales; la materia está hecha de átomos; y los átomos son “*formas*” creadas por las partículas subatómicas, que son virtuales, probabilísticas, inmateriales, impermanentes... Entonces, ¿qué es lo que usted ve?

Perplejidad 9: Todo está conectado con Todo

La física cuántica es holística; desarrolla una imagen del Universo como un Todo unificado, cuyas partes están interconectadas e influyen unas sobre otras, sin importar ni el tiempo ni la distancia.

Si todas las partículas potenciales se estiran infinitamente en todas las direcciones, ¿cómo se puede hablar de alguna distancia entre ellas, o concebir separación alguna? Todas las cosas potenciales y todos los momentos se tocan uno con el otro en todos los puntos. La unidad del sistema es suprema. Todo con Todo, Ahora. Todo está en contacto con Todo, en el espacio y el tiempo, tal como lo muestra la figura 2 en el capítulo 6.

Curiosamente hay una oración Sufí, que dice:

*“Todo es uno.
Uno es Todo.”*

La Unidad de la Totalidad, Aquí-Ahora, pero el Aquí no es espacio y el Ahora no es tiempo, dos conceptos que pertenecen por derecho propio al conocimiento místico.

De este hecho se desprende la noción de “*acción a distancia*”, según la cual un cuerpo puede afectar a otro *instantáneamente*, aunque no haya intercambio aparente de fuerza o energía. Entonces, ¿qué los conecta?

Es un hecho tan marginado de los conceptos clásicos de espacio y tiempo, que sigue siendo uno de los grandes desafíos para los filósofos de la teoría cuántica. Los físicos constatan empíricamente el hecho, como una realidad de cada día, pero la filosofía se esfuerza por explicar lo que parece inexplicable.

La palabra “*instantáneamente*” adquiere, en este contexto, una

significación muy importante. Una imagen de la realidad que está cambiando instantáneamente por efecto de la acción a distancia, o no localidad, el principio de que algo puede ser afectado en ausencia de una causa local, obviamente tiene resonancia mística.

Es una imagen de la realidad que se contrapone al sentido común y a la física clásica, que descansa en el principio intuitivo de que la realidad está compuesta de partes básicas, separadas; cualquier efecto verificado en una parte, se supone, tiene una causa atribuible en alguna otra parte.

Además, de acuerdo con la teoría de la relatividad de Einstein, ninguna causa puede viajar de un segmento de la realidad a otro segmento más velozmente que la velocidad de la luz. En consecuencia, cualquier idea de influencias instantáneas debería ser cuestionada y negada. Entonces, ¿cómo interpretar el hecho de que una parte del todo podía influenciar a otra parte del todo, instantáneamente? ¿Qué era lo que viajaba así? ¿O era que nada viajaba?

Paradójicamente, fue Einstein quien primero demostró que las ecuaciones matemáticas de la teoría cuántica predecían la influencia instantánea a distancia, lo cual era para él imposible, irreal y absurdo. Siempre se mantuvo en desacuerdo con la nueva teoría que violaba el espacio, el tiempo y el sentido común, la cual suponía que algo viajaba más rápido que la luz, lo que le era definitivamente inaceptable.

Afortunadamente John S. Bell probó matemáticamente que una partícula colocada en otra galaxia, a dos millones de años luz, realmente *sabe* lo que hace otra partícula que quedó en la Tierra.

“Después, en 1964, John Bell formuló una teoría que decía que sí, que, en efecto, la afirmación de EPR era correcta. Que eso es exactamente lo que ocurre; que la idea de que algo sea local, o exista en un lugar

concreto, es incorrecta. Todo existe no-local. Las partículas están íntimamente conectadas en un nivel que trasciende el tiempo y el espacio.” ⁽⁴⁷⁾

Luego, esa importante teoría quedó demostrada con un experimento de laboratorio: Bell envió dos partículas en direcciones opuestas y cambió la polaridad eléctrica de una de ellas. Instantáneamente la otra partícula cambió su polaridad en oposición a la primera. Había comprobado en laboratorio que realmente existía una relación instantánea entre las dos partículas. ¿Qué significa esto? ¿Una totalidad completa? ¿Una comunicación más rápida que la luz?

“Esta idea se ha verificado una y otra vez en el laboratorio durante años, desde que Bell publicó su teorema. Intenta concentrarte en ella durante un minuto. En el mundo cuántico, el tiempo y el espacio (los rasgos básicos del mundo en que vivimos) se reemplazan por la idea de que todo está conectado con todo, todo el tiempo.” ⁽⁴⁸⁾

Como no es posible una velocidad superior a la velocidad de la luz, Bell concluyó que existe una interconexión simultánea de todas las partículas, por lo cual no es necesario que algo viaje. ¡Todo está conectado con Todo!

Algunos científicos afirman que la demostración de Bell acerca de la interconexión de todas las partículas, en cada instante, es el mayor avance de la física en todos los tiempos. En 1975, el físico teórico Henry Stapp definió el teorema de Bell como “*el descubrimiento más profundo de la ciencia, en todos los tiempos.*”

Descubierto el asombroso hecho de la Unidad Total, los científicos iniciaron la interpretación conceptual y matemática del fenómeno, aportando nuevos elementos cada vez más cercanos a la realidad y cada vez más alejados de la razón pura.

El hecho comprobado era que debajo de los fenómenos superficiales que vemos hay una totalidad indivisa, compacta, en la que vive el mundo cuántico de ondas/partículas, donde cada partícula está conectada con todas las demás.

Pero, ¿qué es lo común a todas las funciones de onda? ¿Qué es lo que las une? Hay una realidad más profunda que la misma onda/partícula -dualidad ya incuestionable- que es la unidad de todas las ondas/partículas, como una dimensión más allá de la dualidad que contiene a todas las dualidades.

Esa dimensión, más allá de la dualidad, es un concepto que se conecta con la visión mística de la realidad, dimensión que suele denominarse la Conciencia. Osho dice:

“Todo en la existencia está estrechamente conectado. El universo en su totalidad es una unidad que funciona de manera orgánica... La existencia es una sola, es realmente un universo, todo está unido con todo lo demás, los santos y los pecadores son parte de una misma red y no hay diferencia entre ellos. Lo bueno y lo malo está unido, como también lo están la luz y la oscuridad, la vida y la muerte...” ⁽⁴⁹⁾

El Zen dice que cuando tocamos una brizna de pasto tocamos todas las estrellas, pues todo está inmerso en todo lo demás, todo está dentro de todo. La Unidad es Total. No sólo encarnamos todo el pasado sino también el futuro. En este momento, el pasado y el futuro coinciden en nosotros hasta el infinito, en ambas direcciones, Aquí y Ahora.

Este momento lo es todo, y todos somos todo. Puesto que encarnamos el todo, el todo está en juego en nuestro interior. El Todo nos atraviesa.

Es propio de la ilusión el creer que nuestros conceptos

abstractos de “cosas” y “acontecimientos” separados, son realidades. Es una abstracción ideada por nuestro intelecto discriminador y categorizante. Los budistas nos dicen que esta ilusión está basada en la ignorancia, producida por una mente bajo el encanto de *maya*, la ilusión, el espejismo.

“Lo que quiere decirse por el alma, como semejanza, es la unidad de la totalidad de las cosas, el gran conjunto que todo lo incluye.”⁽⁵⁰⁾

Perplejidad 10: El poder de la observación

Si aún no se sorprende por los hechos comentados, que pertenecen a la dimensión cuántica, abra su mente para acercarse a un proceso aún más metafísico, más extraño, identificado en la nueva ciencia como la *observación*.

Hemos visto que a nivel subatómico todo puede describirse igualmente bien como onda o como partícula, simultáneamente; que la realidad fundamental es el potencial dualístico.

Cada una de las dos es una forma en que la partícula podría manifestarse, y juntas las dos son la probabilidad del campo cuántico, pero nunca podemos enfocarnos en ambas a la vez. Ese es el principio de incertidumbre ya comentado. Ambas son necesarias para lograr una concepción total de lo que es el ser de la realidad, pero únicamente una se halla accesible en un momento dado.

¿Accesible a qué? Al observador que hace la observación. Si el observador mide la posición exacta de lo que parece un electrón, entonces el electrón se manifiesta como una partícula; pero si mide su cantidad de movimiento, que es masa X velocidad, entonces el aparente electrón se manifiesta como una onda, pero nunca puede medir ambas cosas al mismo tiempo, lo cual es imposible.

Hay una muy extraña relación entre el observador que observa y la dualidad cuántica que va a ser medida, observada. Si no hay observación, la realidad cuántica continúa siendo una función onda/partícula, como un potencial no manifestado. Pero si hay observación la *función de onda* colapsa, haciendo que el potencial se manifieste como onda o como partícula, según lo que el observador quiere ver.

Si el observador quiere ver una partícula, mide su posición y la encuentra; si quiere ver una onda, mide su cantidad de movimiento, y la encuentra. Pero nunca le es posible ver las dos opciones al mismo tiempo.

“Antes de hacer una observación o una medición, el objeto ya existe como probabilidad de onda (técnicamente función de onda). No tiene una ubicación ni una velocidad específica. El objeto, en ese estado de función de onda, contiene la posibilidad de poder estar aquí o allí cuando sea observado en una medición. El objeto tiene posiciones y velocidades potenciales, pero no sabremos cuáles son hasta que sea observado.”⁽⁵¹⁾

Y Fritjof Capra concluye:

“El electrón no posee propiedades objetivas independientes de la mente.”⁽⁵²⁾

Este es el misterio del “*observador cuántico*”, que de alguna manera interviene en la realidad manifestada. Entonces, ¿de qué depende la realidad? ¿Cuál es la participación fáctica de la observación en la realidad manifestada? Si no hay observación, ¿la realidad permanecerá como un potencial jamás manifestado?

“Desde sus inicios la teoría cuántica ha implicado que algo, sumamente raro y de importancia crucial, ocurre

cuando observamos un sistema cuántico. Los fenómenos cuánticos no observados son radicalmente diferentes de los observados... En el momento de la observación o medición, los electrones no observados anteriormente, que eran tanto ondas como partículas, se tornan onda o partículas... En suma, algo respecto a ese momento, cuando se ve una función de onda cuántica con muchas posibilidades, se desploma en una actualidad sencilla y fija.”⁽⁵³⁾

La ciencia ha demostrado fehacientemente que el proceso de la observación influye en lo observado, viéndose obligada a indagar con la idea revolucionaria de que estamos implicados en la realidad. ¿Cuál es el alcance de esa influencia? La controversia aún tiene vigencia, quizás por siempre, porque a la mente racional le es muy difícil, por no decir imposible, explicar satisfactoriamente los fenómenos que la trascienden.

Si la observación definitivamente influye en la manifestación de la realidad, los interrogantes son numerosos y complejos. ¿Esa observación implica un acto consciente? ¿Existe esa realidad antes de ser observada? ¿La observación crea esa realidad? Si la función de onda era un potencial antes de ser observada, ¿qué hace que la observación potencie una posibilidad? ¿Quién crea al observador? ¿Qué es la observación? ¿En qué radica el poder de la observación? ¿Cuál es la naturaleza de la primera observación que hizo que colapsara la primera función de onda?

Un comentario del físico Fritjof Capra da rienda a la imaginación:

“La característica crucial de la teoría cuántica es que el observador es necesario no sólo para observar la propiedades de un fenómeno atómico, sino incluso para causarlas.”⁽⁵⁴⁾

La interpretación racional de este hecho existencial es, por supuesto, filosófica. Para algunos científicos, denominados *realistas*, el objeto como probabilidad, como función de onda, existe antes de ser observado. Como tal, contiene la posibilidad de estar aquí o allá, al ser observado como onda o como partícula.

Como partícula posee posición y como onda posee velocidad, pero potenciales, es decir, que tiene la posibilidad de ser una u otra cosa, pero es la observación la que determina finalmente que se manifieste como una u otra.

Dentro del grupo de realistas figura Ilya Prigogine, laureado con el premio nobel de física, científico que opina así:

“Cualquier cosa a la que llamemos realidad, se nos revela por medio de una construcción activa en la que participamos.” ⁽⁵⁵⁾

Y también como realista podemos incluir a la física Danah Zohar, nominada al nobel de física:

“Nada en la teoría de los cuanta sugiere que la observación o el observador sea quien “crea” la realidad (las propiedades de las partículas subatómicas). En el momento de la observación, existe cierto diálogo entre la función de onda cuántica y el observador (sea este hombre o máquina), evoca y de este modo otorga forma concreta a una de las muchas realidades posibles inherentes dentro de esa función de onda.

Sin embargo, ya existe allí el potencial para una suerte de realidad muy definida: la función de onda de una mesa no puede sufrir perderse para convertirse en un canguro. Únicamente puede ser una mesa” ⁽⁵⁶⁾

La definición de la mesa como una función de onda pone el tema al alcance de sus manos, porque, entonces, su observación es la que participa en la creación de su mesa, su libro, su perro, y su pareja. Según los realistas, la observación no crea su realidad, pero la evoca, la trae, la invoca, hace que aparezca.

Otro grupo de científicos denominados “*antirrealistas*” llegaron aún más lejos en su interpretación de la realidad. En este punto de vista “*antirrealista*”, que se conoce como la *interpretación de Copenhague* de la teoría de los quanta, defendida vehementemente por Niels Bohr, propone que nada en particular puede decirse que exista en ningún lugar fijo, porque todo se halla sumergido en un mar de posibilidades. La visión es radical: nada existe antes de ser observado.

Como vemos, el fenómeno cuántico según el cual la función de onda/partícula colapsa ante la mirada o medida del observador, hecho ya innegable empíricamente, para dar nacimiento a la onda o a la partícula, contiene una enorme dificultad conceptual cuando se intenta explicarlo. Para algunos, la realidad no existe. Para otros, sí existe, dentro de un potencial, y puede ser invocada al ser observada.

El tema de si la realidad existe o no existe, si existe “*algo*” que pueda ser reconocido como “*realidad*” es tema controversial en los medios cuánticos. Más aún lo es el tema del papel que desempeña “*la observación*” en la manifestación de la supuesta realidad, a partir del innegable hecho científico de que la observación participa, de una u otra forma, en esa manifestación.

También es tema de controversia si todo el fenómeno cuántico significa que la conciencia humana, el observador humano, es el que destruye la función de onda, trayendo al objeto desde un estado de probabilidad a su existencia objetiva, o si se trata de otro tipo de conciencia que utiliza al observador humano como instrumento de materialización.

La ciencia occidental de la física acepta la conciencia humana que es la percepción u observación, pero muy tímidamente se aproxima al concepto de la Conciencia Pura, fuera de toda duda para las escuelas de conocimiento esotérico (Yoga, Zen, Tao, Budismo).

Pero hay un hecho concreto. Cualquiera que sea la interpretación de la realidad, realista o no realista, ninguna de ellas acepta que exista “algo” sin que la observación participe. Otros científicos, más cercanos a las versiones que aporta la neurología, afirman que el poder no radica en la observación sino en la percepción. Las cosas son según sean percibidas por el cerebro:

“Tú no cambias la realidad de ahí afuera. No cambias las sillas, ni los enormes camiones, ni los cohetes que despegan, ¡no cambias nada de eso! ¡No! Pero cambias la forma en que percibes las cosas, o quizás la forma en que piensas las cosas, cómo te sientes con respecto a ellas, cómo percibes el mundo.”⁽⁵⁷⁾

De donde se infiere que, si su percepción es la que da significación a lo percibido, su cerebro es el creador de su realidad, de la única realidad que es posible para su cerebro y para nadie más. De una u otra manera, percepción u observación, es el factor que interviene fundamentalmente en el proceso creativo de la realidad.

La observación de sí mismo

Si la física cuántica demuestra que no se puede sacar ninguna información de un sistema sin cambiar la naturaleza física de dicho sistema, podemos preguntarnos: ¿y si la observación es de sí-mismo, qué sucede?

Las enseñanzas espirituales místicas, en todas las Escuelas de Conocimiento, proponen precisamente iniciar el proceso de

autotransformación con la observación-de-sí-mismo, principio y fuente de sabiduría.

Esto indica, por lo tanto, que el proceso interior de despertar a niveles superiores de conciencia a partir de la observación podría ser, también, un proceso cuántico, en el cual la observación-de-sí-mismo modifica el sistema interno, que es el *ser* de la persona.

En este sentido, el conocido principio socrático que dice: “*El conocimiento de sí mismo es el principio de toda sabiduría*”, parece haber sido tomado de Oriente para irradiarlo en Occidente, pero no ha sido comprendido, ni practicado.

Es muy interesante descubrir que la visión de la realidad que emerge de la física cuántica, es sorprendentemente similar a la visión del budismo; un budista tántrico, Lama Anagarika Govinda, ve la realidad así:

“Un budista no cree en un mundo externo que tenga existencia independiente o separada, dentro de cuyas fuerzas dinámicas él pueda insertarse. El mundo externo y su mundo interno son para él sólo los lados de la misma tela, en la que los hilos de todas las fuerzas y de todos los sucesos, de todas las formas de conciencia y de sus objetos, están entrelazados en una red inseparable de relaciones sin fin y condicionadas mutuamente.” ⁽⁵⁸⁾

Así, toda noción de dualidad es una ilusión más, pero es un concepto que necesita claridad y constatación meditativa, porque en cierta dimensión de la existencia -la mente ordinaria- pareciera ser real. Si la dualidad son los dos lados de la misma tela, ¿qué es la tela?

Hace 2.600 años el Buda afirmó: “*todo es maya*”, ilusión.

Conclusión N° 6

“La materia se compone de átomos, y los átomos se componen de partículas subatómicas. ¿Y qué son las partículas? Virtuales, impermanentes, inmateriales, son y no son, desaparecen, aparecen.”

Entonces, ¿qué es la realidad que percibimos con los sentidos?
¿Y qué son los sentidos? ¿Y quién percibe qué?

Hasta aquí nuestras reflexiones acerca de la “*materia*”.
Cambiamos de tercio.



8. La impermanencia de todas las cosas

“Todo lo que es, deja de ser”

Anónimo

La religión védica se pierde en lo más remoto de los tiempos. Todo su contenido doctrinal se basa en la literatura sagrada que comenzó a florecer en la India alrededor del tercer milenio a. de C.; ya desde esa lejana época se afirmaba que:

“Desde el sustrato universal cuyo supremo Señor es la primera causa, los mundos surgen, existen y se disuelven como las burbujas en el agua.” ⁽⁵⁹⁾

Pero tal vez haya sido Buda, 600 a. de C., quien mayor énfasis y claridad haya aportado a esta disolución de todo, al definir las tres características de la existencia:

1. La impermanencia de todo
2. La desintegración de todo
3. La insatisfacción o sufrimiento

Nosotros podríamos adicionar, por cuenta propia, el Principio de Incertidumbre.

La firme afirmación budista acerca de la impermanencia implica comprender que todo está cambiando constantemente, que nada es permanente.

“No hay ser, sino solamente acontecer.” ⁽⁶⁰⁾

En verdad, nada físico dura para siempre. Los árboles, los edificios, el sol, la luna, las estrellas: todo tiene una existencia finita y, aún más, todo fluye en un momento dado.

“Todo lo que está sujeto a la condición del origen está sujeto a la condición de la cesación.” ⁽⁶¹⁾

La impermanencia también se aplica a los pensamientos, emociones, sensaciones e ideas. El concepto implica que no hay nada que constituya una verdad permanente, en la dimensión de las formas.

“La impermanencia es inherente a todas las cosas compuestas.” ⁽⁶²⁾

Sólo hay un nivel de comprensión adecuado para un lugar y un momento determinado. Como las condiciones cambian, lo que parece verdadero en un momento puede considerarse falso o inadecuado en algún otro.

Impermanencia significa que nada en este mundo es permanente. Absolutamente nada. Todo lo que vemos a nuestro

alrededor parece igual, pero realmente está en un estado de flujo constante. Las flores que están lozanas hoy, marchitarán mañana.

La impermanencia es una ley del Universo a la que nada puede escapar, desde los más inmensos sistemas astronómicos hasta las más microscópicas formas de vida.

¿Por qué? Porque todas las “formas” de la realidad están constituidas por energía, y la energía vibra; ni se crea, ni se destruye, pero vibra, y la vibración es cambio, movimiento, impermanencia.

La realidad es un perpetuo cambio, según el budismo.

“El mundo es un flujo continuo e impermanente.” ⁽⁶³⁾

Una cosa desaparece, condicionando la aparición de la siguiente, en una serie de causas y efectos. No hay sustancia invariable. No hay nada detrás del flujo que pueda ser considerado como un Sí permanente, una individualidad, incluso nada que pueda ser llamado realmente “yo”.

Según la célebre frase de Buddhaghosha:

“Solo el sufrimiento existe, pero no hay ninguno que sufra, existen los actos, pero no se encuentra ningún actor.” ⁽⁶⁴⁾

Esta es la consecuencia de la doctrina del perpetuo flujo de la realidad. Todo es puro movimiento, no hay motor inmóvil detrás del movimiento, sólo hay movimiento, porque todo es energía vibrante. No es correcto decir que la vida se mueve, sino que la vida es el movimiento mismo, como lo comprenderemos al mirar dentro de la célula.

Vida y movimiento no son dos cosas diferentes. No hay

pensador detrás del pensamiento; el pensador es el pensamiento. El observador es lo observado.

Conclusión No.7

“Si todas las formas de la vida están en perpetuo cambio, y no hay observador, sino observación, ¿qué es lo percibido?, ¿quién percibe qué?”

La impermanencia del cuerpo humano

Culturalmente miramos el cuerpo con desdén, por privilegiar la mente desde Descartes, pero no siempre fue así. Al leer con cuidado la biblia, por simple curiosidad, encontramos numerosas citas que exaltan al cuerpo en términos cuya significación se perdió en el transcurso de estos últimos 2.000 años, pero se intuye que ocultan un misterio:

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es Templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?” ⁽⁶⁵⁾

Si esto es verdad, bastaría con esta cita para sentirse invitado a la búsqueda del Espíritu Santo que mora en este *Templo*. ¿Qué pasaría si en lugar del término *Espíritu Santo*, que se refiere a una entidad y posee un alto contenido religioso, utilizáramos la palabra *Conciencia*, entendida como un estado del Ser Interior?

Esa diferencia entre *entidad* y *estado interno* es la diferencia que existe entre *religión* y *misticismo*, pero las dos suceden dentro del cuerpo. Pero, ¿el cuerpo existe como una realidad absoluta, o es sólo una “*forma*” virtual?

Al mirar sólo el cuerpo es aparentemente real, tangible, consistente, pero al descubrir la dimensión inmediata que subyace en él, tal realidad queda en duda.

Si las células forman el cuerpo al organizarse inteligentemente, lo real serían las células y la inteligencia creadora que participa, asumiendo el cuerpo la calidad de una *forma*, de una realidad virtual que en sí misma carece de sustancia, puesto que su esencia son las células.

Pero, ¿acaso con las células no sucede el mismo fenómeno? Al mirar la piel con estos ojos, evidentemente existe. Pero al mirarla con un microscopio celular, la piel desaparece del campo de conciencia perceptiva y aparece la dimensión de las células.

Al mirar las células con un microscopio molecular, desaparecen del campo de conciencia para dar lugar a la dimensión de las moléculas, que a su vez desaparecen al ser observadas por un microscopio atómico.

Al abrir el átomo aparece la dimensión cuántica de las partículas subatómicas, que contienen en sí mismas el Principio de Incertidumbre, que pueden ser ondas o partículas, ser o no ser, estar o no estar... dependiendo de una muy extraña *observación cuántica*, que comentaremos luego.

En este espectro de posibilidades, siendo las partículas una probabilidad de ser o no ser, ¿qué es en realidad el cuerpo? ¿Existe o no existe? ¿Es una *forma* virtual que carece de sustancia? ¿Existe momentáneamente, porque no es una categoría absoluta? ¿Si es un proceso continuo, cómo puede ser observado?

Esta coexistencia multidimensional simultánea puede ser representada gráficamente así:

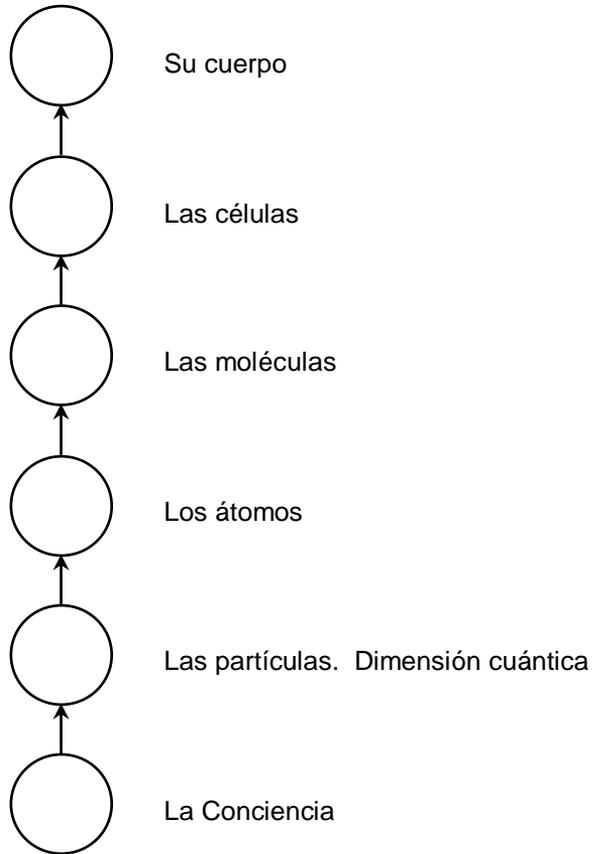


Figura N° 4. Multidimensionalidad del cuerpo

Seis dimensiones completamente distintas, simultáneas, coexistentes, cada una con sus propias leyes, cada una creada por la inmediatamente inferior, merced a algún tipo de *inteligencia creadora* que va organizando las formas de abajo hacia arriba.

¿Cuál de esos mundos es real? ¿Todos? ¿Ninguno? Lo que parece evidente es que el nivel más profundo, la conciencia, sería la esencia real de todo el proceso, y los otros cinco niveles serían *formas*

virtuales, apariencias, realidades no absolutas. Tendríamos que pensar en realidades relativas, según con lo que miremos.

La gráfica anterior podemos traducirla en cifras, y entonces lo que es el cuerpo no puede ser visualizado por la limitada mente:

- La ciencia calcula que la edad de la Tierra es de unos 10.000 millones de años.
- Para crear la primera célula, la Tierra consumió unos 4.000 millones de años.
- Su cuerpo se compone de unos 100.000 millones de células, de las cuales unos 10.000 millones pertenecen a la corteza cerebral, denominadas neuronas.
- Cada célula contiene un núcleo, que posee el genoma humano: 30.000 genes.
- Cada célula posee unos 100 millones de moléculas.
- Cada molécula puede ser una nube de átomos.
- Cada átomo puede contener nubes de partículas subatómicas (electrones, protones, neutrones, positrones, fotones...), y un inmenso *campo* electromagnético.
- Más allá de las nubes de partículas, el enigma de la *observación cuántica*, la génesis del proceso, la conciencia.

Y entonces, ¿qué es el cuerpo?, ¿un proceso cuántico continuo?, ¿la impermanencia absoluta?, ¿un reflejo de la Conciencia?

La impermanencia de la célula

La célula es la unidad más pequeña de un ser viviente, capaz de vivir independientemente cuando se le suministra el entorno adecuado. Es con la célula, entonces, que comienza la historia de la estructura y función humanas. Etimológicamente, la palabra *célula* significa *celda pequeña*.

La estructura de cada célula tiene tres componentes esenciales: una *membrana* envolvente que, como una cubierta o piel, demarca la célula de todo lo que se encuentra a su alrededor; el *núcleo*, que contiene el ADN de la célula; y el *citoplasma*, que incluye todo el contenido de la célula por fuera de su núcleo.

El ADN, a su vez, contiene unos 30.000 genes, que posee la historia de la especie y toda la información biológica del individuo, desde cómo crear una uña hasta el proceso electro-químico de una neurona. Y recuerde que esto sucede en cada una de las aproximadamente 100.000 millones de células que posee su cuerpo.

¡La célula contiene el misterio de la vida!

“Cuando combines lo que vas a aprender sobre la membrana mágica con el excitante mundo de la física cuántica, te estarás acercando al misterio de la existencia.

El verdadero secreto de la vida reside en comprender los sencillos y elegantes mecanismos biológicos de la membrana, los mecanismos mediante los cuales tu cuerpo convierte señales ambientales en diferentes comportamientos.” ⁽⁶⁶⁾

¿Y qué es un gen?

“Los genes son elementos biológicos que contienen información que puede transmitirse de una generación a la siguiente. Un gen, de los cuales cada uno de nosotros posee entre 30.000 y 50.000, es, por consiguiente, una unidad de herencia; está compuesto de un trozo de ADN. Cada gen es un segmento localizado a lo largo de la molécula de ADN.” ⁽⁶⁷⁾

Ahora bien, ¿qué tan estables y permanentes son las células de su cuerpo?

- Cada día mueren millones de células, que son sustituidas por otras tantas en un proceso continuo de muerte y nacimiento.
- La piel se renueva una vez al mes.
- El recubrimiento del estómago se renueva cada 5 días.
- El hígado se renueva cada 6 semanas.
- El esqueleto se renueva cada 7 años.

A simple vista estos órganos parecen iguales en cada momento, pero están en flujo permanente, como todos los órganos del cuerpo.

“Hacia finales de este año, el 98% de los átomos de su cuerpo habrán sido cambiados por otros nuevos.” ⁽⁶⁸⁾

Sin más datos, aquí se intuye que dentro de la célula, la esencia vital de su cuerpo, hay unos procesos que la mente no puede ni imaginar. Para su mayor asombro, el Dr. Deepak Chopra, en su libro *“Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo”*, afirma que:

“A cada segundo, en cada célula de su cuerpo se producen aproximadamente seis billones de reacciones químicas... y las reacciones químicas individuales requieren mucho menos que una diezmilésima de segundo.” (69)

¡Este proceso es la esencia de la vida biológica!

Y esto sucede en cada instante, en cada una de las 100.000 millones de células de su cuerpo, proceso fantástico que requiere por lo menos 3 componentes: energía, información e inteligencia no humana.

Esta conclusión nos obliga a perfeccionar la figura No.1, del capítulo 6, para acercarnos un poco a la génesis de este proceso cósmico, que ha creado la sorprendente realidad del proceso celular y la vida:

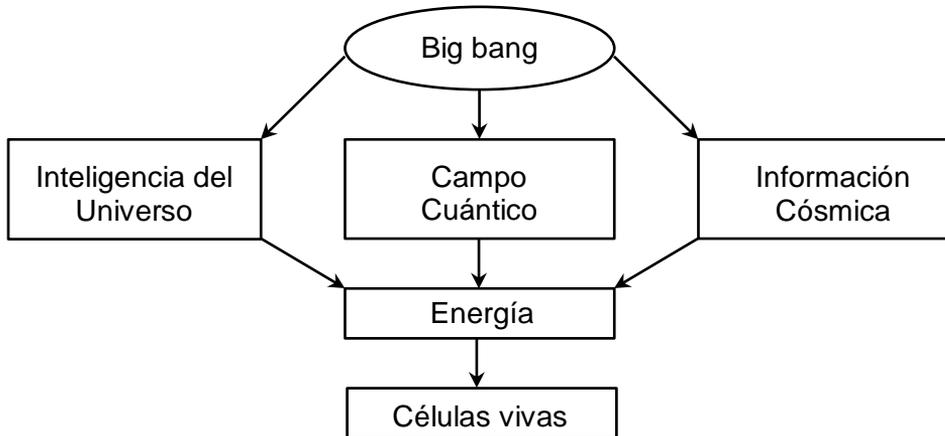


Figura N° 5. Génesis de Todo

¿Percibe el enigma que está oculto en esta hipótesis?
¿Comprende que sus células contienen todo el misterio del Universo?

Porque esta figura genera una gran pregunta: ¿qué creó el Big Bang? Los científicos lo investigan afanosamente a partir, actualmente, de la *Teoría de Cuerdas*, que supone 9 dimensiones; pero los místicos orientales de todos los tiempos y las Escuelas milenarias de Sabiduría afirman, con diversidad de términos, que el Principio de Todo es la Conciencia Pura.

Si descomponemos la estructura física del cuerpo para llegar a su fuente última, nos veremos en un callejón sin salida, pues las células ceden paso a las moléculas, las moléculas a los átomos, los átomos a las partículas subatómicas, y estas partículas a océanos de energía que se disuelve en un espacio “*vacío*”.

La física cuántica nos dice que cada átomo de su cuerpo es en más del 99,9999 por ciento espacio *vacío*, que es el *campo*, y que las partículas que se mueven a fulgurante velocidad por ese espacio son, en realidad, paquetes de energía vibrante.

Sin embargo, estas vibraciones no se producen al azar y sin significado; portan inteligencia e información. Así, un grupo de vibraciones es codificado como átomos de Hidrógeno, otros como Oxígeno, y aparece el agua. ¿Es inteligente este proceso? Y que coincidencia: el 75% de su cuerpo es agua.

De manera que el *vacío* está misteriosamente impreso con información, aún antes de que se exprese en forma alguna. Así como en su memoria existen, silenciosamente, miles de palabras sin que las pronuncie, así el *campo cuántico* contiene el Universo entero de forma inexpresada.

La materia esencial del Universo, incluido su cuerpo, es no-materia, pero no es no-materia vulgar. Es no-materia inteligente. El vacío que existe dentro de cada átomo palpita de inteligencia invisible y de información cósmica.

Esto explica el extraordinario proceso que sucede dentro de cada célula de su cuerpo, de instante en instante, en una dimensión que no es humana. Entonces, ¿hay algo permanente en las células? ¿Hay algo permanente en las células de sus ojos, que supuestamente perciben la *realidad* externa?

Conclusión No.7

“Si todas las formas de la vida están en perpetuo cambio, y no hay observador sino observación, ¿qué es lo percibido?, ¿quién mira qué?”

Todo lo que nos concierne, tanto en lo interno como en lo externo -nuestras relaciones, pensamientos, sentimientos, sensaciones-, es impermanente, se halla en un estado de fluir constante.

Dándose cuenta de esto, la mente anhela permanencia, un estado perpetuo de paz, de amor, de bondad, una seguridad que ni el tiempo ni los acontecimientos puedan destruir; en consecuencia, crea el alma, las visiones de un paraíso permanente. Pero esta permanencia nace de lo impermanente; por lo tanto, lleva en sí las semillas de lo impermanente.

Hay tan sólo un hecho: la impermanencia de todo lo existente. Nada permanece como es. Todo cambia de instante en instante. La realidad es la forma en cada instante, forma que va cambiando de instante en instante.

Entonces, nada es, porque *fluye*.



9. Los ojos no ven objetos, ven luz

“No hay un mundo objetivo Independiente del observador.”

Deepak Chopra

El mundo “material” carece de cualidades absolutas

El mundo que acepta como real parece tener cualidades definidas. Algunas son grandes; otras, pequeñas; algunas cosas son duras; otras blandas. Sin embargo, ninguna de estas cualidades tiene significado fuera de su percepción.

Tome un objeto cualquiera; una silla, por ejemplo. Para usted la silla no es muy grande; para una hormiga, sin embargo, es inmensa. Para usted la silla es dura, pero un neutrino la atravesaría sin aminorar su marcha, porque para una partícula subatómica los átomos de la

silla están separados por kilómetros de distancia. La silla parece estar inmóvil, pero si la observara desde el espacio exterior la vería pasar girando, con todo lo que hay en la tierra, a 1.600 kilómetros por hora.

De igual modo, cualquier descripción que haga de la silla se puede alterar por completo, simplemente cambiando su percepción. Si la silla es roja, puede que parezca negra mirándola a través de un cristal verde. Si la silla pesa 2 kilos, puede reducir su peso poniéndola en la luna, o aumentarlo a 50 kilos poniéndola en el campo gravitatorio de una estrella densa.

Entonces, como no hay cualidades absolutas en el mundo material, es falso afirmar que existe un mundo independiente “*allí fuera*”. El mundo es un reflejo del aparato sensorial que lo registra.

El sistema nervioso humano capta sólo una fracción insignificante, menos de una parte por mil millones, de la energía total que vibra en el medio; otros sistemas nerviosos reflejan un mundo diferente que coexiste con el nuestro. El murciélago percibe un mundo de ultrasonidos; la serpiente, un mundo de luz infrarroja; los pájaros perciben campos electromagnéticos; los tres ocultos para nosotros. Entonces, ¿qué hay “*allí fuera*”?:

“Allí fuera, sólo hay, en realidad, un campo sin forma, datos sin forma, en estado bruto, esperando ser interpretados por ti, el que percibe. Tomas una “sopa cuántica en flujo, radicalmente ambigua”, como la llaman los físicos, y utilizas tus sentidos para congelar esa sopa en el mundo sólido tridimensional.” (70)

Sir John Eccles, un eminente neurólogo británico, agradece la ilusión sensorial con una aseveración asombrosa, pero irrefutable:

“Debéis comprender que no hay color en el mundo natural, ni sonido; nada de ese tipo: ni textura, ni diseños, ni belleza, ni aromas...” (71)

En pocas palabras, ninguno de los hechos objetivos en los que solemos basar nuestra realidad es fundamentalmente válido. Por perturbador que esto pueda parecer, es una increíble liberación comprender que puede cambiar su mundo “*simplemente cambiando su percepción*”.

Todo es un campo en formación constante

Si el Dr. Eccles tiene razón, y el “*mundo natural*” carece de color, sonido, textura, diseño, belleza, aroma... entonces, ¿por qué aceptamos algo como real? Porque podemos *verlo* y *tocarlo*, y la humanidad confía ciegamente en lo que *ve* y en lo que *toca*, sin cuestionar jamás esa supuesta realidad. Incluso un aforismo muy popular refleja su extrema confianza en los sentidos: “*hasta no ver, no creer*”.

Toda la especie humana tiene un prejuicio en favor de las cosas que son tridimensionales, tal como nos lo informan nuestros cinco sentidos. La vista, el oído, el tacto, el gusto y el olfato sirven para reforzar el mismo mensaje: las cosas son lo que parecen.

Según esta realidad, supuestamente percibida por los sentidos, la tierra es plana y no se mueve, el suelo se mantiene estacionario bajo sus pies, el sol gira alrededor de la tierra; su cuerpo es una materia sólida, tangible y estable; las cosas permanecen como son... porque así lo parece a los sentidos, y a los sentidos hay que creerles.

Afortunadamente Einstein comprendió que el *tiempo* y el *espacio* también son productos de nuestros cinco sentidos; vemos y tocamos cosas que ocupan tres dimensiones y experimentamos los hechos como si ocurrieran en orden de secuencia en el tiempo.

Sin embargo, Einstein y sus admirables colegas eliminaron esta máscara de apariencia. Redefinieron el tiempo y el espacio en

una nueva geometría que no tenía principio ni fin, bordes ni solidez. ¡Cada partícula sólida del universo resultó ser un fantasmal manojito de energía que vibra en un inmenso vacío, dentro de cada átomo!

Esa es la esencia de la realidad material y el resto son “*formas*” creadas a raíz de esa realidad fundamental.

El antiguo modelo newtoniano del espacio-tiempo quedó hecho pedazos, reemplazado por un atemporal y fluyente “*campo de transformación constante*”. Este campo cuántico no está separado de nosotros: es nosotros.

La gran belleza de esta nueva visión del mundo es su inmensa creatividad, de instante en instante; el cuerpo humano, incluidos los sentidos, como todo lo demás en el cosmos, es constantemente construido de nuevo, cada segundo, cada instante, cada ahora.

Aunque sus sentidos le informan que habita en un cuerpo sólido en el tiempo y el espacio, que dispone de cinco sentidos confiables para percibir la “*realidad externa*”, nada de lo cual es cierto; todo eso es sólo la capa más superficial de una realidad que permanece oculta a los sentidos.

Su cuerpo es algo mucho más milagroso; un órgano fluyente, infinitamente complejo a nivel celular, potenciado por millones de años de inteligencia cósmica. Esa inteligencia está dedicada a supervisar el cambio constante que sucede en su cuerpo.

Si usted duda acerca de la realidad de esta inteligencia cósmica, simplemente reflexione un poco acerca de estos temas: ¿Cómo es posible que de dos células, un óvulo y un espermatozoide, se genere un ser humano físico y psíquico? ¿Cómo es posible el extraordinario proceso de la gestación en el vientre de la madre, sin que ella aporte nada más que su cuerpo? ¿Cómo es posible que la fotosíntesis de una planta transforme la energía del sol, los nutrientes de la tierra y del agua, en una manzana? ¿Cómo es posible que usted

exista entre la eternidad de su *antes* y la eternidad de su *después*? ¿Cómo puede una simple célula humana, que mide 1/10.000 de pulgada, contener información en su ADN que llenarían 1.000 libros de 600 páginas? ¿Cómo es posible que, según Deepak Chopra, a cada segundo, en cada célula se producen aproximadamente 6 billones de reacciones?

Cada célula es una terminal en miniatura, conectada al ordenador cósmico.

Su cuerpo no es una entidad, sino un proceso cuántico, de instante en instante, el flujo del *campo*, supervisado por una inteligencia cósmica.

¿Con qué percibe el hombre la “realidad de ahí fuera”?

La percepción es un proceso complejo que comienza cuando las células sensoriales recogen información del entorno y la envían al cerebro, en forma de impulsos eléctricos, mediante nervios propios de cada uno de los sentidos.

La información que nos proporcionan los sentidos es limitada en cuanto a su variedad, pero en cantidades enormes, como les ocurre a todas las criaturas vivientes. No podemos escuchar los ultrasonidos, como los murciélagos; ni ver las luces infrarrojas como las serpientes; ni sentir los campos electromagnéticos como hacen los pájaros, pero podemos percibir frecuencias de luz, vibraciones y moléculas. Nada más.

Los ojos perciben frecuencias de luz, que luego el cerebro transforma en colores; los oídos perciben vibraciones del aire en el oído interno, que luego el cerebro convierte en sonidos; el olfato percibe moléculas de olor, que el cerebro transforma en olores; los sentidos del sabor perciben moléculas de sabor, que luego el cerebro

convierte en sabores; finalmente, la piel capta vibraciones, que el sistema nervioso conduce al cerebro donde son interpretadas como sensaciones.

Entonces, lo único que perciben los sentidos es: frecuencias de luz, vibraciones y moléculas. Nada más. Lo que hay “*ahí fuera*” es percibido sólo mediante estos tres elementos. Son convertidos en impulsos eléctricos, conducidos al cerebro mediante nervios especializados de cada sentido, y allí el cerebro los consolida y los convierte en una “imagen” de la realidad externa.

Es un hecho que los sentidos no perciben colores, ni sonidos, ni formas, ni aromas, ni sabores, ni belleza, ni nada de nada. Ellos captan frecuencias de luz mediante los ojos, vibraciones y moléculas de sabor y olor. Nada más.

Aun así, la cantidad de información que nos llega abundante por los cinco sentidos es importante, del orden de los 400.000 millones de bits por segundo, que el cerebro selecciona para poder procesarla.

“Nos bombardean con una cantidad enorme de información que entra dentro de nuestro cerebro y la procesamos. Entra a través de los órganos sensoriales, se transmite a niveles superiores, en cada paso se elimina información y lo que llega finalmente a la conciencia es la información que nos es más útil.”⁽⁷²⁾

Así que realmente no percibimos la *realidad* de ahí fuera. Vemos la *imagen* de la realidad que nuestro cerebro ha construido a partir de la información que le proporcionan los sentidos, junto con infinitas asociaciones sacadas de la red neuronal del cerebro.

“El cerebro no “ve”, ni “oye”, ni “siente” el mundo exterior. Lo construye como respuesta a estímulos. Los estímulos en general vienen desde afuera: las ondas de luz, por ejemplo, rebotan en objetos y entonces

tocan las neuronas fotosensitivas del ojo. Estas estimulan el cerebro para generar una imagen que concuerda con la información que está recibiendo.” (73)

Cada cerebro construye su mundo de manera subjetiva, porque cada cerebro es distinto. No hay una *imagen* definida de lo que existe “*ahí fuera*”, sino una construcción dentro de nuestros cerebros. Ahí fuera no hay un “*ahí fuera*” independiente de lo que ocurre “*aquí dentro*”.

“Tu cerebro no distingue la diferencia entre lo que tiene lugar “ahí fuera” y lo que tiene lugar “aquí dentro”.” (74)

El ojo no ve cosas, sólo ve luz

La humanidad tiene una confianza absoluta en sus ojos. “*Hasta no ver, no creer*” es un aforismo popular que manifiesta el grado de confianza. El ser humano *cree* que lo que ve es la realidad. Y no es así. El ojo no ve cosas; ve luz, y el cerebro hace el resto.

Vemos con el cerebro, y la secuencia de la visión es la siguiente:

1. Lo que hay “*ahí fuera*” capta las ondas de luz, absorbe una parte de sus frecuencias componentes y refracta otra parte.
2. Las frecuencias de luz refractadas por lo que hay “*ahí fuera*” penetran en nuestros ojos por la *córnea*, que es la parte anterior, abombada y transparente, del globo ocular.
3. La luz viaja entonces a través del ojo hasta el *crystalino*.

4. La luz choca contra la *retina* en la parte posterior del ojo, que es un grupo de neuronas. Ahí, las células más sensibles a las frecuencias de la luz las convierten en un mensaje de pulsos eléctricos, que se dirigen hacia el interior del cerebro a través del nervio óptico.
La retina contiene más de 120 millones de *conos* y unos 7 millones de *bastones*, células que convierten la energía luminosa en señales eléctricas nerviosas.
5. Las señales eléctricas visuales se asocian en el cerebro con las señales eléctricas olfativas, gustativas, auditivas y sensitivas, más otros componentes, creando una imagen de “algo”:

“Un procesamiento cerebral en cinco niveles agrupados. Eso es lo que acabas de hacer para “ver” cada una de estas letras. No es que tus ojos se hayan limitado a mandarte a “ti” una imagen de cada letra. Tu cerebro procesó la información visual que le mandaban los ojos para elaborar esas letras.

Lo hace de la siguiente forma: primero descompone los impulsos entrantes en formas, colores y modelos básicos. Después comienza a casarlos con recuerdos almacenados de cosas similares y los asocia con emociones y significados asignados a acontecimientos previos; finalmente lo une todo en una “imagen” integrada y la transmite de manera intermitente al lóbulo frontal, 40 veces por segundo. Es como una película muy rápida e intermitente.”⁽⁷⁵⁾

La prueba de que el cerebro es realmente el que percibe: el nervio óptico, que une al ojo con la parte trasera del cerebro, sólo

transmite impulsos eléctricos, que es la función esencial de todos los nervios; y, además, no hay receptores visuales de imágenes en el lugar donde el nervio óptico llega hasta la parte trasera del cerebro.

Por lo tanto, el cerebro no recibe imágenes visuales. Recibe impulsos eléctricos de todos los sentidos, los asocia con el entramado neuronal que son las memorias de lo experimentado, las enmaraña con las emociones de ese instante y... crea una imagen de algo.

Todo esto, por supuesto, es de no creer, pero es así. Así es esto. El cerebro interpreta la información eléctrica que le llega por los nervios de cada uno de los sentidos, y entonces nos hacemos visualmente conscientes... de una imagen que está dentro del cerebro.

En realidad experimentamos nuestro entorno visual como una *opinión*, inconsciente, de lo que el cerebro *cree* que hay afuera.

Por si queda alguna duda de esta información, que parece inadmisibile, acudamos al eminente neurólogo colombiano, Dr. Rodolfo R. Llinás y su libro *“El cerebro y el mito del yo”*:

“El ojo, y en particular la retina, es una extensión del sistema nervioso central. Las neuronas de la retina forman un circuito extraordinariamente compacto y bello que envía mensajes eléctricos interpretados por el cerebro como luz.” ⁽⁷⁶⁾

“Fisiológicamente, la luz se comporta como paquetes de energía (cuantos) que activan receptores especializados. Tanto la cantidad de luz como la longitud de onda (que se detecta como color en nuestro ojo) son importantes en la fisiología del ojo.” ⁽⁷⁷⁾

“Es decir, la luz de una frecuencia dada (420 nm), que llamamos azul, rebota en el libro en línea recta y los

fotones de esta frecuencia llegan a mi ojo. Sin embargo, téngase en cuenta que el azul no existe como tal en el mundo externo y que tal sensación sólo es una interpretación que hace el cerebro en el cual los colores no existen.” (78)

“Las vías sensoriales no producen las sensaciones, solo sirven para informar al contexto interno acerca del mundo externo; durante los sueños, ni siquiera hacen esto. En ambos estados, la sensación es una estructura funcional intrínseca del cerebro, dada por la actividad de éste dentro del contexto interno momentáneo de la actividad del sistema tálamo-cortical.” (79)

Por si queda alguna duda, finalicemos este capítulo con una cita del mismo texto del Dr. Llinás, absolutamente radical:

“Debería ser obvio que las cualidades secundarias de los sentidos, tales como los colores, olores, sabores y sonidos son sólo invenciones/estructuras de la semántica intrínseca del SNC (Sistema Nervioso Central). Mediante esta semántica, el cerebro contextualiza internamente la información sensorial para interactuar con el mundo externo de una manera predictiva.” (80)

¿Para interactuar con el mundo externo? Pero si los colores, olores, sabores y sonidos son sólo invenciones del sistema nervioso central, entonces, ¿qué hay afuera del cerebro? ¿Qué es lo que hace que se refracte la luz y llegue a la retina? Nunca lo sabremos, porque no disponemos de ningún medio para percibir “eso” que está “ahí fuera” refractando la luz.

Parece haber algo, pero nunca podremos descubrirlo con los medios con los cuales nos dotó la naturaleza.

¿Creamos nuestro propio mundo?

La premisa primordial, al menos hasta donde la ciencia ha llegado, es que nosotros creamos el mundo que percibimos. Cuando abro los ojos y miro a mi alrededor, no es “*el mundo*” lo que veo, sino el mundo que mi equipo sensorial humano es capaz de ver, el mundo que mi sistema de creencias me permite ver, y el mundo que a mis emociones les importa ver.

Aunque esta idea sea inadmisibles y queremos creer que existe “*un mundo real*” que todos podemos percibir y con el que todos podemos estar de acuerdo, el hecho es que, a menudo y quizá siempre, la gente percibe las mismas cosas de una manera completamente distinta.

Por ejemplo: cuando distintos testigos del mismo crimen cuentan lo que pasó, creen que la suya es la historia correcta, pero la que realmente cuentan es su propia percepción de lo que pasó.

Creamos constantemente nuestro mundo de un sinfín de maneras; la manera más obvia en que lo hacemos, una manera verificable científicamente, es a través de la vista y la percepción visual. Pero la pregunta finalmente es esta: ¿es éste el límite de nuestra influencia en el mundo que vemos? La respuesta es *NO*, como lo veremos en el capítulo dedicado al tema de la *observación*.

Los sentidos solamente perciben vibraciones, moléculas de olor y sabor, y frecuencias de luz captadas por la retina en los ojos. Nada más.

Todos los estímulos son transformados en impulsos eléctricos, transmitidos al cerebro mediante nervios especializados, y el cerebro crea la “*imagen*” de algo que está “*ahí fuera*” al mezclarlos con el entramado neuronal de las memorias y con los estados emocionales. Pero fuera del cerebro no hay colores, olores, sabores, ni sonidos.

Entonces, ¿Qué es lo que hay “ahí fuera”?

¿Qué es la “realidad” que vemos?

Conclusión No. 8

“Las células de sus ojos son procesos en perpetuo cambio, observando el mundo externo en perpetuo cambio. Entonces, ¿quién mira qué?”

Es tan extraño todo esto, que en un proceso meditativo usted puede vivenciar en sí mismo un hecho asombroso: Aplique toda su *energía* y toda su *atención* a un estímulo cualquiera... por ejemplo los sonidos... primero desaparece el “yo”... luego desaparece su cuerpo... luego desaparece el estímulo... sólo queda “*un campo informe de bienaventuranza*”... un campo potencial... un campo creador... la Conciencia...

Para vivenciar este sorprendente Misterio, la más sublime vivencia posible al ser humano, su mente debe estar libre del pasado y del futuro, libre del conocimiento, libre de toda creencia, libre del pensamiento, libre de usted, de su amado “yo”.

Si usted medita, podría descubrir que existe un vasto reino de Conciencia e Inteligencia más allá del pensamiento, y que el pensamiento es sólo una pequeñísima fracción de esa Inteligencia existencial.

También podría descubrir que todas las cosas verdaderamente importantes -la belleza, el amor, la creatividad, la alegría, la paz interna- surgen de más allá de la mente.

Empieza a descubrir la *Realidad* real.



10. ¿El cerebro nos engaña?

“Más que real, nuestro mundo es cerebral.”

Francisco J. Rubia

Como ha sido comentado, el cerebro no “ve”, “oye”, ni “siente” el mundo exterior. Lo construye como respuesta a estímulos.

Los estímulos, en general, vienen desde afuera: las ondas de luz, por ejemplo, rebotan en objetos y entonces tocan las neuronas fotosensitivas del ojo. Éstas estimulan el cerebro para generar una imagen que concuerde con la información que está recibiendo.

A veces, sin embargo, el cerebro o lee mal la información entrante, creando así una ilusión, o genera sus propios estímulos, que entonces interpreta como si vinieran desde afuera. Cuando esto pasa no hay manera de que alguien sepa si lo que está percibiendo está de

verdad en el mundo exterior o sólo en su propia mente.

¿Los sentidos nos engañan?

Toda la información que recibimos del mundo externo llega a nuestro cerebro por medio de los órganos de los sentidos. Pero también es cierto que el proceso de percepción del mundo exterior está más orientado hacia lo que queremos “sentir”, hacia darle un sentido a lo que percibimos, que a la percepción propiamente dicha.

Desde tiempos inmemoriales se sabe que los sentidos nos engañan, afirmación válida para todos los sentidos, incluido el sentido muscular o el sentido del equilibrio. Los sentidos no están ahí para traducir fielmente el mundo exterior, sino para fines de perseverar y perpetuar la especie; es decir, para proteger la vida. De ahí que el mundo externo importe sólo en cuanto nos sirve para estos fines.

Si esto es así, ¿qué importancia tiene si la realidad ahí afuera es tal y como nosotros pensamos que es? En cualquier caso, sólo hacemos uso de aquella realidad que interacciona con nuestro cerebro y es el resultado de esa interacción lo que conservamos y utilizamos.

Los mapas de esa realidad que hemos internalizado y con los que el cerebro funciona no son la realidad misma. El mismo concepto de realidad debe ser una ficción, ya que nosotros sólo podemos captar y actuar con nuestra realidad cerebral.

Quizás, porque nuestros sentidos nos engañan, se ha distinguido siempre, por ejemplo, entre visión y percepción visual, dejándole la visión a la fisiología y la percepción a la psicología, conscientes de que son dos cosas distintas.

“En la visión, las señales procedentes de los receptores

visuales que se encuentran en la retina van a parar, a través del nervio óptico, al cuerpo geniculado lateral, un núcleo del tálamo, desde donde estas señales, transformadas, pasan a la corteza visual en el lóbulo occipital.

Pero es sabido que ese núcleo, el cuerpo geniculado lateral, recibe muchas aferencias de la propia corteza, es decir, que las señales son modificadas y filtradas por la corteza antes de que lleguen a ella.

Esto puede explicar las distorsiones que se producen entre la realidad y lo que vemos, entre los patrones de luz y los patrones nerviosos.”⁽⁸¹⁾

Lo mismo puede decirse de cualquiera de los sentidos, incluido el sentido del peso, como en el ejemplo siguiente: si llenamos dos recipientes, uno más grande que el otro, con la misma cantidad de azúcar, y si sostenemos en cada mano a cada uno de ellos, el recipiente más pequeño parecerá más pesado, aunque el peso es el mismo. Si repetimos la operación con los ojos cerrados, sin saber cuál de ellos es más grande o más pequeño, la diferencia de peso desaparecerá.

Este experimento demuestra que los músculos se preparan antes de sostener el peso esperado. El cerebro crea una expectativa y envía órdenes a los músculos para su preparación adecuada. Como los objetos más grandes se supone que son más pesados, el músculo que tiene que sostener el peso del recipiente más pequeño estará menos inervado, de ahí que la sensación sea de mayor peso.

Las ilusiones sensoriales son muy conocidas desde hace tiempo y nos enseñan que el mundo, tal como es, no es tan importante para el cerebro como el mundo que el cerebro necesita percibir. Observemos la siguiente Figura 6, conocida como la ilusión de Muller-Lyer:

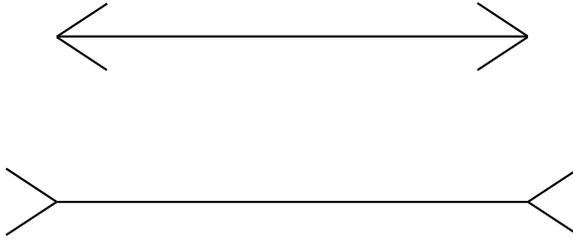


Figura N° 6

Las líneas en ambos dibujos se perciben como de longitud diferente, pero en realidad son iguales. Esta ilusión hace patente que la realidad y lo que para nosotros es realidad son dos cosas diferentes.

En la siguiente Figura 7, la llamada ilusión de Wundt:

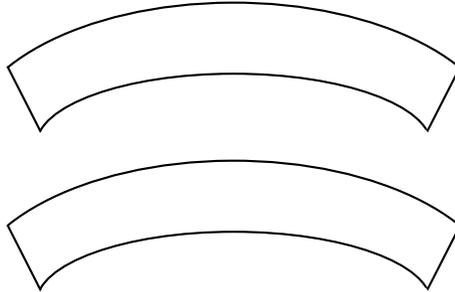


Figura N° 7

Nos parece que la figura superior es más pequeña, simplemente porque su arco más corto está cerca del arco más largo de la figura inferior.

El cerebro percibe siempre relaciones; no percibe intensidades

absolutas de luz, sino intensidades relativas, es decir, en relación con el entorno en que un objeto se encuentra. Esto se debe a que el cerebro, o mejor sus células, están especializadas en percibir contrastes; ejemplo:

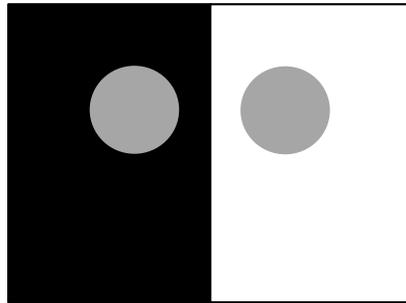


Figura N° 8

Estos dos círculos, con la misma luminosidad, pueden parecer distintos, dependiendo del entorno en que se encuentren.

En la Figura 9 las líneas radiales superpuestas a las dos líneas horizontales rectas hacen que éstas aparezcan como curvas:

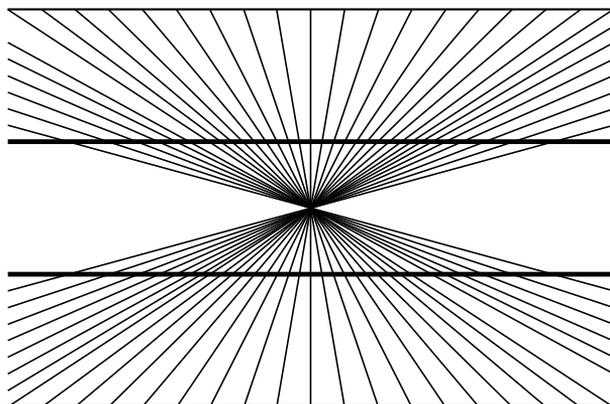


Figura N° 9

La Figura 10 representa el conocido cubo de Necker, que en realidad son líneas horizontales y verticales dispuestas de una determinada manera.

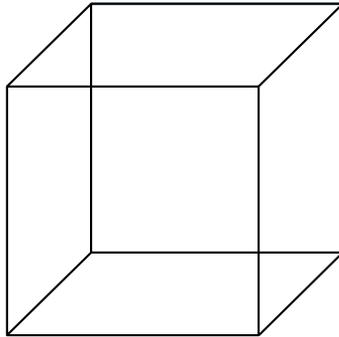


Figura N° 10

Nuestro cerebro las interpreta como una figura tridimensional. El cerebro crea una tridimensionalidad que en el dibujo, objetivamente, no existe.

Otra ilusión óptica muy conocida es la ilusión de Poggendorf, que podemos ver en la Figura 11.

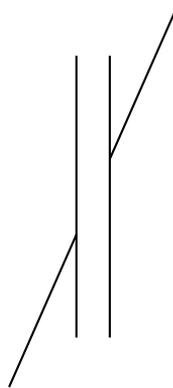


Figura N° 11

La línea oblicua no parece ser una línea recta, sino que creemos que se trata de dos líneas distintas, lo que no es cierto. La explicación de este fenómeno es complicada y tiene que ver con la forma en que apreciamos los ángulos. Si la línea en diagonal fuere horizontal, formando ángulos de 90°, no habría problema.

En la Figura 12, el que veamos una copa o dos caras depende de qué parte de la figura elige el cerebro del observador:

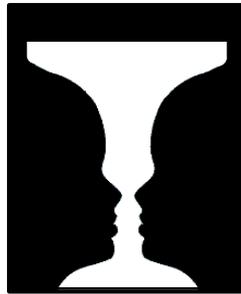


Figura N° 12

Si el observador decide ver caras, las ve; pero si decide ver la copa, ve la copa. Sorprendente ilusión, donde el observador está participando en la creación de la "realidad".

En la Figura 13, vemos triángulos por todas partes, aunque en realidad hay sólo dos:

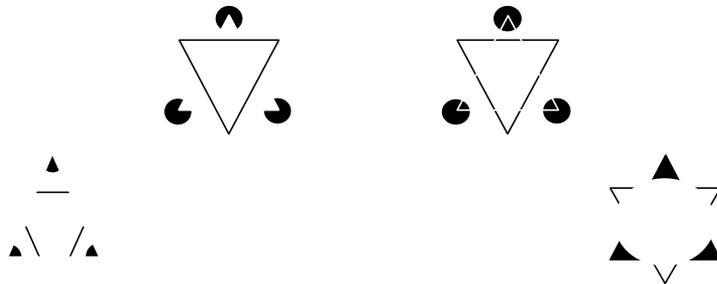


Figura N° 13

La figura 14 es la rejilla de Hermann:

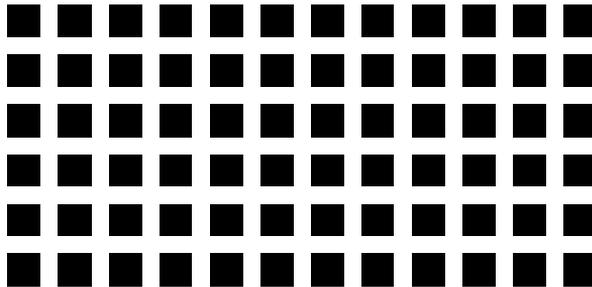


Figura N° 14

Si miramos la rejilla vemos pequeñas marcas grises en las intersecciones de las líneas blancas, que en realidad no existen. Además, aparecen y desaparecen como si fueran partículas subatómicas.

Otro ejemplo de cómo el cerebro/mente introduce elementos que no existen en el mundo externo, en el proceso de la percepción, es el triángulo de Kanizsa que puede observar en la Figura 15. El triángulo blanco que nuestro cerebro percibe no existe en la realidad; lo ha construido nuestra mente.

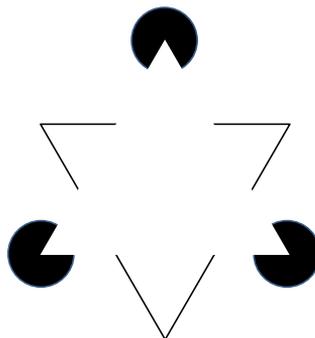


Figura N° 15

Se puede acudir a innumerables ejemplos de ilusiones, que implican todos los sentidos. Los sentidos no nos engañan; es el cerebro que interpreta lo que le conviene de la información que los sentidos aportan.

Este fenómeno de relleno también se produce en la audición. Si en una frase determinada se elimina una palabra, el cerebro la suple creando la ilusión de que se ha pronunciado. Podemos decir “*¡cierra puerta!*”, y la mayoría de las veces la otra persona entenderá que hemos dicho “*¡cierra la puerta!*”. La mente interpreta la realidad, y al hacerlo la modifica.

El proceso es el mismo que en la visión, es decir el cerebro rellena los huecos que surgen en el habla o en la conexión telefónica, de forma que nos parece que no ha habido interrupciones. O si las ha habido, nosotros suplimos la información que falta y creamos una historia lo más creíble posible.

Ilusiones y alucinaciones. La ciencia.

La literatura universal contiene múltiples ejemplos de ilusiones sensoriales o alucinaciones. A lo largo de la historia muchos de estos fenómenos han sido considerados obras de seres sobrenaturales.

Las ilusiones sensoriales se diferencian de las alucinaciones en que estas últimas son producto exclusivo de procesos internos cerebrales, mientras que las primeras se componen tanto de influencias externas como internas. Las ilusiones son errores de percepción y las alucinaciones son construcciones falsas.

Si a las ilusiones y alucinaciones se le añade la audición de voces, entonces el cuadro de una posesión demoníaca o de brujería resulta completo. Muchas personas fueron ejecutadas en la hoguera pública por esta razón, durante la época de la inquisición de la iglesia

católica, en la edad media. Hoy serían enviadas al psiquiatra.

Todo esto es muy extraño. Disponemos de una tríada interactuando: sentidos, cerebro, mente, pero no comprendemos ni la razón ni el efecto de esa interactividad. Es un juego de estímulos, imágenes e interpretaciones, fuera del alcance de la comprensión de la mente común... que es la que interpreta. Toda esta misteriosa fenomenología es, por supuesto, tema de la ciencia. Invoquemos al Dr. Rodolfo Llinás y su texto *“El cerebro y el mito del yo”*:

“Tenemos ojos que evolucionaron para generar imágenes del mundo externo mediante las propiedades de rebote de los fotones. Pero, ¿qué es una imagen? Una imagen es una simplificación de la realidad.

El cerebro constantemente simplifica la realidad, más aún, simplifica el mundo externo pero en forma muy útil. Una imagen es una representación simplificada del mundo externo escrita en forma extraña. Cualquier traducción sensorial es una representación simplificada de un universal emanado del mundo externo.

El cerebro es muy Kantiano en cuanto a la esencia de sus operaciones. Representa aspectos del mundo externo, aspectos fraccionados, mediante una geometría útil, una geometría con significado interno que no tiene nada que ver con la “geometría” del mundo externo del cual emanó.

Los colores, por ejemplo, son simplemente una forma particular de traducir la energía de cierta frecuencia. Una serpiente ve un rango infrarrojo, que en realidad es calor. Es muy claro que las imágenes en nuestra cabeza son tan sólo una representación del mundo.

Los ojos tiene neuronas que internalizan geometrías de luz que rebota, y el cerebro es un conjunto de sistemas de coordenadas que miden o reconocen geometrías abstractas inexistentes en el exterior.

El olor del bosque es una abstracción interna que no existe como geometría externa... soy el producto de la evolución que internalizó las propiedades del mundo externo.”⁽⁸²⁾

Entonces, si las imágenes son una geometría con significado interno “*que no tiene que ver con la “geometría” del mundo externo del cual emanó*”, ¿qué es la realidad? ¿La imagen creada por el cerebro o el mundo externo que no puede ser percibido por los sentidos?

Nunca podremos descubrir qué hay realmente “*ahí afuera*”, porque carecemos de sentidos para percibir directamente qué es eso que genera las frecuencias de luz, las partículas de olor y sabor, y las vibraciones sensoriales en la piel.

Nunca podremos percibir qué es lo que produce los estímulos sensoriales; nunca podremos percibir la *realidad* externa que genera los estímulos.

Conclusión No. 9

“Los sentidos captan estímulos, el cerebro crea imágenes y la mente le da significación a esas imágenes.”

Entonces, ¿cuál es la realidad?



11. El extraño mundo de las creencias

“Permita que todo ocurra de la manera que ocurre, pero siempre alerta, vigilante, sin creencia alguna”

Nisargadatta

Los científicos han constatado que si se miden los impulsos eléctricos del cerebro de una persona mientras está mirando un objeto, y se miden otra vez mientras está *imaginando* el mismo objeto, en ambos caso, se activan las mismas áreas cerebrales.

¡Cerrar los ojos y *visualizar* un objeto o evento produce la misma pauta cerebral que la que se produce cuando *miro* ese objeto o participo realmente en ese evento!

Reflexione un poco sobre la importancia de este hecho cerebral. Si el cerebro no distingue entre lo que *cree* y lo que *es*,

entonces para el cerebro *lo que cree* es, independiente de lo que sea la realidad.

Esto explicaría el poder de las creencias, el poder de las religiones, el poder de las ideologías y el poder de todas las supersticiones, el poder de todo el pensamiento mágico que agobia a la humanidad.

El cerebro no sólo no distingue entre lo que *ve* y lo que *imagina*, sino que tampoco parece distinguir entre una acción llevada a cabo y la misma acción visualizada. Y eso sucede incluso a nivel muscular. Cuando una persona visualiza una acción física, como correr, produce movimientos musculares que corresponden a los mismos que harían los músculos si efectivamente corre. El físico cuántico Joe Dispenza dice:

“Tu cerebro no distingue la diferencia entre lo que tiene lugar ahí fuera y lo que tiene lugar aquí dentro.” ⁽⁸³⁾

Entonces, ¿qué es la realidad externa? ¿Existe? ¿O sólo existe la realidad interna, que es lo que creo? ¿Existen las dos realidades? ¿Cómo distinguir las? ¿O es que no existe nada y todo es como un sueño? ¿Y quién sueña?

Procure mantener la serenidad al acercarse a estas preguntas, y siéntase invitado a profundizar en sí-mismo, que es el único lugar donde puede lograr un poco de lucidez, claridad, discernimiento... y amor.

La creencia es la negación de la realidad

¿Crear es una necesidad absoluta? Si así fuera, ¿por qué es necesaria?

En medio de la vida ordinaria que llevamos, sea eso lo que sea, no necesitamos *creer* que existe la puesta del sol, que existen las montañas, los ríos, las mascotas, las flores, las cosas... no necesitamos creer que, en general, la vida es una desdicha terrible con su angustia, su conflicto y su constante ambición que jamás se satisface.

Todo eso es un hecho, del cual no es necesario creer, pero en la dimensión humana sí puede ser percibido como tal, como un hecho. Pero necesitamos creer cuando queremos escapar de un hecho hacia una irrealidad.

Cuando no comprendo “*lo que es*” escapo hacia “*lo que no es*”, mediante alguna creencia. Así, la creencia es la negación de la realidad, la creencia niega “*lo que es*” y se mueve hacia “*lo que no es*”, se mueve hacia la visualización de una realidad mental, imaginaria, que es la nueva realidad para el cerebro, Ahora.

“La verdad depende de lo que se cree.” ⁽⁸⁴⁾

Pero un hombre que tiene un conocimiento de sí mismo, de su cuerpo, sus emociones y su mente, no necesita creencias; vive.

Un hombre que ama no tiene creencias; ama.

Un hombre que es consciente de sí mismo no tiene creencias; es.

El que tiene creencias es el hombre consumido por el intelecto, porque la mente siempre está buscando seguridad, protección, siempre está evitando la incertidumbre, el misterio y, por eso, engendra ideas, creencias, ideales, detrás de los que pueda protegerse.

La mente crea las creencias

La creencia es un engendro de la mente, porque tiene miedo de lo que no comprende, tiene miedo del misterio de la existencia y la realidad. Por eso la mente crea una nueva realidad, la creencia, y ahora esa es la verdad, la realidad, fuera de toda duda.

La creencia niega el misterio de la existencia, el misterio de la realidad, para lo cual crea una fortaleza de seguridad, de certezas, de convicciones firmes; esa fortaleza es la nueva realidad real para el cerebro.

Debido a que no queremos afrontar el misterio de la vida y la realidad, “*lo que es*”, inventamos numerosas vías de escape y les damos hermosos nombres: ideal, espíritu, Dios, cielo, paraíso, virtud, bondad, verdad...

En el capítulo anterior veíamos que los sentidos perciben ciertos estímulos que provienen de “*ahí afuera*”, con los cuales el cerebro crea una *imagen* de la realidad; ahora afirmamos que la mente, sin necesidad de estímulos externos, crea una creencia, que es la nueva realidad de ese cerebro.

Ahora, creemos que lo que creemos es la verdad.

“Un hombre encontró un huevo de águila y lo puso en el nido de una gallina, en un corral. El aguilucho fue incubado junto con la nidada de polluelos, y creció con ellos.

Toda su vida el águila hizo lo que hacían los pollos del corral, creyendo que era uno de ellos. Escarbaba la tierra en busca de gusanos e insectos. Piaba y cacareaba. Y movía las alas y volaba unos metros.

Pasaron los años y el águila envejeció. Un día vio un ave magnífica volando por encima de ella, en el cielo sin nubes. Se deslizaba con graciosa majestad entre las poderosas corrientes de aire, moviendo apenas sus fuertes alas doradas.

La vieja águila miraba hacia arriba con asombro.

¿Quién es ese?, preguntó.

Es el águila, el rey de las aves, le dijo su vecino. Él pertenece al cielo. Nosotros pertenecemos a la tierra; somos pollos.

Así, el águila vivió y murió como un pollo, porque creía que era un pollo”⁽⁸⁵⁾

¿Lo que hemos comentado acerca de la realidad nos confunde? Pues la creencia no es sino un modo de escapar del hecho de la confusión, no nos ayuda a afrontar y comprender el hecho que nos confunde, sino a escapar de la confusión en que nos encontramos.

La comprensión del enigma de la realidad no va a surgir de ninguna creencia; tal vez, muy seguramente, puede surgir del despertar de la Conciencia, pero ese es otro tema.

Como no comprendemos la realidad, “*lo que es*” Aquí-Ahora, en este instante, huimos mediante la creencia, nos refugiamos tras alguna creencia, sin importarnos qué es la realidad.

Para comprender lo que no comprendemos, para comprender la confusión, no es necesaria la creencia; ésta sólo actúa como una pantalla entre nosotros y la dificultad.

Por eso la religión, que es una creencia organizada, se

convierte en un medio para escapar de “*lo que es*”, del hecho de la confusión y la ignorancia.

El cielo y el infierno

El cielo y el infierno son creencias. Es bastante posible que las personas que creen haber pecado terminen en el infierno; mejor dicho, en su infierno. Y la posibilidad existe porque la están creando.

Al creer, crean.

El cielo y el infierno son fenómenos creados por la mente del hombre. La persona que se cree pecadora irá al infierno, o mejor aún, está en el infierno; mientras aquella que se cree santa irá al cielo, está en el cielo.

Los dos son sistemas de creencias y, al ser producto de nuestra creación mental, los dos son irreales. Son realidades mentales. Si trasciende su mente, cielo e infierno desaparecen en la nada, que es su naturaleza.

Entonces, necesitamos descubrir cómo trascender la mente, y el embrollo empieza a desenredarse.

Hay un vacío entre la realidad y la creencia

¿Por qué las ideas y las creencias arraigan en nuestras mentes? ¿Por qué son más importantes que los hechos? ¿Es, acaso, porque no podemos comprender el hecho, “*lo que es*”, porque nos falta capacidad para enfrentarnos a él, o porque nos atemoriza hacerlo?

Las ideas, las creencias, las utopías, las especulaciones, las

teorías, son recursos para escapar del hecho, para huir de la realidad que no comprendemos. Si todo lo comentado acerca de la realidad es confuso, por ahora, la creencia agrega más confusión a la confusión, porque la creencia es una realidad imaginada creada por la mente, sobrepuesta a la realidad que no comprendemos.

Ese es el peor de los mundos. Pero, si elimino la dimensión mental de las creencias, continúo sólo con el océano de la confusión que, si no me angustia, tiene su belleza, su misterio y su razón de ser.

Uno puede huir, puede hacer toda clase de cosas raras, visitar todos los templos, saberse todas las oraciones, practicar todos los ritos, leer todos los libros “*sagrados*”; pero los hechos *internos* están ahí, siguen ahí: el hecho de que es ambicioso, el hecho de que es violento, el hecho de que es iracundo, el hecho de que es depresivo, engreído, avaro, tramposo, mentiroso, cruel, soberbio, miedoso... Todo eso sigue ahí.

Crea usted en lo que crea, piense lo que piense, ¡todo eso sigue ahí! Puede que “*ahí afuera*” haya algo, o no haya nada, pero lo que sucede *dentro* de usted... sucede, es un hecho, puede ser observado, sentido, padecido.

El hecho es que eso es lo que soy, Aquí-Ahora. Eso es “*lo que es*”. Esa es la realidad interior, la vida interior, sin importar cuál es mi creencia. Hay un vacío inmenso entre la realidad interior, la realidad de “*ahí fuera*”, y la creencia.

La creencia le puede dar un tono color rosado al hecho interior, pero ¡todo eso sigue ahí! Ninguna creencia modifica lo que Ud. es.

Si de alguna manera suelto toda idea y toda creencia, libero esa energía para enfrentarme al misterio de la realidad, sea eso lo que sea.

Enfrentarme no es luchar contra el hecho, no es inventar una

guerra interna, no es destruir el “yo”. No. No se trata de luchar contra nada. Se trata de practicar la observación pura, intensa, sensible, amorosa, del hecho, de lo que sucede en el espacio interior de sí mismo, en este instante.

Si abandono toda idea y toda creencia, entonces mi mente podría estar interesada por completo en el misterio de “*lo que es*”, y en la comprensión de “*lo que es*”, sea lo que sea, Aquí, Ahora.

La observación pura de “*lo que es*”, sin pensamiento alguno, es la puerta que me permite entrar al mundo del misterio que está oculto en la realidad aparente, lejos de toda idea y toda creencia.

Conclusión No. 10

“La mente crea creencias, que el cerebro cree que son reales.”

Entonces, ¿qué es lo real?



12. ¿La observación crea la realidad?

“Mi decisión consciente de cómo observar un electrón determinará hasta cierto punto las propiedades del electrón. Si le hago una pregunta sobre partículas, me dará una respuesta sobre partículas. Si le hago una pregunta sobre ondas, me dará una respuesta sobre ondas.”

Fritjof Capra

Regresemos a la física cuántica.

Cuando la ciencia se enfrentó a las pruebas fehacientes que demostraban que el proceso de la observación influía en lo observado, se vio obligada a dejar a un lado cuatro siglos de suposiciones, desde Newton, y a lidiar con la idea revolucionaria de que *estamos implicados* en la realidad.

Aunque la naturaleza y el alcance de esa influencia aún es objeto de amplio debate, está claro que, tal y como Fritjof Capra señala:

“La característica crucial de la teoría cuántica es que el observador es necesario no sólo para observar las propiedades de un fenómeno atómico, sino incluso para causarlas” ⁽⁸⁶⁾

El observador influye en lo observado

Según la Teoría Cuántica, antes de hacer una observación o una medición, el objeto ya existe como probabilidad de onda (técnicamente, función de onda). No tiene una ubicación ni una velocidad específicas. El objeto, en ese estado de función de onda, contiene la posibilidad de poder estar aquí o allá cuando sea observado en una medición.

El objeto tiene posiciones y velocidades potenciales, pero no sabremos cuáles son hasta que sea observado.

“Desde ese punto de vista, cuando medimos la posición de los electrones no estamos midiendo un rasgo objetivo y preexistente de la realidad; el acto de la medición, por el contrario, está profundamente envuelto en la creación de la realidad misma que estamos midiendo.” ⁽⁸⁷⁾

Y Fritjof Capra concluye:

“El electrón no posee propiedades objetivas independientes de la mente.” ⁽⁸⁸⁾

Todo esto sirve para diluir lo que en el pasado fue una distinción tajante entre el “*mundo de ahí fuera*” y el observador subjetivo, pues parece que se funden o juegan juntos en el proceso de descubrir el mundo, o ¿sería de crearlo?

El ver y la mística oriental

En las tradiciones orientales la experiencia mística se descubre como una percepción directa, que cae totalmente fuera del mundo del intelecto y que se logra mirando, no pensando, mirando dentro de uno mismo, mediante la observación interna.

En el taoísmo, esta idea de la observación esta materializada en el nombre de los templos taoístas *kuan*, que originalmente significaba “*mirar*”. Así, los taoístas consideraban sus templos lugares de observación.

En todas las escuelas budistas se considera el ver la base del saber y la comprensión. El primer punto del óctuple camino -normas del Buda para lograr la autorrealización-, es *ver bien*, seguido de *saber bien*. D.T. Suzuki escribe sobre esto:

“En la epistemología budista el ver desempeña un papel muy importante, pues constituye la base del saber. Sin ver es imposible saber; todo conocimiento tiene su origen en la visión. Por ello saber y ver se suelen encontrar unidos en la enseñanza del Buda. Por consiguiente, la filosofía budista indica ver la realidad tal como es. Ver es experimentar la iluminación.” ⁽⁸⁹⁾

Pero es necesario agregar unas palabras de advertencia. Este énfasis sobre la visión que se encuentra en las diferentes tradiciones místicas no debe ser tomado en un sentido demasiado literal, puesto

que la experiencia mística de la realidad es esencialmente una vivencia asensorial.

Cuando los místicos orientales hablan de “ver” se refieren a una calidad de percepción que tal vez incluya la captación visual, pero que esencialmente siempre la trasciende, convirtiéndose en una vivencia no sensorial de la realidad. Lo que ellos resaltan, sin embargo, al hablar de ver, mirar u observar, es el carácter empírico de su conocimiento.

Participación del observador en la realidad

La idea radical de que el observador tiene una influencia inevitable en cualquier proceso físico observado, de que no somos testigos objetivos y neutrales de las cosas y los acontecimientos, fue defendida por primera vez por Niels Bohr y sus colegas físicos en Copenhague, donde éste vivía, por lo cual se la denomina la interpretación de Copenhague.

Bohr defendía que el principio de Incertidumbre de Heisemberg implicaba algo más que el hecho de no poder determinar exacta y simultáneamente tanto la velocidad a la que se mueve una partícula subatómica (onda), como su localización (partícula). Bohr sostenía que:

“No se trata sólo de que no se pueda medir, es que no existe hasta que se observa.” ⁽⁹⁰⁾

Heisemberg afirmaba que había partículas ahí fuera, con o sin el observador. Se negaba a aceptar que no existían en tanto no participase un observador. Bohr creía que las partículas no existían hasta que las observamos y que la realidad a nivel cuántico no existe hasta que es observada o medida.

Entre los científicos de la física existe una falta de acuerdo

sobre este tema, que parece significar que la conciencia humana, que el observador humano es el que destruye la *función de onda* y lleva el objeto desde un estado de probabilidad a su realidad puntual.

Más cercanos al sentido común humano, lo cual no significa que por esa razón sea verdad, son los términos de Lynne McTaggart:

“La realidad es una gelatina inestable. Ahí fuera hay una gran masa viscosa indeterminada que es nuestra vida en potencia. Y nosotros, por el hecho de implicarnos, por observar, hacemos que se estabilice. Es decir, somos esenciales en el proceso total de la realidad. Nuestra implicación crea la realidad.” ⁽⁹¹⁾

Ni siquiera la gelatina inestable

La idea de que “*ahí fuera*” hay una gelatina inestable, idea compartida por el Dr. Rodolfo R. Llinás en alguna entrevista, está implícita es su libro “*El cerebro y el mito del yo*”:

“Debería ser obvio que las cualidades secundarias de los sentidos, tales como los colores, olores, sabores y sonidos son sólo invenciones/estructuras de la semántica intrínseca del sistema nervioso central.

Mediante esta semántica, el cerebro contextualiza internamente la información sensorial para interactuar con el mundo externo de una manera predictiva.” ⁽⁹²⁾

Pero, ¿cuál es el contenido del “*mundo externo*” si, como lo afirma, los colores, olores, sabores y sonidos son sólo invenciones del sistema nervioso central? Le faltó afirmar, tal vez, que las “*formas*” de los objetos también son creaciones del cerebro. En tal caso, “*ahí fuera*” no hay nada, ni siquiera la gelatina inestable.

Al respecto, la característica crucial de la teoría cuántica es que el observador es necesario no sólo para observar las propiedades de un fenómeno atómico, sino incluso para causarlas:

“Antes de hacer una observación, el objeto ya existe como probabilidad de onda (técnicamente función de onda). No tiene una ubicación ni una velocidad específicas. El objeto, en ese estado de función de onda, contiene la posibilidad de poder estar aquí o allá cuando sea observado en una medición. El objeto tiene posiciones y velocidades potenciales, pero no sabremos cuáles son hasta que sea observado.” ⁽⁹³⁾

Toda esta información tan sorprendente nos obliga a abandonar la vieja y tajante distinción mental entre el “*mundo de ahí afuera*” y el observador subjetivo, pues parece que juegan juntos, pero quizás nunca podremos descubrir qué es lo que hay “*ahí afuera*”, pues sus colores, olores, sabores y sonidos son creaciones del sistema nerviosa central. Es decir, que el cerebro crea o participa en la creación de esa realidad, que parece existir sólo en el cerebro.

¿Será que todo es ilusión, *maya*, como afirma el Buda?

¿La conciencia crea la realidad?

Esta interpretación de la Teoría Cuántica lleva al extremo la idea de que el acto de la observación consciente es el factor clave en la formación de la realidad. Muchos científicos, en Occidente, disienten de esta interpretación tan radical, porque quizás su visión del mundo está regida por el paradigma materialista de la ciencia, según el cual “*sólo es real lo que es percibido por lo sentidos*”, negando así la existencia de la conciencia primigenia.

El planteamiento de que la observación destruye la probabilidad de ser y la convierte en la realidad que es, es de muy difícil aceptación para una mente materialista, porque penetra en el campo de lo metafísico.

En contrario, las tradiciones metafísicas y espirituales más antiguas han sostenido siempre que:

“La conciencia es el fundamento de todo ser.”

Es decir, que la conciencia sería la única realidad real, y que todo lo demás, sea lo que sea, son sólo “formas” de esa fuente única. Esta interpretación de la realidad nos obliga a regresar a la figura N° 1, para completarla:

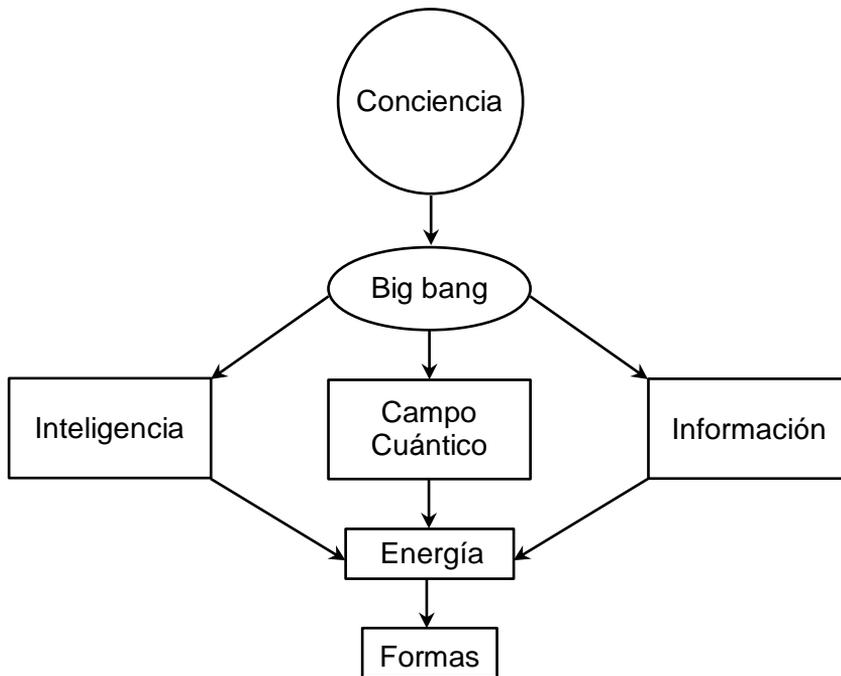


Figura N° 16. La conciencia Creativa

Conclusión No. 11

“Según la teoría Cuántica, la observación destruye la probabilidad y la convierte en la realidad manifestada.”

Entonces, ¿antes de la observación qué hay “*ahí afuera*”? ¿El universo de las probabilidades? ¿Y en qué radica el poder de la observación para lograr que la función de onda colapse? ¿Tal vez ese poder radica en la Atención, que necesariamente está implícita en la observación? ¿Le falta a la física cuántica descubrir el poder de la Atención?

Sólo un meditador podría dar respuestas a estos interrogantes.

¿Y qué es la meditación? En la meditación no puede haber un pensador, lo cual implica que el pensamiento debe terminar, que el deseo debe terminar.

La meditación no tiene nada que ver con alcanzar un resultado. En estricto sentido, rigurosamente, no es cuestión de respirar de cierta manera, o moverse de cierta manera, o mirar de cierta manera. La meditación no es algo separado de la vida.

Cuando usted conduce un auto, o se encuentra sentado en un bus, cuando está escuchando, cuando camina solitario o contempla un pájaro o un perrito callejero, cuando come o se amarra los zapatos... si está intensamente atento, intensamente alerta a todo lo que sucede, sin un solo pensamiento, ese estado interior es parte de la meditación.



13. La materia no existe

“La única realidad es que hay un potencial.”

Olivier Laignel S

Los sentidos no colaboran

Un filósofo, Joan Stuart Mill, definió la materia como *“la posibilidad permanente de la sensación”* y la mente como *“la posibilidad permanente de la percepción”*.

Entonces, de ser así, ¿es la materia sólo la posibilidad de sentir y percibir? Si es una posibilidad tal, ¿qué es la materia en sí misma?, ¿qué es lo que hace que la posibilidad se potencie como una sensación física y una percepción mental?

Eso, que se manifiesta como sensación y permite ser percibida, no puede nunca ser revelado por los sentidos, porque estos no son otra cosa que puertas abiertas para captar sensaciones; ni puede nunca ser descubierto por la mente, una de cuyas funciones es interpretar las sensaciones mediante información captada en el pasado, lo cual no garantiza que la significación dada a lo sensorial corresponda a la realidad del momento presente.

Esto explica por qué la sustancia, la materia, eso que causa sensación, permanece oculto. Todo lo que podemos predicar de eso es que causa sensaciones. Cuando intentamos conocer su naturaleza, o cualquier particularidad que la defina, nuestros sentidos no nos colaboran.

El sistema nervioso se irradia como terminales nerviosas por todo el cuerpo, permitiéndonos captar la sensación táctil de esa sustancia desconocida. Los oídos captan ciertas vibraciones como sonidos de eso y el olfato capta ciertas vibraciones que eso emana. Los ojos son los instrumentos para la percepción del color de eso, aunque en estricto sentido no es así, porque las cosas carecen de color, como se explica en capítulo anterior. El color está en la luz, no en eso.

Aunque intuimos que la materia es algo que existe en el espacio y el tiempo, que causa sensaciones, sin embargo no podemos verla jamás, ni tocarla directamente, porque la sensación es un reflejo de eso en el sistema nervioso.

Aquello que denominamos "*la materia*" de las cosas permanecerá siempre oculta a los sentidos, pero intuimos que existe, porque es percibida sensorialmente. Podemos tocar una mesa, pero no podemos tocar la sustancia de esa "*forma*" llamada mesa, es sí misma, nunca.

Podemos sentir la sensación de eso, pero ¿qué es la sensación? Según diccionario:

“La sensación es la impresión que las cosas producen en la mente por medio de los sentidos.”

Entonces, ¿toda la realidad percibida por los sentidos es sólo una interpretación de la mente?

La materia es una “forma” multidimensional

A partir de los aportes de la Física Cuántica ya no es posible sostener que la materia, la masa de las cosas, sea una única sustancia de la cual están constituidas todas las formas manifestadas. Ahora es necesario pensar en la “*materia*” en términos de algo como una sustancia relativa a la dimensión en la cual se manifiesta, y siempre como una “*forma*” compuesta por elementos subyacentes organizados de cierta manera, según ciertas condiciones.

No existe una *sustancia* común a todas las “*formas*” manifestadas.

Por ejemplo, la sustancia de los objetos tangibles, supuestamente físicos, que originan sensaciones, está constituida por moléculas organizadas de uno u otro modo. A su vez, la sustancia de las moléculas intangible para los sentidos, está compuesta de átomos. La sustancia del átomo se compone de una, miles o nubes de partículas (electrones, protones, neutrones, fotones, positrones, etc.). A su vez, la sustancia del electrón es un *campo* vibratorio electromagnético que actúa como si fuera una partícula, sin serlo.

Esas cuatro sustancias, la física tangible, la molecular, la atómica y la subatómica, son diferentes entre sí; “*formas*” compuestas, creadas todas, transitorias y temporales; ninguna es una categoría absoluta y la esencia de todas ellas es el *campo* vibratorio

que crea la energía. Formas creadas por otras formas más sutiles. Secuencia de formas.

Y al *campo* vibratorio, ¿qué lo crea? La ciencia no lo sabe, pero lo investiga intensamente en el Instituto CER, un laboratorio de 25 Km de circunferencia, 100 metros de profundidad, un túnel de 6 metros de diámetro, construido en la frontera entre Francia y Suiza, con un costo de 10.000 millones de dólares; allí, 1.000 científicos de todo el mundo investigan el comportamiento de partículas subatómicas aceleradas que chocan entre sí, tratando de reconstruir el momento inicial del big bang.

Pero la sabiduría milenaria de Oriente sí sabe qué crea el *campo*: la Conciencia.

El paso de onda a partícula

Recordemos que las partículas se comportan como onda o como partícula. La “*onda*” es una analogía y la “*partícula*” es otra analogía tomada de nuestro mundo cotidiano. A veces el *campo* vacío se comporta “*como si*” fuera una onda y a veces se comporta “*como si*” fuera una partícula.

Dice el físico Willian Arntz:

“En cuanto ondas, los electrones no ocupan una posición precisa, sino que existen como “campos de probabilidad”.” ⁽⁹⁴⁾

Sorprendentemente, lo que hace que el *campo* de probabilidad se desintegre, lo que hace que la “*función de onda*” colapse, permitiendo así que se manifieste “*como si*” fuese una partícula, parece ser la observación o la medición. Sin ser medidos ni observados, los electrones se comportan como ondas, pero en cuanto

se someten a observación en un experimento, dan paso a una partícula que puede ser localizada.

Sin embargo, todo esto es virtual, porque la única realidad cuántica, según Einstein, es “*el campo vacío creador*”.

Por favor, reflexione sobre este hecho tan sutil, que nos permite participar en nuestra vida interior, puesto que puedo “*observarla*”. Aparece así la posibilidad trascendente de la observación de sí-mismo, puesto que todo lo observado en mí -pensamientos, emociones, sensaciones- son virtuales, pueden existir y dejar de existir, se pueden “*desintegrar*”, pueden “*colapsar*” en presencia del observador interior. ¿En qué se transforma su energía? En la energía de la conciencia observadora, y este es el propósito de la meditación.

El paso de partícula a átomo

La frecuencia vibratoria del electrón, es decir, de ese *campo* vibratorio, es una cifra enorme. Gurdjieff la presenta así:

“La existencia de un electrón equivale a 1/30.000 de 1/10.000 de segundo, o sea a 1/300.000.000 de segundo, y durante este tiempo realiza 7.000.000 de revoluciones alrededor del protón.” ⁽⁹⁵⁾

De estas cifras deducimos lo siguiente:

Vida de un electrón: 1/300.000.000 segundo.

Revoluciones en esa vida: 7.000.000

Por lo tanto las revoluciones de un electrón en un segundo son:
 $300.000.000 \times 7.000.000 = 21 \times 10^{14}$ rev./seg.

¿Y cuál es el efecto de esta altísima frecuencia vibratoria? Aparece la “forma” del átomo, tal como la explica Fritjof Capra:

“Siempre que una partícula se halla confinada en una pequeña región del espacio, reacciona a su confinamiento moviéndose a su alrededor; y cuanto más pequeña sea la región de confinamiento, con más rapidez se moverán las partículas.

Ahora en el átomo hay dos fuerzas que compiten. Por un lado, los electrones están ligados al núcleo mediante fuerzas eléctricas que tratan de mantenerlos tan cerca como sea posible. Por otro, éstos responden a su confinamiento girando rápidamente, y cuanto más apretados hacia el núcleo se hallen, más alta será su velocidad; de hecho, este confinamiento de los electrones en el átomo genera en ellos enormes velocidades, de aproximadamente 700 Kilómetros por segundo.

Estas altas velocidades son las que hacen que el átomo aparezca como una esfera rígida, exactamente del mismo modo que una hélice que gira muy rápidamente aparece como un disco.

Es muy difícil comprimir más los átomos; por eso dan a la materia su conocido aspecto sólido.”⁽⁹⁶⁾

Pero estas explicaciones acerca del núcleo y el electrón continúan siendo analogías, porque el electrón, la partícula, nunca deja de ser la vibración del campo electromagnético.

Un átomo no puede ser representado como un pequeño sistema planetario, tal como se dibuja en los textos educativos. Más que partículas que giran alrededor del núcleo, debemos imaginar

ondas de probabilidad, porque eso es lo que son las partículas, sin que nunca dejen de serlo.

Si el *campo* vibratorio es la esencia cuántica de la partícula, que al vibrar a una altísima frecuencia crea la imagen de un cuerpo sólido, la materia sólida no existe, porque nada es sólido. La única realidad cuántica, es el “*campo vacío creador*”.

Es necesario eliminar la tendencia humana a creer que el electrón es una cosa, porque la mente, que difícilmente puede con las abstracciones no racionales, cosifica los conceptos para poderlos visualizar. El electrón, la partícula cuántica que está en la esencia de la “*materia*” no es una cosa, es una probabilidad; por lo tanto, en estricto sentido, la *materia sólida* ni es material, ni es sólida, ni existe como una categoría absoluta:

“Algunos teóricos, entre quienes destacan Niels Bohr y Heisenberg mismo, afirman que la realidad fundamental es esencialmente indeterminada, que no existe un “algo” claro, fijo y básico en nuestra existencia cotidiana que pueda llegar a conocerse. Todo respecto a la realidad es y sigue siendo una cuestión de probabilidades. Un electrón podría ser una partícula, podría ser una onda, podría estar en esta órbita, podría estar o ser y, ciertamente, podría ocurrir cualquier cosa.” (97)

Una partícula subatómica es una conducta del *campo vibracional*, continúa siendo probabilístico, no abandona su condición de función de onda/partícula, sin ser nunca una cosa. Nunca una partícula es una cosa. Nunca.

Esa es la esencia de la *materia sólida*.

La fenomenología del átomo es, por supuesto, similar a la partícula subatómica. Por razón de fuerzas electromagnéticas, cuya

comprensión está fuera de mi alcance, las partículas se concentran en espacios cada vez más reducidos, y a menor espacio mayor vibración; esa mayor vibración de la energía va dando “*forma*” a algo como una “*masa*”, que es la materialidad del átomo, que nunca deja de ser esencialmente un *campo vibracional*.

El átomo parece más real que las partículas que lo componen, pero la diferencia entre uno y otro es la densidad vibracional por unidad de espacio. Con el átomo empieza a aparecer la *forma* de la materialidad, por efecto del aumento vibracional de la energía, sin dejar nunca de ser una *forma*, una apariencia.

Pero el átomo, que es una estructura compleja, continúa con su naturaleza vibratoria del campo primigenio y, puesto que nada puede ser fraccionado porque Todo está unido con Todo, también es de su esencia la Conciencia pura, mientras se orienta hacia la molécula y la molécula hacia la célula, como si su propósito fuese el ser humano.

La definición de “*molécula*”, según el diccionario, nos evita mayores comentarios:

“Molécula. Agrupación de átomos ligados entre sí más fuertemente que con el resto de la masa.” ⁽⁹⁸⁾

Cuando la función de onda del átomo colapsa, por las mismas razones ya explicadas, incluida la *observación*, los átomos se manifiestan como moléculas químicas, al agruparse en un espacio reducido, por lo cual aumenta su frecuencia vibracional.

Esta mayor vibración de la energía atómica, de muchos átomos atraídos entre sí por efecto de fuerzas electromagnéticas de signo contrario, es la *forma* denominada molécula, es la “*masa*” de la molécula, que nunca deja de ser virtual, porque la partícula es su esencia siempre.

Las moléculas químicas van componiendo las cosas, y las bioquímicas se orientan hacia la célula, principio de la vida. Ahí empieza la evolución genética, puesto que la molécula de ADN está en el corazón de la célula, dando respuesta a las exigencias del medio ambiente, creando las diversas formas que toma la vida: las plantas, los animales, el ser humano, una muy extraña mezcla de complejidad, energía infinita, belleza, inteligencia e información.

Y todo esto continúa siendo ¡funciones de onda/partícula, que son probabilidades de ser o no ser!

La molécula es una *forma* mucho más compleja que el átomo: átomos atraídos en vibración continua, el *campo* potencial y la *conciencia* pura continúan siendo su naturaleza esencial; es una función de onda/partícula, realidad virtual, puede ser o no ser, y todas estas cualidades configuran un “*masa*”, que es la masa de la molécula, con conciencia propia.

Sus ancestros son el *campo* potencial cuántico y la conciencia. Pero la molécula nunca es una cosa. La molécula es una forma, no una entidad, creada por la evolución de los átomos, proceso que requirió de millones de años luego de la gran explosión, el big bang:

“15.000 millones de años. Los átomos se enlazan para formar moléculas complejas, entre las cuales las moléculas biológicas.” ⁽⁹⁹⁾

Y entonces, ¿qué es la materia de su cuerpo?

Todas las cosas, incluido su cuerpo físico, están hechas de moléculas; las moléculas están formadas por átomos; los átomos son formas virtuales que toman las partículas subatómicas y ya sabemos que las partículas pueden ser “*ondas*” o “*partículas*”. Esa es la forma descendente de ver la realidad manifestada.

Pero veamos lo mismo ascendentemente: en esencia, existe el “*campo vacío creador*”, que se manifiesta como onda o como partícula. Cuando se manifiesta “*como si*” fuera una partícula, puede componer átomos; los átomos forman moléculas y las moléculas le dan *forma* a las cosas físicas, como su cuerpo. Entonces, ¿cuál es la naturaleza de su cuerpo físico?

Las cosas parecen tangibles porque pertenecemos a la dimensión de lo tangible, y porque disponemos de sentidos perceptivos sólo de lo tangible. Esa es la celda en que la Conciencia está recluida, prisioneros en una cárcel que no vemos. La ostra nunca puede ver la perla que lleva por dentro.

La física clásica consideraba la materia como un medio continuo con propiedades como la elasticidad y la viscosidad, pero desde principios del siglo XX surgieron evidencias de que la materia no es continua sino granular, formada por pequeños bloques constituyentes llamados moléculas, a su vez constituidos por pequeños bloques llamados átomos...

Las investigaciones de esos tiempos llevaron la comprensión hasta la escala de las millonésimas de milímetros, dimensión de protones, los electrones y los neutrones, pero rápidamente se descubrió que esas cargas eléctricas estaban formadas, a su vez, por partículas aún más pequeñas, llamadas *quarks*.

Entonces, ¿qué es la *materia* de las cosas que vemos y tocamos? ¿Qué es la *materia* de su cuerpo?

En la física clásica la *masa* de un objeto siempre había sido asociada con una sustancia material indestructible, con alguna “*materia*” de la que se creía que estaban hechas todas las cosas. Pero la teoría de la relatividad de Einstein demostró que la masa no tiene nada que ver con ninguna sustancia, sino que es una forma de

la energía, que es una cantidad dinámica asociada con procesos vibratorios, no con entidades de ningún tipo, ni terrenales ni celestes.

Recordemos la fórmula $E=mc^2$ (Energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado). El hecho de que la masa de cualquier partícula material sea equivalente a una cierta cantidad de energía significa que la partícula de “*materia*” ya no puede ser considerada como un objeto estático; ha de comprenderse como un patrón dinámico, un proceso que implica la energía, vibración que a muy alta frecuencia, dentro de un espacio reducido, se manifiesta en sí misma como la masa de la partícula de materia.

Entonces, ¿qué es la masa de su cuerpo? Energía vibrante, condensada, a muy alta frecuencia, concentrada. Imagine una nube, condénsela un poco más, dele forma de mesa. Ahí tiene usted una mesa etérea, una *forma*, y su percepción asociativa le dice que “*eso es una mesa*”.

Esa sustancia molecular, esa forma virtual que parece masa, carece de color, porque el color es una cualidad de la luz; carece de consistencia, porque es una compactación molecular; carece de forma, pero la percepción se la suministra. Por estas razones no es extraño el concepto de un reconocido físico:

“La materia, sea lo que fuere, no tiene nada en esencia. Es completamente insustancial. Lo más sólido que se puede decir sobre la materia insustancial es que se parece mucho a un pensamiento. Es como una pizca de información concentrada.”⁽¹⁰⁰⁾

Pero esa “*masa*” insustancial existe, sólo como forma de la energía, y la energía es la manifestación de la función de onda que colapsa.

Conclusión No. 12

“La materia sólida no existe. Es sólo la forma que toma la energía, vibrando en muy alta frecuencia y en un espacio reducido.”

Las cosas que observamos, olemos, saboreamos, oímos y tocamos parecen ser sólidas, líquidas o gaseosas, y también parecen estar separadas unas de otras. Gracias a la física cuántica, podemos observarlas mucho más en detalle y en niveles diminutos, lo que se suele denominar *niveles subatómicos*.

En esos niveles, la materia que nos parece sólida, líquida o gaseosa, puede ser identificada como partículas cada vez más pequeñas compuestas por partículas más pequeñas aún, y así sucesivamente, hasta que todo se vuelve energía pura, según la ciencia de Occidente, o hasta la esencia de todo, la Conciencia, según la sabiduría mística de Oriente.

La física cuántica ha descubierto que aun el elemento más denso y sólido, estudiado en un nivel infinitesimal, no es lo que parece. Los científicos que adscriben a este nuevo paradigma han confirmado que cualquier elemento de existencia visible o palpable, cuando es reducido al nivel de las partículas que lo conforman, no es nada más ni nada menos que espacio supuestamente vacío, aunque en realidad es un *campo* vibracional cuya vibración crea la energía.

Eso es, esencialmente, toda la materia del Universo; un campo vibracional.

Su cuerpo es eso, en esencia.



14. La realidad, según el Zen

*“La realidad es maya,
ilusión.”*

Buda

El zen es el resultado de fusionar el budismo con el Tao de China, fusión que se realizó hace unos 1.700 años. Suzuki nos facilita una definición clásica:

“El Zen no es un sofisticado arte de vivir. Consiste sencillamente en vivir, siempre en la realidad, en su exacto sentido.”

La mente y el mundo son ilusión

Este es uno de los pilares básicos del Zen: que todo es una

construcción de la mente, que todo lo que conocemos no es otra cosa que una proyección de la mente, que la llamada “*realidad*” en verdad no es real.

Parece real porque así lo creemos: la realidad emana de lo que creemos. La fuente de todas las realidades no es otra cosa que nuestra creencia. Las cosas son como creemos que son. Si no creemos, dejan de ser.

El Zen dice que *la mente y el mundo* son ilusión. *Todo* es un juego de la mente, sin excepciones. Hasta su Dios es el máximo juego de la mente. Y “*Todo*” es *todo*. La mente incluye todo aquello que podemos experimentar, todo aquello que es posible.

Abandonar la Mente

¿Hay alguna forma de conocer esa Realidad que no sea un juego de la mente? Sí la hay, y consiste en abandonar la mente. La Realidad se manifiesta cuando se abandona la mente. Si la mente persiste, continúa creando su propia realidad. Y la Realidad que se manifiesta cuando se abandona la mente no se puede expresar a través de ella.

Esa es la razón por la cual el Zen guarda absoluto silencio con respecto a Dios. No es que Dios no sea; sino que el Dios sobre el cual hablamos es un juego de la mente, es nuestra propia proyección. Puede ser una proyección muy hermosa, pero es un sueño, que es imaginación.

Es posible incorporar tantas cosas en él que llega el momento en que se torna más real que nosotros mismos, pero es una realidad creada, inventada por nosotros mismos.

La creencia forma una realidad

Vemos aquello en lo cual creemos. Si creemos con suficiente intensidad en algo, lo hacemos real. Pero esa realidad es apenas relativa; es una realidad inventada y no hay mayor diferencia entre ella y un sueño.

Todas las noches, mientras soñamos, inventamos una realidad que nos parece auténticamente real, pero al despertar descubrimos que era falsa. Hemos descubierto miles de veces que es falsa y, aún así, esta noche, mientras soñemos, creeremos que es real. La mente jugará su juego nuevamente.

Lo mismo sucede durante el estado de vigilia. La supuesta vigilia puede incluir un “*darse cuenta*”, que es una función cerebral, pero no hay *atención*, así que sucede de nuevo. Vemos a una mujer y decimos que es bella, pero quizás sólo estemos proyectando la belleza. Quizás estemos viendo cosas que no están allí.

Creemos. Cuando creemos formamos una realidad; cuando la creencia desaparece, toda belleza desaparece también.

Creamos constantemente nuestro propio mundo y todos vivimos en mundos diferentes porque vivimos sueños diferentes, y vivimos en mundos diferentes porque vivimos conforme a credos diferentes.

Abandonar todos los credos

¿Hay alguna forma de saber cuál es la Realidad? Sí la hay. El Zen dice que es necesario abandonar todos los credos. En eso insiste Krishnamurti una y otra vez: abandonen todos sus sistemas de creencias y entonces *comprenderán*:

“No necesitamos “creer” que existe la puesta del sol, que existen las montañas, los ríos. No necesitamos “creer” que la vida es una desdicha terrible con su angustia, su conflicto y su constante ambición; eso es un hecho. Pero necesitamos una creencia cuando queremos escapar de un hecho hacia una irrealidad.”
(101)

Pero no hay forma de expresar en palabras esa comprensión, porque al no haber mente el conocedor y lo conocido ya no estarán separados, el observador y lo observado serán lo mismo, el experimentador y lo experimentado son uno mismo, porque no hay mente.

De la experiencia a la vivencia

Si hay mente, hay *experiencia*. Si no hay mente, hay *vivencia*.

Para el Zen la iluminación no es una experiencia, la compasión no es una experiencia, la máxima realización no es una experiencia, porque las experiencias ocurren en la mente, y esos estados internos ocurren más allá de la mente. Si fueran experiencias volverían a ser parte de un sistema de creencias.

“la Verdad es un estado del ser que surge cuando la mente... ha llegado a su fin.”⁽¹⁰²⁾

Siempre que hay una separación con respecto a la experiencia, la mente está de por medio. La observación de sí mismo, por ejemplo, es una experiencia, porque está el observador y lo observado; pero si persistimos en la observación, se convertirá en una vivencia al abandonar la mente.

Entonces Dios no puede ser una experiencia, como tampoco puede serlo la Iluminación y la Verdad. Si la mente desaparece en el proceso meditativo, toda experiencia desaparece. Súbitamente está allí la Realidad, pero ya no estará separado de ella para *conocerla*, ni para describirla en palabras.

El enamorado crea su propia realidad

Es interesante ver a una persona enamorada. Todos los enamorados se ven ridículos a los ojos de quienes no lo están; todos parecen necios, locos. La persona enamorado no está alerta a lo que hace, y es por eso que se afirma que el amor es ciego; y así lo vemos quienes no participamos en esa historia de amor.

Pero para quien participa no es un sueño sino la única realidad que existe. Todas las demás realidades desaparecen y solamente una permanece.

Cuando dos amantes caminan de la mano no ven el mundo que nosotros vemos. Tienen su propio mundo privado. Es por eso que las otras personas condenan a los enamorados, porque no viven el mundo común sino en su propio mundo privado.

Tienen también un lenguaje privado. Se sienten plenos. Juntos están completos.

No les importaría en lo absoluto si el mundo entero desapareciera. En efecto, el mundo parece más un obstáculo. Los amantes desean estar solos, sin que nadie los moleste.

Se mueven en una realidad diferente.

Los pensamientos se convierten en cosas

Así dice la Biblia:

“Como el hombre piensa, así será.”

Sí, creamos nuestro mundo, y también nos creamos a nosotros mismos. Los pensamientos se convierten en cosas. Cuando creemos profundamente, transformamos nuestros pensamientos en cosas, de tal manera que una cosa no es más que un pensamiento condensado.

Todas las realidades de la vida nacen de un pensamiento, excepto lo que ha creado la naturaleza.

El avión fue alguna vez un pensamiento en la mente de alguien. Quizás el pensamiento permaneció y persistió en muchas mentes. Tardó miles de años en convertirse en realidad. El hombre siempre deseó volar y la idea persistió y persistió. Un día, la idea se hizo realidad: los hermanos Wright lograron poner un aeroplano en el aire.

El sueño se hizo realidad.

Los descubrimientos científicos no son otra cosa que sueños con los cuales ha soñado constantemente la humanidad. Si insistimos en entrar una y otra vez en un sueño, si ponemos en él nuestra energía e invertimos nuestra vida en él, con el tiempo se hará realidad. Lo único que se necesita es persistir.

Eso es lo que dice la física moderna. Albert Einstein introdujo inadvertidamente el Zen en la física moderna, pues recordemos que afirma que la materia y la energía se transforman entre sí; es decir, un pensamiento es energía y una cosa es pensamiento consolidado.

La fórmula de Einstein $E=mc^2$ (Energía es igual a la masa por la velocidad de la luz al cuadrado) es de gran importancia. Nada de

lo que llamamos materia es materia sino un pensamiento condensado.

El niño no distingue entre la realidad y el sueño

Los niños viven en un mundo diferente porque para ellos todavía no ha tomado forma la separación entre el sueño y la realidad. Quizás sea por eso que todos recordamos la niñez con nostalgia, como algo hermoso, increíble y maravilloso.

¿En qué radicaba esa maravilla? En que no había diferencia entre la realidad y el sueño; podíamos pasar fácilmente de un sueño a otro. No había barreras.

Cuando niños no teníamos problemas porque no teníamos creencias fijas. Las creencias eran fluidas y ninguna creencia se había afianzado, ni se había convertido en un fenómeno concreto. *Todo era fluido, y así era nuestra atención.*

Un niño le decía a su madre: *“El mundo ha cambiado mucho”*. La madre se sorprendió con esa afirmación puesto que el niño tenía apenas cinco años. ¿Qué mundo había visto como para decir que había cambiado mucho? Entonces inquirió: *“¿Qué quieres decir con eso de que el mundo ha cambiado mucho? No he visto muchos cambios desde que naciste. Cinco años no es mucho. ¿Y cómo puedes saberlo? No has vivido lo suficiente”*.

A lo cual el niño replicó: *“sí, el mundo ha cambiado mucho. Ahora estoy en él”*.

En contra del pensamiento

¿Hay alguna forma de deshacerse de todos los sistemas de creencias? Sí la hay, y es solamente cuando las abandonamos todas que podemos descubrir lo que es Real. Esa que llamamos realidad no lo es, porque es sólo relativa.

Es imposible conocer la verdadera Realidad por medio de los sistemas de creencias puesto que ellos la contaminan, la penetran y la modifican.

Debemos abordar la Realidad totalmente desprovistos de creencias, teorías y filosofías. Es por eso que el Zen se opone tanto a las escrituras y a las teologías. Está en contra del pensamiento. No se aproximen con la mente a la Realidad o de lo contrario verán algo que no existe realmente. Verán algo y, si en verdad lo desean, hasta encontrarán ese algo.

Es así como sucede: encontramos aquello en lo que creemos. Somos creadores. La mente es creativa. ¡Cuidado con la mente!

Ni felicidad ni desdicha

El Zen dice que las dos son creencias. Tanto la dicha como la felicidad son productos de la mente. No son reales, no son verdaderamente reales.

Hay un tercer estado del ser en el cual no hay creencias, ni positivas ni negativas, ni de naturaleza alguna. Cuando se abandonan todas las creencias se puede descubrir la Realidad. Es una Realidad que no es desdichada ni feliz.

Cuando se abandonan todos los sistemas de creencias se produce un estado puro de ser. No hay felicidad y tampoco hay

desdicha. No hay cielo ni infierno. El cielo y el infierno son creencias. Al creer crean. Creamos nuestros sueños. El cielo y el infierno son fenómenos creados. Los dos son sistemas de creencias y, al ser producto de nuestra creación, los dos son irreales.

La vida infinita

Un maestro Zen no habla de Dios, no habla de la muerte, no habla del más allá. Habla sobre el momento presente, sobre el momento inmediato. Si estamos masticando un trozo de pastel, esta es la realidad. En este momento, esto es lo real. Lo inmediato es lo real.

En este momento, Dios es el sabor delicioso en la boca. Esta es la verdad en este momento. No hay más que la verdad de este momento. Un maestro Zen nunca aplica un sistema de creencias. No trae la mente a la situación. Permanece fiel a lo que sea que es.

Toda nuestra vida es un sueño de millones de formas, nombres e identidades. Llegamos a ser esto o aquello. Nacemos, vivimos, amamos, hacemos mil y una cosas y finalmente morimos. En realidad, todas esas cosas no son más que formas. Formas vacías, sombras vacías.

Lo real es la llama de la vida, la llama blanca de la vida. A fin de conocer esa llama blanca de la vida debemos retirar de nuestros ojos todas las formas. Los ojos deben quedar totalmente vacíos. De allí el énfasis que pone el Zen en estar vacíos. Si desean descubrir, permanezcan vacíos. Si desean descubrir, sean nada. Si desean descubrir, desaparezcan en la nada.

Solamente en la nada verán la llama de la vida. Todas las formas desaparecen. Los árboles dejan de ser árboles, los hombres dejan de ser hombres, las aves dejan de ser aves.

Es una sola vida infinita.

Pero para conocer esa vida infinita, es necesario deshacer la vida atribuida a las formas.

Conclusión No. 13

“Para el Zen, la única realidad es el suceder existente Aquí, Ahora, en este instante.”

El zen es un estado del Ser libre de neurosis. El Zen acepta que las cosas son así, que la vida es así, sin juicio alguno. Trata de ver la pureza del espíritu, la trascendencia absoluta en lo que es, en lo que sucede.

El Zen desecha incondicionalmente los valores. No hay temor ni codicia, Dios ni demonio, cielo ni infierno, premio ni castigo. Sencillamente arroja una luz liberadora sobre las cosas, sobre lo que sucede, sobre la vida que vivimos, tal como es, sin agregar ni quitar nada.

Solamente claridad, atención, sensibilidad perceptiva, capacidad de ver las cosas como son, porque son así, así es esto. ¿Acaso no puede aceptar la existencia como es? Por no haberla aceptado nada ha cambiado, pero sí lo ha complicado todo.

EL Zen dice que el cambio de sí mismo viene con la comprensión de la realidad, no con las creencias ni con el conocimiento mental.

El Zen ve la realidad “*tal como es*”, no como “*debería ser*”.

Con el Zen se abre una dimensión totalmente diferente: la transformación sin esfuerzo, sin sufrimiento, sin luchar contra nada.



15. La realidad y la verdad, según Krishnamurti

“La verdad es un estado del Ser, que surge cuando la mente ha llegado a su fin.”

Krishnamurti

Corazón lleno, mente vacía

No hay sendero hacia la verdad; ella puede llegarnos. Puede llegar a nosotros sólo cuando la mente y el corazón son sencillos, claros, y en nuestro corazón hay amor; no si nuestro corazón está lleno con las cosas de la mente.

Cuando en el corazón hay amor no hablamos acerca del amor al prójimo, no hablamos de creencias, de divisiones o del poder, no

necesitamos reconciliarnos. Entonces somos, cada uno de nosotros, simplemente un ser humano, sin rótulo alguno, sin una nacionalidad.

Esto significa que usted debe despojarse de todas esas cosas y permitirle a la verdad que se manifieste; y la verdad puede manifestarse sólo cuando la mente está vacía, cuando cesa en sus creaciones.

Entonces la verdad vendrá sin que la inviten. Llegará tan rápida y sorpresivamente como el viento. Llega en secreto, no cuando la aguardamos, cuando la deseamos.

“Está ahí, tan súbita como la luz del sol, tan pura como la noche. Pero para recibirla, el corazón debe estar lleno y la mente vacía. Ahora tiene usted la mente llena y su corazón está vacío.” ⁽¹⁰³⁾

La verdad es un estado del Ser

No hay camino alguno que nos conduzca a la verdad, y no hay dos verdades. La verdad no es del pasado ni del presente, es intemporal; y la persona que cita la verdad de Buda o de Cristo, no encontrará la verdad, porque la repetición no es la verdad. La repetición es una mentira.

“La verdad es un estado del ser que surge cuando la mente que busca ser exclusiva, que sólo puede pensar en términos de resultados, de logros, ha llegado a su fin. Sólo entonces existirá la verdad.” ⁽¹⁰⁴⁾

La mente que hace esfuerzos, que se disciplina a fin de lograr un objetivo, esa mente no puede conocer la verdad, porque el objetivo es su propia proyección, por noble que sea, es una forma de culto de

sí misma. Un ser así es un ególatra y, por lo tanto, no puede conocer la verdad.

La verdad es para conocerse sólo cuando comprendemos el proceso total de la mente, cuando no luchamos.

No hay sendero hacia la verdad

¿Podemos encontrar a Dios si vamos en busca de él? ¿Puede usted ir en busca de lo desconocido? Para buscar algo, uno debe saber qué está buscando.

“Si usted procura encontrar, lo que encuentre será una proyección de sí mismo, será lo que usted desea; y lo que crea el deseo no es la verdad. Ir en busca de la verdad es negarla. La verdad no tiene morada fija; no hay sendero ni guía que conduzca hacia ella, y la palabra verdad no es la verdad.”⁽¹⁰⁵⁾

¿Puede la verdad ser hallada en un medio particular, entre determinadas personas? ¿Está aquí y no allá? ¿Es tal persona la que nos guía hacia la verdad, y no otra? ¿Existe, acaso, guía alguna?

Cuando la realidad es buscada, lo que encontramos sólo puede provenir de la ignorancia, porque la búsqueda misma nace de la ignorancia. Uno no puede buscar la realidad; “uno” debe cesar para que la realidad sea.

La verdad se encuentra de instante en instante

La verdad no puede ser acumulada. Lo que se acumula es siempre destruido; se marchita.

“La verdad no puede marchitarse jamás, porque sólo podemos dar con ella de instante en instante, en cada pensamiento, en cada relación, en cada palabra, en cada gesto, en una sonrisa, en las lágrimas.” ⁽¹⁰⁶⁾

Si podemos encontrar esa verdad y vivirla -el vivirla mismo es el encontrarla-, entonces no nos volveremos propagandistas; seremos seres humanos creativos, no seres humanos “perfectos” sino seres humanos creativos, lo cual es inmensamente distinto.

Dejar de buscar la realidad

La verdad no es para aquellos que buscan su propia expansión, su propia realización. No es para los que buscan seguridad, permanencia, porque la permanencia que buscan no es sino lo opuesto de la impermanencia.

“Estando atrapados en la red del tiempo, buscan lo permanente, pero lo permanente que buscan no es lo real, ya que es producto de su pensamiento. Por lo tanto, el hombre que quiere descubrir la realidad, debe dejar de buscar, lo cual no quiere decir que deba contentarse con lo que es. Por el contrario, un hombre empeñado en el descubrimiento de la realidad, debe ser internamente un revolucionario completo.” ⁽¹⁰⁷⁾

No puede pertenecer a ninguna clase social, a ninguna nación, a ninguna ideología o religión organizada, porque la verdad no se encuentra en el templo, no puede hallársela en las cosas hechas por la mano o por la mente.

“La verdad se manifiesta sólo cuando las cosas de la mano o de la mente son puestas a un lado, y poner a un lado las cosas de la mano o de la mente no es una

cuestión de tiempo.” (108)

La verdad llega a quien está libre del tiempo, a quien no usa el tiempo como un medio de expansión propia. El tiempo implica memoria del ayer, memoria de mi familia, de mi raza, de mi carácter particular, de la acumulación de experiencias propias que componen el “yo” y “lo mío”.

Comprender lo real

En realidad esto no es complejo, aunque pueda resultar difícil, porque no comenzamos con lo real, con el hecho, con lo que estamos pensando, haciendo, deseando; partimos de suposiciones, o de ideales, que no son realidades, y así nos extraviamos.

“Para partir de hechos y no de suposiciones, necesitamos una profunda atención, y toda forma de pensar que no se origina en lo real es una distracción. Por eso es tan importante comprender qué está ocurriendo tanto dentro como alrededor de uno.” (109)

Si uno es cristiano, sus visiones siguen cierto patrón; si es hindú, budista, musulmán, sigue un patrón diferente. Uno ve a Cristo o a Krishna conforme a su condicionamiento:

“La educación que usted ha recibido, la cultura en que se ha desarrollado determinan sus visiones. ¿Cuál es la realidad? ¿El hecho? ¿La visión o la mente que se ha formado en cierto molde? Las visiones son las proyecciones de la tradición particular que ha venido a constituir el trasfondo de la mente. Este condicionamiento, no la visión que él proyecta, es la realidad, el hecho” (110)

Comprender el hecho no es tan difícil; pero se hace difícil debido a nuestros agrados y desagradados, a nuestra condena del hecho, a las opiniones o los juicios que tenemos acerca del hecho.

Estar libres de estas formas diversas de evaluación es comprender lo real, *lo que es*.

La interpretación impide ver

Una mente que emite una opinión acerca de un hecho es una mente estrecha, limitada, destructiva. Usted puede interpretar el hecho de una manera, y yo puedo interpretarlo de otra. La interpretación del hecho es una calamidad que nos impide ver el hecho real y hacer algo al respecto.

Cuando usted y yo discutimos nuestras opiniones acerca del hecho, nada *hacemos* en relación con el hecho; quizás usted pueda añadir más cosas al hecho, ver más matices, significados, y yo puedo ver menos significados en el hecho.

“Pero el hecho no puede ser interpretado; no puedo ofrecer una opinión acerca del hecho. Es así, y para una mente es muy difícil aceptar el hecho. Estamos siempre interpretándolo, dándole significados diferentes de acuerdo con nuestros prejuicios, temores, nuestras esperanzas y demás.

Si usted y yo pudiéramos VER el hecho sin ofrecer una opinión, sin interpretarlo, sin asignarle un significado, entonces el hecho se volvería mucho más vital... no, no más vital... el hecho está ahí, solo, nada más importa; entonces el hecho tiene su propia energía, y esa energía le impulsa a uno en la dirección correcta.”
(111)

Hay tan sólo un hecho: la impermanencia

Estamos procurando descubrir si hay o no hay un estado permanente, una realidad permanente; no lo que nos gustaría que hubiera, sino el hecho real, la verdad. Pero:

“Todo lo que nos concierne, tanto en lo interno como en lo externo -nuestras relaciones, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos-, es impermanente, se halla en un estado de fluir constante.

Dándose cuenta de esto, la mente anhela la permanencia, un estado perpetuo de paz, de amor, de bondad, una seguridad que ni el tiempo ni los acontecimientos puedan destruir; en consecuencia, crea el alma, las visiones de un paraíso permanente.”
(112)

Pero esta permanencia nace de lo impermanente; por lo tanto, lleva en sí las semillas de lo impermanente.

Hay tan sólo un hecho: la impermanencia.

El anhelo no nos conduce a la realidad

Usted quiere que le diga qué es la realidad, usted quiere *saber* qué es la realidad. ¿Puede lo indescriptible ser expresado en palabras? ¿Usted puede medir algo inconmensurable? Si mide lo inconmensurable, ¿lo que usted mide es lo real? Si lo formula, ¿es lo real? Indudablemente no, porque en el momento en que describe algo que es indescriptible, eso deja de ser real. Sin embargo, eso es lo que anhelamos.

“Todo el tiempo queremos conocer, saber, porque entonces pensamos que podríamos continuar, capturar la felicidad suprema, la permanencia.

Queremos conocer a causa de que no somos felices, de que luchamos mezquinamente, de que estamos agotados, degradados. Sin embargo, en vez de darnos cuenta de ese simple hecho: de que estamos degradados, embotados, hastiados, confusos, queremos alejarnos de lo que es conocido e ir hacia la desconocido, lo cual otra vez se convierte en lo conocido; por consiguiente, jamás podemos encontrar lo real.”⁽¹¹³⁾

La realidad está en “lo que es”

En lugar de preguntar qué es Dios, ¿por qué no concede toda su atención y su percepción sensible a *lo que es*?

“Entonces, dará con lo desconocido, o mejor dicho, lo desconocido vendrá a usted. Si comprende qué es lo conocido, experimentará ese silencio extraordinario que no es inducido ni forzado; sólo en ese silencio, en ese vacío creador, puede penetrar la realidad.

No puede hacerlo en lo que está definido, luchando por llegar a ser; llega únicamente a lo que está siendo, a lo que comprende lo que es.

Entonces verá usted que la realidad no se encuentra en la distancia; lo desconocido no está lejos, está en lo que es.”⁽¹¹⁴⁾

Tal como la respuesta a un problema está en el problema

mismo, así la realidad está en *lo que es*. Si podemos comprender eso, conoceremos la verdad.

La naturaleza de Dios

¿Es posible investigar la naturaleza de “*aquello*”, llámese Dios o creación o *base* de la existencia?

Es posible si uno puede liberar a la mente de todas las creencias y de todas las implicaciones tradicionales de la palabra “*Dios*”.

¿Pueden el cerebro y la mente estar por completo libres para investigar aquello que los israelitas llaman “*lo innominable*” y los hindúes llaman “*Brahman*” o el “*principio supremo*”?

Todo el mundo cree en la *palabra* Dios. ¿Podemos dejar a un lado todas las creencias? Porque sólo entonces será posible investigar.

Una persona dice: “*Creo en Dios; Dios es omnipresente y omnipotente. Existe en todas las cosas.*” Ésa es la aceptación tradicional de esa palabra con todo su contenido.

¿Puede uno estar libre de los muchos miles de años de esta tradición? ¿Puede uno, tanto consciente como inconscientemente, estar libre de esa palabra, palabra que ha jugado un papel tremendo en el mundo islámico, judío y en el cristianismo?

Existe la creencia de que sin “*esto*” nada podría existir, la creencia de que “*esto*” es la *base* de la existencia, la *base* desde la que todo se origina.

¿Cómo descubre uno acerca de esa *base*? Uno puede

descubrir sólo cuando es absolutamente libre. Por lo general, nuestro ser inconsciente está cargado, completamente atestado con toda esta... nimiedad.

¿Existe la posibilidad de un estado del ser donde quede excluido cualquier movimiento mental como la creencia, y donde es negada la creencia en cualquier Dios particular?

¿La niega uno verbalmente o a fondo, es decir, en la raíz misma de nuestro ser? ¿Puede uno decir “*no sé nada*” y detenerse ahí?

¿Puede uno negar, por completo, todo el movimiento del conocer, del saber? No el conocimiento tecnológico, por supuesto. ¿Puede negar el sentimiento de que uno conoce, de que sabe?

Profundamente dentro de nosotros se halla toda la experiencia del hombre, lo cual dice que Dios existe. Desde luego, ha habido profetas y visionarios que han dicho que no hay tal cosa como Dios, pero sus palabras sólo se agregan a las creencias del hombre, a sus conocimientos.

¿Puede uno vaciar su ser de aquello que puede haber sido implantado desde la infancia? ¿Puede vaciarlo de los siglos de creencia acerca de que hay algo *más allá* de todo esto?

Creo que esa es la creencia más profundamente arraigada. Es algo que se halla en el inconsciente -siempre están ahí las cosas profundas-. Y pienso que, si queremos investigar, también esa creencia debe desaparecer.

¿Alcanza usted a tener un discernimiento directo acerca de que debe existir la negación completa de todo cuanto el hombre ha producido con su pensamiento, exceptuando el conocimiento fáctico que permite sobrevivir?

Percepción sin conocimiento

Jamás decimos: “No sé”. Creo que esa es una de nuestras dificultades. Todos queremos saber. Introducimos a Dios en el reino del conocimiento. Decir: “No sé”, es un estado en el que la mente se halla por completo inmóvil, silenciosa.

El silencio significa que la mente, el cerebro, está totalmente quieto; no es algo que viene y va.

Todo el mundo cree en Dios. Yo (Krishnamurti) no sé qué es Dios. Realmente, no sé qué es Dios. Probablemente jamás lo descubriré, y no estoy interesado en descubrirlo.

Lo que me interesa es si la mente, el cerebro, puede estar completa y totalmente libre de toda la experiencia acumulada del conocimiento. Porque si no lo está, todo funcionará siempre dentro de su campo.

Mi interés radica en saber si el cerebro, la mente, puede estar por completo libre de la contaminación del conocimiento. Porque si no lo está, jamás podrá descubrir nada fuera de esa área. Jamás.

Cualquier movimiento de la mente fuera de esa área, sigue estando anclado en el conocimiento; será, entonces, sólo una búsqueda de conocimiento acerca de Dios. Lo que me interesa, pues, es si la mente, el cerebro, puede permanecer completamente inmóvil.

¿Podría yo tener una percepción directa, la profundidad de percepción en el movimiento del conocer, de modo tal que esa percepción detenga el movimiento?

Es la percepción directa, el discernimiento instantáneo, lo que detiene el movimiento; no lo detengo yo, ni lo detiene el cerebro. Cuando ese movimiento se detiene, ello implica la terminación del

conocimiento y el comienzo de *otra cosa*.

En consecuencia, eso es lo único que me interesa: la terminación consciente, profunda, del conocimiento.

Nosotros nos referimos al cerebro que se halla en un movimiento constante, cuya energía es el pensamiento. El problema es que el pensamiento se aquiete. ¿Cómo aborda usted este problema? ¿Puede cuestionar por completo al pensamiento? No responda de inmediato. Mire la pregunta, conténgala.

¿Puede tener usted una mente capaz de no reaccionar de inmediato a una pregunta? ¿Puede haber una acción dilatoria, quizás un contener la pregunta indefinidamente?

¿Puede uno no tener anclas en absoluto, ni en el conocimiento ni en la creencia? ¿Puedo ver que ambos carecen de toda significación?

Meditación sin meditar

Pienso que es absolutamente esencial no conceder significación a nada.

Ese estado de la mente, ¿se encuentra fuera del tiempo? ¿Es un estado de verdadera y profunda meditación, una meditación en la que no hay sentido alguno de logro, nada?

¡Ese es el estado de meditación en que el meditador no es el fundamento, el origen de todas las cosas!

El meditador no es la *base* sobre la que se apoya la meditación. No lo es.

¿Puede esa *base* de apoyo existir sin el meditador? Si hay un meditador, no existe tal *base*, porque hay un “yo”.

¿Puede haber meditación sin el meditador? Estoy hablando de una meditación sin el meditador. La meditación no es un proceso humano, porque no hay “yo”, no hay meditador.

En tanto “yo” esté tratando de meditar, la meditación no existe.

Por lo tanto, en la meditación sólo hay un cerebro, una mente, que se encuentra en estado de meditación. Ésa es la *base*.

El universo se encuentra en un estado de meditación. Y ésta es la *base*, ése es el origen de todo; y eso es posible únicamente cuando no existe el meditador, el “yo”, y cuando no hay anclas.

Esto ocurre cuando hay una libertad total con respecto al sufrimiento.

El estado de meditación adviene con la completa terminación del “yo”.

Vea, uno se pregunta si es del todo posible para un cerebro, para un ser humano, estar completamente, absolutamente libre del meditador, del “yo”. Esto es esencial.

El meditador, el “yo”, trata de meditar a fin de llegar a alguna parte, a fin de cambiar algo, de ocultar algo, a fin de poner su vida en orden.

Cualquiera que sea el propósito, ya sea que medite para poner su vida en orden, o ponga su vida en orden y después medite, sigue actuando el meditador, el “yo”.

Entonces, la cuestión es si resulta posible la libertad respecto del meditador.

Si tal libertad es posible, no se suscita el interrogante acerca de la existencia o no existencia de Dios, porque entonces ¡esa meditación es la meditación del Universo!

¿Es posible una libertad tan absoluta?

No conteste. Contenga esa pregunta. Déjela actuar. Al contenerla, la energía se acumula, y esa energía actuará -no usted-. ¿Comprende?

Entonces, ¿hemos comprendido la naturaleza de Dios?

Dios, la Realidad, la Verdad, es un estado del Ser que surge cuando ha llegado a su fin la mente que puede pensar sólo en función de resultados, de logros, de beneficios.

Sólo entonces se manifiesta la Verdad.

¿Cómo permitir que la Verdad sea?

La verdad no llega a nosotros por medio de autoridad alguna. Debe ser descubierta de instante en instante. No es algo que tenga permanencia, duración o continuidad. Debemos descubrirla en cada minuto, en cada segundo, de instante en instante.

Eso requiere muchísima atención, un gran estado mental de alerta; y no podemos comprenderla ni le permitimos que venga a nosotros si nos limitamos a citar autoridades o a especular acerca de si Dios existe o no existe.

Uno debe experimentar la Verdad, vivenciarla como individuo, o más bien, debe dejar que ella venga a uno. No es posible ir hacia ella.

Es necesario ser muy claros en este punto: uno no puede, mediante ningún proceso, ninguna disciplina, ninguna forma de meditación, ir hacia la Verdad, hacia Dios, hacia la Conciencia, o cualquiera sea el nombre que prefiera darle.

La Verdad es algo demasiado inmenso, no puede ser concebida; ninguna descripción puede abarcarla, ningún libro ni palabra alguna pueden contenerla.

De modo que no hay método tortuoso alguno, no hay ningún sacrificio, ninguna disciplina, ningún gurú, ningún maestro, por medio de los cuales puedan ustedes ir hacia la Verdad.

Tienen que esperarla, ella vendrá a ustedes si las condiciones mentales están dadas; no pueden ir hacia ella.

Eso es lo fundamental que debemos comprender: que la mente no puede ir hacia la Verdad mediante ningún truco, ningún control, ninguna virtud, ninguna compulsión ni forma alguna de represión.

Todo cuanto la mente puede hacer es estar quieta, vacía y silenciosa, pero no con la intención de recibir la Verdad.

Y ésa es una de las cosas más difíciles que hay, porque pensamos que la Verdad puede ser experimentada inmediatamente con sólo hacer ciertas cositas.

La Verdad no puede comprarse, no más de lo que el Amor puede comprarse.

Si ustedes comprenden muy claramente eso desde el principio mismo, entonces lo que aquí se dice tendrá un significado muy diferente y muy preciso. De lo contrario, permanecerán ustedes en un estado de autocontradicción.

Piensan que la Verdad existe, que Dios existe, que la Conciencia Absoluta existe, que hay un estado permanente y como lo desean, practican una disciplina, distintas clases de ejercicios, pero aquello no puede comprarse, no puede desearse.

Si usted desea algo quizás encuentre lo que desea, pero eso no es la Verdad.

Ninguna cantidad de devoción, sacrificio, sufrimiento, conocimiento o virtud puede convocarla.

Entonces, ¿cuál es el propósito de la meditación? Vaciar la mente de todo contenido y silenciarla de todo pensamiento.

La mente debe ser libre, no ha de tener límites, fronteras, contenidos, procesos ni condicionamientos, para que la Verdad sea, pero no hay garantía de nada.

Todo sentido de afán adquisitivo debe terminar, todo sentido de logro, de propósito, de meta, de beneficio, de conquista, debe terminar, pero ni siquiera con el fin oculto de recibir.

Cuando la mente está quieta, vacía y silenciosa, la epifanía puede suceder, la Verdad podría manifestarse, lo inconmensurable podría surgir en ese espacio interno vacío y silencioso, sin siquiera la esperanza de que suceda.

Si uno realmente comprendiera esto, vería que cosa extraordinaria es esta creatividad de la mente. Entonces, descubriría cómo liberar a la mente de modo tal que ésta se halle en un estado de vigilancia alerta, atenta, despierta, sin preguntar nada, buscar ni exigir jamás cosa alguna.

Sólo el individuo puede cambiar

Todas estas reflexiones son para el individuo, porque sólo el individuo puede cambiar, no la masa, no la especie humana.

¡Sólo uno mismo puede transformarse!

Por esta razón, el individuo tiene infinita importancia, porque sólo él puede asumir su propio proceso, sólo él puede asumir su potenciación, sólo él puede comprender que su ser actual es sólo una semilla.

Está de moda hablar de los gurús, la masa, las sectas, las cofradías, las comunidades religiosas, la raza, la especie humana, como si el individuo no tuviera en absoluto importancia alguna; pero en cualquier acción creativa quien importa es el individuo.

Toda acción verdadera, toda decisión importante, todo proceso pertinente, la búsqueda de libertad, la autoinvestigación en pos de la Verdad, sólo pueden provenir del individuo que comprende.

Quien comprende sus procesos internos, se va liberando de lo comprendido, va creando su espacio interno vacío de todo contenido y silencioso de todo pensamiento, sin conocimiento, sin “yo”.

Este es el proceso creativo que podría permitir que la Realidad se manifieste.

La Verdad y La Realidad es lo mismo.

¿Se puede transformar la sociedad?

Es probable que usted diga: “¿Qué puedo hacer yo, el individuo?” Enfrentado con esta enorme complicación social, con las

divisiones nacionales y religiosas, los problemas de la miseria, el hambre, la guerra, el desempleo, la rápida degradación y desintegración, ¿qué puede hacer con respecto a todo eso un individuo? Nada, absolutamente nada.

El individuo, solo, no puede abordar la inmensa complejidad que la inconciencia humana ha creado, pero el individuo puede poner en marcha una nueva corriente de pensamiento que creará una serie diferente de acciones.

Él no puede hacer nada con respecto a las condiciones del mundo, porque los acontecimientos históricos deben seguir su propio curso brutal, cruel e indiferente.

Pero si hubiese media docena de personas que pudieran pensar de un modo nuevo y completo sobre la totalidad del problema, pondrían en marcha una actitud y una acción completamente distintas.

Por eso es tan importante el individuo.

Pero si él quiere, solo, reformar esta enorme confusión, es muy poco lo que puede hacer; en realidad, casi nada.

Pero si cualquiera de nosotros es verdaderamente un individuo, en el sentido de que trata de comprender el proceso total de su mente, entonces será una entidad creativa, una persona libre, no condicionada, capaz de encontrar la Verdad, por sí misma, y no por un resultado.

La Realidad puede venir

Como se ha comentado, esa Realidad que la mente no puede concebir, sobre la cual no puede especular ni reducirla a palabras, esa

Verdad puede venir a uno, al individuo.

Uno no puede ir hacia ella.

Después de todo, es bastante obvio que la mente individual, que es también la mente colectiva, es estrecha, mezquina, brutal, egoísta, desagradable, arrogante. ¿Cómo podría una mente así invitar a lo desconocido?

Porque casi todo lo que piensa tiene que ser, por su naturaleza, mezquino, trivial, tal como lo son sus dioses. El Dios de ustedes es una invención de su mente. Pueden rodearlo de vestiduras, pero sus vestiduras son las de ustedes.

Ese Dios de ustedes no es la Verdad, no es la Realidad.

Hagan lo que hicieren, la Realidad no puede ser invitada y traída; debe venir a uno, puede venir a uno, si el espacio interno está quieto, vacío y silencioso.

Entonces, ¿qué es lo que uno debe hacer? Está claro lo que se debe hacer: vaciar la mente, silenciar la mente.

Conclusión No. 14

“Una mente vacía de todo contenido y silenciosa de todo pensamiento es el espacio interno donde la Realidad inconmensurable se puede manifestar.”



16. Y entonces, ¿qué es la Realidad?

*“Lo real permanece invisible.”
Olivier Laignel S.*

En el desarrollo del texto hemos ido sacando varias conclusiones acerca de la Realidad, desde las diversas perspectivas, así:

- No. 1. *“Las cosas no tienen color.”*
- No. 2. *“La materia no existe como una categoría absoluta, por sí misma, independiente de todo. La materia percibida, bajo la ilusión de que es un objeto sólido y estable, es realmente un proceso de la energía. La única realidad es el campo que crea la energía.”*

- No. 3. *“Lo físico y lo metafísico es un continuum. Conciencia, campo, energía, Inteligencia e Información, es un continuum unificado, de instante en instante.”*
- No. 4. *“La materia sólida se compone de átomos, y los átomos se componen de un “campo cuántico”, un inmenso océano de energía, con una que otra partícula. Esa es la esencia más profunda de la materia.”*
- No. 5. *“La materia es completamente insustancial. Su esencia probabilística se parece mucho a un pensamiento.”*
- No. 6. *“La materia se compone de átomos y los átomos se componen de partículas subatómicas. ¿Y qué son las partículas? Virtuales, impermanentes, inmatrimales, son y no son, desaparecen, aparecen.”*
- No. 7. *“Si todas las formas de vida están en perpetuo cambio, y no hay observador sino observación, ¿qué es lo percibido?, ¿quién percibe qué?”*
- No. 8. *“Las células de sus ojos son procesos en perpetuo cambio, observando el mundo externo en perpetuo cambio.”*
- No. 9. *“Los sentidos captan estímulos, el cerebro crea imágenes y la mente les da significación.”*
- No. 10. *“La mente crea creencias, que el cerebro cree que son reales.”*

- No. 11. *“Según la Teoría Cuántica, la observación destruye la probabilidad cuántica y la convierte en la realidad manifestada.”*
- No. 12. *“La materia sólida no existe. Es sólo la forma que toma la energía, vibrando en muy alta frecuencia y en un espacio reducido.”*
- No. 13. *“Para el Zen la única realidad es el suceder existencial, Aquí, Ahora, en este instante.”*
- No. 14. *“Una mente vacía de todo contenido y silenciosa de todo pensamiento es el espacio interno donde la Realidad inconmensurable se puede manifestar.”*

Y entonces, ¿qué es la Realidad?

“La única realidad es que no hay realidad. La única realidad es que hay un potencial. Estamos detrás del manto de Indra, que en el hinduismo son todas las ilusiones y realmente eso es todo. Todo lo manifiesto está ahí. Detrás: está lo no manifiesto, el origen de todo, esa es la Realidad, pero no tiene forma, es puro potencial, puede tomar cualquier forma, la que uno quiera.”⁽¹¹⁴⁾

Cualquier cosa una vez que se manifiesta, una vez que se hace aparente y adquiere *forma*, puede ser apreciada por los sentidos, pero ya no es Real, ya no representa la Realidad, representa una faceta del manto de la diosa Indra. Lo Real, lo Viviente, es lo que hay atrás. Cuando adquiere forma, algo involuciona, y entra en la danza de causa y efecto, según el budismo.

Pero, si la Realidad última se manifiesta como *forma*, ¿significa que la *forma* manifestada carece de toda realidad? Si la Realidad primigenia se manifiesta como *materia*, ¿significa que el mundo material no existe? ¿O significa simplemente que el mundo material existe, pero no es la Realidad última?

La dimensión no-física en el núcleo de lo físico

Mucho antes que los primitivos filósofos griegos, y evidentemente mucho antes de que existieran los científicos de la física cuántica, los sabios de la India sabían ya que había algo importante más allá del reino de los sentidos.

Los profetas hindúes y budistas enseñaban, y siguen enseñando, que el mundo de las apariencias, el mundo que percibimos con los sentidos es *maya*, ilusión, y que por debajo de ese mundo material hay algo más poderoso y fundamental, más “*Real*” aunque sea totalmente intangible.

Como tantos textos espirituales sugieren, hay una realidad “*superior*” que es más fundamental que el universo material y que tiene que ver con la Conciencia.

Eso es precisamente lo que la física cuántica está revelando. Sugiere que hay un reino enteramente no-físico en el núcleo del mundo físico, dentro del átomo, llámese información, ondas de probabilidad, inteligencia o conciencia.

Pero, reiteramos nuestra pregunta: la aceptación de que la Conciencia o Inteligencia sea la esencia de todas las cosas, ¿niega que las cosas existan, que tengan cierta clase de materialidad, aunque sean sólo *formas* manifiestas de la Conciencia?

La unidad del Universo

Contrastando con el concepto mecanicista occidental, la visión oriental del mundo es “*orgánica*”. Para el místico oriental todas las cosas y los sucesos percibidos por los sentidos están conectados e interrelacionados, y no son sino diferentes aspectos o manifestaciones de una misma Realidad última.

Nuestra tendencia a dividir el mundo que percibimos en cosas individuales y separadas, y a vernos a nosotros mismos como egos aislados se considera una ilusión, un error de percepción, creada por nuestra mentalidad medidora y clasificadora. En la filosofía budista se la llama *avidya* o ignorancia, y es considerada un estado mental confuso que se debe superar:

“Cuando la mente está confusa se produce la multiplicidad de las cosas; sin embargo, cuando la mente está tranquila, desaparece la multiplicidad de las cosas.” (115)

Pero esta cita no indica que desaparecen las cosas, sino la percepción de la multiplicidad de ellas, la percepción de la multidiversidad de ellas, como si todas fuesen distintas entre sí.

Las diversas escuelas de misticismo oriental resaltan la *unidad básica del universo*, y esto constituye el rasgo central de sus enseñanzas. Para sus seguidores - hindúes, budistas o taoístas - la meta más elevada es llegar a ser consciente de la unidad e interrelación mutua de todas las cosas, trascendiendo la noción de ser un individuo aislado, e identificándose a sí mismo con la Realidad última.

La aparición de esa Conciencia, conocida como “*iluminación*” no es un acto intelectual, sino que se trata de una vivencia que afecta

a la totalidad de la persona y cuya naturaleza es definitivamente religiosa.

Las personas que logran esta profunda experiencia mística y luego “*regresan*” al mundo ordinario siguen percibiendo que aquella Realidad es más Real y que representa una forma de realidad más verdadera y fundamental; para ellos, el mundo material en que vivimos constituye una realidad secundaria.

Desde el punto de vista oriental, la división de la naturaleza en objetos separados no es algo fundamental y cualquiera de tales objetos posee un carácter fluido, siempre cambiante, impermanente; tales cualidades no deben sorprendernos, puesto que los objetos son energías condensadas, concentradas en *formas* de materialidad, y tales energías vibran siempre, siempre están en movimiento vibratorio.

Así, el concepto oriental del mundo es intrínsecamente dinámico y entre sus rasgos esenciales se encuentran el movimiento y el cambio.

El Cosmos, el Universo, es considerado una unidad inseparable, siempre en movimiento, viva, orgánica, espiritual y material al mismo tiempo.

La propiedad intrínseca de la materia

Dado que el movimiento, el cambio, la impermanencia de todas las cosas constituyen sus propiedades esenciales, las fuerzas que causan tal movimiento no están fuera de los objetos, como ocurría en la concepción de los clásicos griegos, sino que son una propiedad intrínseca de la materia.

Del mismo modo, la imagen oriental de la divinidad no es la de un gobernante que dirige al mundo desde lo alto, sino la de un principio que controla todo desde dentro:

“Aquel que habita en todas las cosas, y sin embargo es diferente a ellas, a quien ninguna cosa conoce, cuyo cuerpo son todas las cosas, que controla todo desde dentro.

*Él es tu alma,
el Controlador Interno,
el Inmortal.”* ⁽¹¹⁶⁾

Los elementos básicos de la concepción oriental del mundo son los mismos que se deducen de la física cuántica.

Todo el pensamiento místico ofrece una base filosófica congruente con las teorías de la física contemporánea, una concepción del mundo en la que los descubrimientos científicos pueden estar en armonía con los propósitos místicos trascendentes.

Los dos temas básicos comunes a lo místico y a la ciencia son la unidad e interrelación de todos los fenómenos y la naturaleza intrínsecamente dinámica del Universo.

Cuanto más penetramos en el mundo submicroscópico que permite la física cuántica, más nos damos cuenta de que el físico moderno, al igual que el místico oriental, ha llegado a ver el mundo como un sistema de componentes inseparables, interrelacionados, en constante movimiento, en el que el *observador* constituye una parte integral del sistema.

Brahman, en el hinduismo

La base del misticismo del hinduismo es la idea de que la multitud de cosas y acontecimientos que nos rodean no son más que manifestaciones de la misma Realidad última.

Esta Realidad, llamada *Brahman*, es el concepto unificante que da al hinduismo su carácter esencialmente monista, pese a la adoración de numerosos dioses y diosas.

Brahman, la realidad última, es el “alma” o esencia interna de todas las cosas. Es infinito y trasciende todos los conceptos; no puede ser entendido por el intelecto, ni tampoco puede ser adecuadamente descrito con palabras:

“Brahman el sin principio, el supremo, el que está más allá de lo que es, y de lo que no es.” (117)

“El Alma suprema es incomprensible, ilimitada, no nacida, no se puede razonar, es impensable.” (118)

Sin embargo, la gente desea hablar de esta realidad y los sabios hindúes, con su característica inclinación hacia el mito, representan a *Brahman* como la divinidad y hablan de él en lenguaje mitológico.

A los diversos aspectos de la divinidad se les ha dado los nombres de varios dioses venerados por los hindúes, pero las escrituras aclaran que todos estos dioses no son sino reflejos de la única realidad última:

“La gente dice: “¡Adora a este dios!”, uno después de otro, pero todo es la creación de Brahman. Y él mismo es todos los dioses.” (119)

La manifestación de *Brahman* en el alma humana es llamada *Atman*, y la idea de que *Atman* y *Brahman*, la realidad individual y la realidad última, son una misma cosa constituye la esencia de los Upanishad, que son los libros sagrados:

“Aquello que es la más fina esencia, el alma de todo este mundo. Ésa es la Realidad. Eso es Atman. Eso eres tú.” ⁽¹²⁰⁾

¿Podemos entrar en contacto con esa esencia? ¿Podemos *ser* eso? En el misticismo oriental, el conocimiento está firmemente basado en la experiencia, lo cual sugiere un paralelismo con el conocimiento científico, que también se encuentra firmemente basado en la experimentación.

En las tradiciones orientales se la describe como una percepción directa, que cae totalmente fuera del mundo del intelecto y que se logra mirando dentro de uno mismo, observándose en medio de la cotidianidad.

Sin embargo, este énfasis sobre la visión que se encuentra en las diferentes tradiciones místicas no debe ser tomado en un sentido demasiado literal, sino que más bien debe entenderse en un sentido metafórico, puesto que la vivencia mística de la realidad es esencialmente asensorial.

Cuando los místicos orientales hablan de “*ver*” se refieren a un modo de percepción que tal vez incluya la captación visual, pero que esencialmente siempre la trasciende, convirtiéndose en una vivencia no sensorial de la realidad.

Lo que ellos resaltan, sin embargo, al hablar de *ver*, *mirar* u *observar*, es el carácter empírico de su conocimiento, lo que significa la negación del pensamiento apriorístico.

Esta vivencia profunda de sí-mismo es la meditación, y *Brahman* es la Realidad.

El Tao, en la China

Desde la antigüedad la filosofía china tuvo dos aspectos complementarios: la vida en sociedad y el misticismo.

La vida en sociedad, a partir de una conciencia social altamente desarrollada, implicaba las relaciones humanas, los valores morales y éticos, y el gobierno.

Como complemento a la cultura social se encuentra el aspecto místico del carácter chino, para el cual la más elevada meta de la filosofía debía trascender el aspecto social y la vida cotidiana, alcanzando un plano de conciencia más elevado: el plano del sabio, ideal chino del hombre iluminado que ha logrado su unión mística con el Universo.

Durante el siglo VI a. de C., estos dos aspectos evolucionaron dando lugar a dos escuelas filosóficas distintas: el confucionismo y el taoísmo.

El confucionismo era la filosofía de la organización social, del sentido común y del conocimiento práctico, del sistema educativo, de la base ética para la familia china tradicional, con sus complejidades estructurales y sus rituales de adoración a los antepasados.

El taoísmo, sin embargo, se interesaba principalmente en la observación de la naturaleza y en el descubrimiento de su *Camino* o *Tao*. La felicidad humana, según los Taoístas, se logra cuando los hombres siguen el orden natural, obrando espontáneamente y confiando en su conocimiento *intuitivo*.

El creador del taoísmo fue Lao Tse, cuyo nombre significa “*El viejo maestro*” y que fue contemporáneo de Confucio. Se afirma que fue el autor de un breve libro de aforismos que está considerado el principal texto taoísta, conocido como el Tao Te King.

Los chinos, los taoístas, al igual que los hindúes, creían que existe una Realidad última que sirve de base a todo y unifica la multiplicidad de cosas y acontecimientos que observamos:

“Hay tres términos: “completo”, “todoabarcante” y “total”. Sus nombres son diferentes pero la realidad que todos ellos buscan es la misma: se refieren a la Única cosa.” ⁽¹²¹⁾

A esta realidad la llamaron Tao, que inicialmente significaba “*el Camino*”. Se trata del camino o proceso del Universo, del orden de la naturaleza.

En su sentido original cósmico, el Tao es la Realidad última, indefinible, y como tal es el equivalente del *Brahman* hinduista.

Hay una historia atribuida a Lao Tse que narra la respuesta que dio al preguntársele qué era el Tao, y que condensa su profundidad:

“Si escribo un libro para ti, lo estoy escribiendo para todos. Tú eres Yin Hsi, pero eres un hombre de los tiempos pasados y de los tiempos venideros. Tú eres todos los hombres porque cada hombre es el principio de todas las cosas.” ⁽¹²²⁾

A Tao se lo ha traducido como origen, fuente, sentido, sendero, verdad, sustancia, principio... Anterior a todo lo existente, el Tao tiene asimismo la particularidad de ser *incognoscible, inefable e infinito*. Su posesión sólo puede lograrse mediante el éxtasis, estado interno que procura toda la sabiduría que se sustenta en la meditación.

Cuando se menciona al Tao como *origen*, conviene remitirse a la fuente de tal afirmación, el capítulo 42 del libro de Lao Tse:

*“El Tao engendra al Uno;
el Uno engendra al Dos;
el Dos engendra al Tres
y el Tres a los Diez Mil Seres.”*

Esta frase encierra la *Trinidad*, común a todas las Escuelas místicas, núcleo creador de todas las cosas. Pero es el Tao el que engendra al Uno. Antes de todo, el Tao. El Tao es la Realidad.

El Absoluto, en el budismo

Siddharta Gautama, llamado Buda, vivió en la India a mediados del siglo VI a. de C., durante el extraordinario período que vio el nacimiento de tantos genios espirituales y filosóficos: Confucio y Lao Tse en China, Zaratrusta en Persia, Pitágoras y Heráclito en Grecia.

Mientras el sabor del hinduismo es mitológico y ritualista, el del budismo es definitivamente psicológico. Buda no estaba tan interesado en satisfacer la curiosidad humana sobre el origen del mundo, la naturaleza de la divinidad o asuntos similares. Le interesaba especialmente la situación del hombre, el sufrimiento y las frustraciones de los seres humanos. Su doctrina, por lo tanto, no fue propiamente una doctrina metafísica, sino más bien de psicoterapia.

Mostró el origen del sufrimiento, de las frustraciones humanas, y enseñó la forma de vencerlas, aprovechando los tradicionales conceptos indios de *maya*, *karma*, *nirvana* y otros, dándoles una interpretación nueva, dinámica, psicológica y directa.

Tras la muerte de Buda, el budismo se desarrolló dentro de dos escuelas principales, la escuela Hinayana y la escuela Mahayana. La

Hinayana es una escuela ortodoxa que se ajusta al pie de la letra a la enseñanza de Buda, mientras que la Mahayana asume una actitud mucho más flexible, bajo el criterio de que el espíritu de la doctrina es más importante que su formulación original.

No obstante su alto nivel intelectual, el budismo Mahayana nunca se pierde en pensamientos especulativos y abstractos:

“Como siempre ocurre en el misticismo oriental, el intelecto es considerado simplemente como un medio para limpiar el camino hacia la experiencia mística directa, a la que los budistas llaman “el despertar”.

La esencia de esta experiencia es ir más allá del mundo de las diferencias y de los opuestos intelectuales, para llegar al mundo de acintya, lo impensable, donde la realidad se muestra como una esecidad simple, no dividida e indiferenciada.” ⁽¹²³⁾

Ésta fue la experiencia que Buda tuvo una noche, después de siete años de agotadora disciplina en los bosques. Sentado en profunda meditación, bajo el célebre Árbol Bodhi, el Árbol de la Iluminación, logró de pronto la final y definitiva comprensión de todas sus indagaciones y dudas, en el acto del *“insuperado y completo despertar”*, que lo convirtió en Buda, es decir, *“el Iluminado”*.

En la escuela Mahayana la *realidad última* no se puede comprender por medio de conceptos e ideas. Por ello, le dio el nombre de *“el vacío”* o *“la vacuidad”*, términos que suelen ser mal interpretados.

La afirmación de que la naturaleza esencial de la realidad es el *vacío*, no es la afirmación nihilista por la que siempre se la suele tomar. Simplemente significa que todos los conceptos sobre la realidad, formados por la mente humana, están finalmente vacíos.

La realidad última no es un estado de simple nada, sino la misma fuente de toda vida y la esencia de todas las formas:

“Ante todo, nos parece evidente que en el conjunto de las doctrinas budistas, predomina una concepción del Absoluto como “realidad positiva”.

Queda de esta manera excluido el simple “nihilismo” como explicación última del hombre, de la vida y el cosmos. Las pocas tentativas de claro nihilismo dentro del budismo han sido siempre condenadas, ya en el budismo primitivo, así como en el budismo clásico y contemporáneo.

Queda siempre abierta la puerta a un principio que trasciende la realidad del mundo contingente, sensible y fenoménico, aun cuando con frecuencia no se determina el carácter de dicho principio Absoluto.

Aún tratándose de los autores por quienes el término “Nada” y “Vacío” es utilizado para designar el Absoluto, hemos visto que no puede entenderse su doctrina en el sentido de un simple y vulgar nihilismo, ya que siempre se supone, explícita o implícitamente, un principio positivo.”⁽¹²⁴⁾

El nihilismo ha sido en general explícitamente rechazado dentro del budismo como una herejía. La palabra “vacío”, en el sentido de un “*hueco sin nada*”, que es la percepción nihilista, no tiene fundamento alguno porque en el universo no existe algo como un “*hueco sin nada*”.

En diversos textos budistas se encuentra la expresión “*Vacío creador*”, que es mucho más afín al concepto del *Principio Absoluto*, origen de Todo, la Fuente. Entonces, el Absoluto es la Realidad, un Vacío creador.



17. Niveles distintos de realidad interior

“Todo es conciencia”
Tao

Hemos visto que, según las Escuelas de Sabiduría, Brahman es la Realidad, el Tao es la Realidad, el Absoluto es la Realidad, entendida la Realidad como la Fuente de todo, el Principio, el Origen, lo antes que todo. Podemos permitirnos fusionar esta diversidad de términos en uno sólo: la *Conciencia*, para facilitar las reflexiones finales.

Como afirma el Tao, la Conciencia “*engendra a los Diez Mil Seres*”, es decir, se manifiesta en *formas*, que son la expresión ilimitada de las posibilidades de la energía, sin que la Conciencia deje de formar parte del *ser* de la *forma* manifestada. Es en este sentido que se afirma que:

“*Todo es Conciencia*”

Entonces, existe la *Realidad Absoluta*, que es la *Conciencia*, y *realidades* relativas, que son las *formas* que asume la Conciencia al manifestarse.

Conciencia y realidades, es el Todo del Universo.

Realidades diferentes y simultáneas

Al estudiar la naturaleza de la realidad podemos convenir que hay *niveles distintos* que existen simultáneamente, y que son todos reales. En otras palabras, los niveles superficiales son reales por derecho propio; sólo cuando los comparamos con niveles más profundos es cuando decimos que no son verdaderamente reales; no son el nivel “*primordial*”, no son el Absoluto, no son la Conciencia, pero son, existen, son *formas* relativas, transitorias.

Los brazos y las piernas son reales, las células y las moléculas son reales; los átomos y los electrones son reales, y la Conciencia es lo que verdaderamente es Real. Son *formas* transitoriamente reales, pero existen.

Vivimos en mundos literalmente distintos, en dimensiones diferentes simultáneas y coexistentes; existe la verdad superficial y la Verdad profunda; existe el mundo macroscópico que vemos y del cual formamos parte; el mundo de nosotros mismos, con nuestro cuerpo y nuestro ser ordinario, que es nuestra conciencia ordinaria, un reflejo de la Conciencia; el mundo de las células, las moléculas, los átomos, las partículas subatómicas y el *campo* que ocupa el espacio dentro del átomo.

Son mundos completamente distintos, simultáneos, correlacionados. Cada uno con sus propios procesos, leyes, su propio

lenguaje y sus propias matemáticas. No son simplemente más pequeños o más grandes. Cada uno es enteramente distinto, pero todos son complementarios. Yo soy mis átomos, pero también mis células. Y también soy mi fisiología macroscópica, y también formo parte del Cosmos, porque ocupo un lugar en el Universo.

Son múltiples dimensiones dentro de mí único *ser*, y cada una de ellas es una manifestación de la Conciencia.

Todo es verdad, distintos niveles de realidad, dentro de una totalidad unificada, y cada realidad contiene a la Conciencia, porque es sólo una *forma* que toma al manifestarse el Absoluto. La *realidad* es lo manifestado y la *Realidad* es lo no-manifestado, que está contenida en lo manifestado, que está oculta en todo.

Todo es Conciencia.

El ser humano

Podemos considerar al hombre como una *forma* compuesta de tres elementos:

Su cuerpo:

Es la estructura más compleja, perfecta y sabia creada por el Universo, compuesta multidimensionalmente por órganos, neuronas, células, moléculas, átomos, partículas subatómicas y el campo cuántico creado por la Conciencia.

El cuerpo es energía consolidada en ilimitadas *formas*, dirigida por la Inteligencia y la Información que viene desde la dimensión cuántica.

Su mente:

Que es la manifestación de su cerebro neuronal, y que incluye

su emocionalidad, su intelecto y su pensamiento.

Su *ser*:

Que es el reflejo condicionado de la Conciencia dentro de su cuerpo. Es su conciencia actual, que es el estado interno que puede evolucionar. Es la calidad de su vida psíquica, en este instante. Es lo que usted es, Ahora, en este instante.

¿Qué es mi ser?

Mi ser actual es la base psicológica que sustenta mi vida presente.

En todo momento estoy en un estado psicológico, al cual he llegado merced a procesos mentales autónomos, herencias genéticas y condicionamientos culturales, en los cuales no he participado.

Este estado psicológico en el que estoy en este momento es lo que soy, eso es lo que soy, por ahora, a menos de separarme de dicho estado.

Este estado psicológico es mi *ser* de ahora, que oculta estados superiores de conciencia, y oculta a la Conciencia misma, que es la esencia de todo ser humano, y de Todo.

Podría definir mi *ser* de ahora como la suma de actitudes y conductas aprendidas, condicionadas, predominantes, que oculta una Realidad profunda que no intuyo.

Mi *ser* es la ostra y la Conciencia es la perla. Pero la ostra jamás descubrirá que contiene una perla, porque nunca “*mira*” dentro de sí-misma.

Si me identifico con mis emociones negativas y pensamientos

tenebrosos, entonces donde estoy psicológicamente será lo que soy en este momento. Ese es mi *ser* actual. Un estado de inconciencia total, de sueño despierto, denominado *estado de vigilia*.

La palabra "*dormida*", en este contexto, significa el estado de inconciencia total, aunque haya un *darse cuenta* cerebral.

Mi *ser* en este momento es mi estado psíquico en este momento.

Eso es lo que soy... por ahora, y eso es lo que puede evolucionar.

Es desde este estado, sea el que sea, desde donde vivo, desde donde me relaciono, desde donde amo, desde donde odio.

Este estado psíquico es la fuerza motriz, la fuerza vital que hace que mi vida sea lo que es... en este momento.

Mi *ser* no es mi conocimiento.

Mi *ser* es la calidad de mi estructura psíquica.

Vivo y actúo desde la calidad de mi *ser* actual.

Ese pequeño *ser*, ese frecuentemente miserable y frívolo *ser*, es el que puede evolucionar, si hay un Trabajo Interno pertinente.

Por ahora, soy el *ser* actual, soy el estado interior que me tomó... mientras inicio mi trabajo, pero esencialmente no soy eso. No se trata de cambiar el conocimiento que he adquirido, sino de transformar el *ser* condicionado que he adquirido.

Por ahora, soy una semilla... que puede evolucionar desde el *ser* que soy ahora. Por ahora mi *ser* es la oscuridad... pero hay una luz interna que está esperando, inactiva, oculta en mi *ser* actual.

¿Cuál es la evolución posible? Del *ser* actual al *Ser*, al *SER*.

Pero, por ahora, su mente quizás no puede con este concepto, porque su mente actual es parte de su *ser*, y la naturaleza del *SER* trasciende su mente.

El *ser* actual es el llamado “estado de vigilia”.

El *Ser* es la conciencia de sí-mismo.

El *SER* es la Conciencia objetiva.

Luego... no sabemos, quizás Brahman, quizás el Tao, quizás el Absoluto, quizás la Conciencia... la Realidad... habría que meditar para descubrirlo...

¿Cómo hacer?

En el Trabajo Interno la práctica de la observación-de-sí induce a percibir en todo momento dónde nos hallamos psicológicamente, y esa percepción pura, sin proceso racional alguno, es lo que transforma el estado psíquico en que nos encontramos.

No se trata de que “yo” cambio un estado interno por otro, sino que la percepción pura, directa, cambia el estado percibido.

¿Cómo hacer?

Inicie su propia indagación en el Yoga, en el Zen, en el Budismo, en el Tao...

Indague qué es la meditación.

Descubra cómo sumergirse profundamente en la propuesta de

Krishnamurti:

“Una mente quieta, vacía y silenciosa, es el espacio interno donde la realidad inconmensurable se puede manifestar.”

Adopte para sí-mismo la investigación de lo que propone el jesuita Ismael Quiles, en su texto *“Filosofía budista”*, página 478:

“Agreguemos a ello la práctica de la meditación en algunas sectas, especialmente en el Zen, donde el objetivo es la realización del “no-yo”. Se trata de una realización de la unidad del yo con el Principio universal de los seres, en el cual todos quedan indiferenciados en una Unidad e indeterminación perfecta.”

En este budismo, y en este Zen viviente, la concepción del Absoluto como algo personal queda totalmente excluida. La individualidad se diluye.

Todo es Conciencia. La única Realidad es la Conciencia. ¿Qué puede hacer usted? Buscar, indagar, investigar, encontrar, meditar... meditar... meditar... desde el estado de incertidumbre en que se encuentra.

*“Lo que es nacido de la carne, carne es;
Y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es.*

No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.

El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Jesucristo (San Juan 3,6. Biblia)

Bibliografía

1. Biblia. San Juan 8, 23
2. Fritjof Capra. El Tao de la física. Pág. 28
3. William Arntz. ¿Y tú qué sabes? Pág. 36
4. Emile Brehier. Historia de la filosofía. Tomo 1. Pág. 275
5. P.D. Ouspensky. Fragmentos de una enseñanza desconocida. Pág. 126
6. P.D. Ouspensky. Fragmentos de una enseñanza desconocida. Pág. 236
7. Salvat. Historia del Arte. Tomo 8. Índice.
8. Salvat. Historia del Arte. Tomo 5. Pág. 135
9. Stephen Hawking. El gran diseño. Pág. 149
10. Stephen Hawking. El gran diseño. Pág. 149
11. Will Durant. Historia de la filosofía. Pág. 353
12. Will Durant. Historia de la filosofía. Pág. 355
13. Ervin Laszlo. El Universo in-formado. Pág. 177
14. Nicolás Caballero. Energía del vacío. Pág. 63
15. Fritjof Capra. La nueva física. Pág. 236
16. Ramón Márquez. Descubrimientos estelares de la física cuántica. Pág. 19
17. Alan W. Watts. El camino del Zen. Pág. 72
18. Stephen Hawking. El universo es una cáscara de nuez. Pág. 93
19. Stephen Hawking. El universo es una cáscara de nuez. Pág. 43

20. Stephen Hawking. El universo es una cáscara de nuez. Pág. 202
21. Ramón Márquez. Descubrimientos estelares de la física cuántica. Pág. 20
22. Krishnamurti. Diario I. Pág. 189
23. Niels Bohr. ¿Y tú qué sabes? Pág. 54
24. M. P. Crosland. La ciencia de la materia. Pág. 79
25. Stephen Hawking. El universo es una cáscara de nuez. Pág. 60
26. Louis de Broglie. La física nueva y los cuántos. Pág. 51
27. Mark Vicente. ¿Y tú qué sabes? Pág. 56
28. Stephen Hawking. La gran ilusión. Pág. 180
29. Betsy Chasse. ¿Y tú qué sabes? Pág. 36
30. Swami Abhedananda. Conocimiento del Yo. Pág. 49
31. Charles T. Tart. Psicologías transpersonales. Pág. 203
32. Jeffrey Santinover. Física y filosofía. Pág. 81
33. Stephen Hawking. El universo es una cáscara de nuez. Pág. 206
34. Chales Elit. Budismo Japonés. Pág. 397
35. Fidel A. Schaposnick. ¿Qué es la física cuántica? Pág. 109
36. William Arntz. ¿Y tú qué sabes? Pág. 56
37. William Arntz. ¿Y tú qué sabes? Pág. 68
38. David Albert. Teoría cuántica. Pág. 271
39. Mark Vicente. Física cuántica. Pág. 55
40. Ervin Laszlo. El Universo in-formado. Pág. 191
41. David Finklestein. Teoría del vacío. Pág. 137
42. Nick Herbert. Realidad cuántica. Pág. 43
43. Danah Zohar. El yo cuántico. Pág. 26
44. William Arntz. ¿Y tú qué sabes? Pág. 58
45. B. Brahmacharin. La filosofía esotérica de la India. Pág. 103
46. Ebner Shimony. Encuentro de la física y la metafísica. Pág. 81
47. Mark Vicente. ¿Y tú qué sabes? Pág. 60
48. Mark Vicente. ¿Y tú qué sabes? Pág. 60
49. Osho. El principio Zen. Pág. 25

50. T. B. Murti. La filosofía central del Budismo. Pág. 132
51. Brian Greene. El tejido del cosmos. Pág. 91
52. Fritjof Capra. El Tao de la física. Pág. 85
53. Arthur O. Lavejoy. La gran cadena del ser. Pág. 32
54. Fritjof Capra. ¿Y tú qué sabes? Pág. 64
55. Ilya Prigogine. Lo mental y lo físico. Pág. 117
56. Danah Zohar. El yo cuántico. Pág. 47
57. Fred Alan Wolf. ¿Y tú qué sabes? Pág. 71
58. Lama Anagarika Gorinda. Fundamentos del misticismo tibetano. Pág. 93
59. Samkara. La esencia del vedanta. Pág. 56
60. Ismael Quiles S. J. Filosofía Budista. Pág. 83
61. Ismael Quiles S. J. Filosofía Budista. Pág. 85
62. Ismael Quiles S. J. Filosofía Budista. Pág. 85
63. Ismael Quiles S. J. Filosofía Budista. Pág. 142
64. Ismael Quiles S. J. Filosofía Budista. Pág. 143
65. Biblia. Primera Corintios 6, 19
66. Dr. Bruce H. Lipton. Biología de la creencia. Pág. 101
67. Sherwin V. Nuland. La sabiduría del cuerpo. Pág. 156
68. Deepak Chopra. Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo. Pág. 20
69. Deepak Chopra. Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo. Pág. 20 y 28
70. Deepak Chopra. Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo. Pág. 23
71. Deepak Chopra. Cuerpos sin edad, mentes sin tiempo. Pág. 23
72. Candace Pert. ¿Y tú qué sabes? Pág. 46
73. Rita Carter. El nuevo mapa del cerebro. Pág. 125
74. Joe Dispenza. Física. Pág. 47
75. Steve Parker. Cuerpo humano. Pág. 92
76. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 113
77. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 116
78. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 117
79. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 188
80. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 150

81. Francisco J. Rubia. El cerebro nos engaña. Pág. 160
82. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 126
83. Joe Dispenza. Física. Pág. 133
84. Paul Watzlawich. ¿Es real la realidad? Pág. 90
85. Antony de Mello, S. J. ¡Despierta! Pág. 7
86. Fritjof Capra. El Tao de la física. Pág. 99
87. Brian Greene. El tejido del cosmos. Pág. 72
88. Fritjof Capra. El Tao de la física. Pág. 102
89. D. T. Suzuki. Budismo Mahayana. Pág. 235
90. Fred Alan Wolf. ¿Y tú qué sabes? Pág. 96
91. Lynne McTaggart. Física en el siglo XX. Pág. 223
92. Rodolfo R. Llinás. El cerebro y el mito del yo. Pág. 150
93. Ervin Laszlo. El Universo in-formado. Pág. 164
94. Ramón Márquez. Descubrimientos estelares de la física cuántica. Pág. 46
95. Ouspensky. Fragmentos de una enseñanza desconocida. Pág. 434
96. Fritjof Capra. El Tao de la física. Pág. 101
97. Nick Herbert. Realidad cuántica. Pág. 67
98. Diccionario de la lengua española.
99. Stephen Hawking. El universo es una cáscara de nuez. Pág. 78
100. Jeffrey Satinover. ¿Y tú qué sabes? Pág. 37
101. Krishnamurti. El libro de la vida. 9 de Febrero
102. Krishnamurti. El libro de la vida. 2 de Agosto
103. Krishnamurti. Más allá de la violencia. Pág. 126
104. Krishnamurti. Usted es el mundo. Pág. 43
105. Krishnamurti. El conocimiento del sí mismo. Pág. 86
106. Krishnamurti. Temor, placer y dolor. Pág. 123
107. Krishnamurti. El vuelo del águila. Pág. 36
108. Krishnamurti. Diario I. Pág. 87
109. Krishnamurti. Más allá de la violencia. Pág. 110
110. Krishnamurti. Reflexiones sobre el yo. Pág. 137
111. Krishnamurti. Sobre la vida y la muerte. Pág. 77
112. Krishnamurti. Sobre las relaciones. Pág. 23
113. Krishnamurti. La totalidad de la vida. Pág. 41

114. Oliver Laignel. Lo real permanece invisible. Pág. 180
115. Ashvaghosa. Budismo. Pág. 277
116. Aranyaka Upanishad. 3. 7. 15
117. Bhagavad Gita, 4. 42
118. Bhagavad Gita, 13. 12
119. Upanishad. 1. 4. 6
120. Upanishad. 6. 9. 4
121. Chuang Tzu. Tao. Cap. 22
122. Samuel Wolpin. Filosofía China. Pág. 13
123. Fritjof Capra. El Tao de la física. Pág. 235
124. Ismael Quiles. S. J. Filosofía Budista. Pág. 475